

RAFAEL GUMUCIO

El galán imperfecto



LITERATURA RANDOM HOUSE

Índice

Cubierta
UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
Créditos

Mientras la novia triste
desmaleza la tumba de su padre
el galán imperfecto
se dedica a leer una revista.

NICANOR PARRA

UNO

—Tu cuerpo rechaza a tu pene, compadre —decreta el doctor Wagner con su pelo de nibelungo cortado a tijeretazos, mientras busca muestras por toda la consulta y las va acumulando en el centro de su escritorio como un soldado que llena su fortaleza de pertrechos—. Por alguna razón tu sistema inmunológico no reconoce a tu pene como parte tuya. Lo ataca o, más bien, no lo defiende, deja que actúen contra él todos los bichos que andan flotando en el aire, lo que todo el mundo tiene cerca pero que en ti florece y te perjudica. ¿Tú sabes cuántos gérmenes microscópicos hay en este dedo? Miles, millones, trillones. El universo es de los microorganismos. Sin ellos no seríamos nada, compadre. El pan, el queso, el vino, la levadura, todos los licores son eso, hongos microscópicos que lo descomponen todo; no habría civilización sin esporas, la cultura no es más que cultivos. El tiempo lo pudre todo, se come la madera, la roca, para qué decir la piel, los huesos, la caspa, somos como los lagartos que cambian de piel. ¿Me estás entendiendo, compadre, o estoy hablando en chino? A ver, compadre, a ver, para que me entiendas, lo tuyo es como un computador que manda señales equivocadas al computador central. Es como si de repente Marte se saliera del sistema solar o como si decidiéramos que Coquimbo ya no es parte de Chile. Es como Berlín, que antes era mitad de un país y mitad de otro. Eso es lo que tienes: el muro de Berlín en el pene. Pasa, pocas veces, pero pasa. No es tan raro, pero tampoco es común. Hay un caso en dos mil, algo así. Los huevones ignorantes lo confunden con micosis, con psoriasis, se quedan pegados en el síntoma para no ver la enfermedad completa. Yo te estoy diciendo la verdad porque se ve

que eres inteligente. Me gusta explicar bien las cosas. Los médicos cumplimos una función pedagógica en el fondo... ¿Ah? No importa eso ahora, no importa, hay factores genéticos y factores ambientales. Pero eso no importa tanto ahora. Es una guerra. Una declaración de guerra entre tu pene y el resto de tu cuerpo. La vamos a pelear hasta el final, amigo mío, no vamos a pactar, nada de huevadas, hasta las últimas consecuencias, vamos a ganar en toda la línea, confíe en mí, soy un samurái en esto. No te preocupes, maestro, tienes suerte de que te haya atendido yo. Cualquiera de los otros te tramitaría cien años, te tendría de examen en examen. Yo veo sólo al diez por ciento de los pacientes aquí. A casi todos los pacientes los atienden mis socias. Yo en general doy el visto bueno al final. Soy el dueño, pero contigo tuve una tincada. Medicina pública, la Chile, J. J. Aguirre, época dura. Si esta huevada es mi pasión. Me metí en esto para salvar vidas y no para sacar bigotes con láser. Soy de los pobres huevones que creen todavía en la medicina con sentido social. Porque la dermatología es la huevada más frustrante del mundo. Dime una actriz, nómbrame una mina de la tele y yo te puedo decir qué tiene. Bueno, en realidad no puedo, porque está el secreto profesional. Compadre, tengo dos casas en el lago Ranco, una en una orilla y la otra justo en la de enfrente. Y una casa gigante en Maitencillo. Los niños ya se cansaron de viajar a Disney, ahora andan todos en Viena, están haciendo una gira por Europa con dos amigos cada uno a ver si se cultivan un poco los ignorantes, le tienen alergia a los libros mis hijos. Este país, este país se está yendo a la cresta. Estamos jodidos, compadre, aunque yo no me puedo quejar, pero son puras tonteras de casos los que recibimos acá, puros granos que en el fondo dan lo mismo. Lo tuyo es de verdad, compadre, esto que tienes es realmente invalidante. Lo tuyo te puede cagar la vida. No te preocupes, te vamos a sanar. —Y su diminuto cuerpo de fogonero de barco se sienta para preparar la ficha—. ¿Nombre? ¿Edad...? La edad de Cristo. ¿Pareja estable? ¿Tienes sí o no pareja estable?

De tener, tengo, doctor. Tengo una pareja estable como dice usted, tan estable que no se ve. Una novia, parece. Una novia de verdad, doctor, con nombre, con apellido, silueta, color de pelo, sonrisa, parece. Veintisiete años, periodista también. Valentina Lira se llama, parece. Linda, eso dice todo el mundo, yo no me atrevo ni a decir ni a negar nada. Nos vamos a casar en seis meses más, parece, cuando se canse de pensar en mí en cada camping y hotel selvático del sudeste asiático. Y los peligros y las pellejerías, los vómitos, el odio a muerte con tu amiga Francisca y tu enemiga Lourdes, la risa hasta perder el aliento con las otras tres. Todo eso que me cuentas sin contar, Valentina, todo eso que resbala de las estúpidas sesiones de Skype, de los mails, de las fotos y los videos que me mandas para convencerte de que no te perderás en la selva, que como escafandra al otro lado del mundo habrá alguien tironeando cuando la profundidad sea demasiada.

—¿Para qué quieres que vaya a Europa? ¿Quién necesita ir a Europa a esta altura de la vida? Europa una ya sabe cómo es, sin necesidad de ir. A mí se me ocurrió el sudeste asiático, a las demás les daba lo mismo, habrían ido donde yo les dijera. Odio la selva pero me gusta el sudeste asiático. Se me metió en la cabeza. ¿Por qué? ¿Por qué? No sé, porque sí, porque me gustan los nombres, Saigón, Rangún, Bangkok, las bailarinas todas doradas torciendo los dedos. Y los crepúsculos y los vendavales y los budas enterrados y los dioses decapitados de mil brazos y las duchas miserables al lado de ríos que hierven llenos de peces naranjas.

¿Y yo? ¿Yo? ¿Yo? Abro los ojos, muevo las cejas, trato de hacerme ver sin hablar. Mi palidez, y esa pregunta palpitando en mis sienes, como para que Valentina tenga que dar explicaciones aunque no quiera, ¿dónde estoy yo en toda esta historia? Tú eres joven, no sabes qué es eso, Valentina, para ti un año no es nada. ¿Cómo? ¿No te vas a tirar a nadie durante un año? El trópico, la

lluvia que te obliga a actuar a su ritmo, a entender que su ritmo es el único verdadero. Da lo mismo lo que vas a hacer o no, me preocupa lo que imagino, el tren interminable de Angkor a Bangkok, el puente colgante en que casi se cae, el inglés de brazos y mandíbulas grandes que la sostiene al borde del acantilado, el canto de los monos y los pájaros al atardecer.

—¿Tú? ¿Tú qué? ¿Cómo que tú? ¿Cómo no entiendes, Antonio? No es Vietnam, no es Camboya. Lo sabías desde el principio, Antonio. Te lo dije el día que nos conocimos. Fue lo primero que te dije, acuérdate, que me iba a ir, que tenía todo listo para irme. Tú dijiste que no te importaba. Es tu culpa. Yo estaba triste, yo estaba sola cuando te conocí. No tenía la fuerza para viajar ni a la esquina. Tú me obligaste a vivir de nuevo. Tú me diste ganas de hacer cosas que no pensé que tenía derecho a hacer. Tú me diste ese permiso, tú me diste ese espacio para ser yo de nuevo, te lo agradezco tanto, Antonio, te lo voy a agradecer toda la vida, pero ahora tengo que vivir, ahora tengo que hacer lo que tengo que hacer para sentirme viva. No me mires así. Pareces un perro degollado, no es para tanto. Ya pues, no seas tonto. Tú sabes que voy a volver, tú sabes que siempre vuelvo. Tengo que vivir antes de que empiece la vida. Tú ya viviste, yo no. No eres viejo pero no tienes ganas y yo todavía tengo demasiadas. Yo quiero ser feliz contigo y no quiero cobrarte nada cuando sea demasiado tarde. Por eso tengo que hacerlo, porque si no soy joven ahora voy a tener que serlo cuando haya niños, cuando haya casa, cuando empiece a doler. Te quiero en serio, te quiero seriamente, no eres un pololo más, Antonio, no eres algo mientras tanto, eres el que importa, eres el final del viaje pero tengo que viajar antes para llegar a ti, para merecer estar contigo al final. No quiero ser irresponsable. Es una irresponsabilidad no ser irresponsable al menos una vez en la vida. Ya pues, no me mires así, Antonio, córtala. Es un año no más. Un año pasa volando. Pase lo que pase tú sabes que al final voy a hacer mi vida contigo. Dramatizas tanto todo. Pero ¿en qué estás pensando, por favor? Tirar con un vietnamita, por favor. Un inglés menos, un

israelí, un australiano, un zulú. ¿Cómo se te ocurre? Cochino. Yo te quiero a ti, a ti y a nadie más que a ti. Si quisiera pegarme una cana al aire no necesitaría viajar tan lejos. Aquí mismo en Santiago puedo hacer sin problemas todo lo que quiera. ¿Tú sabes eso? ¿Tú lo tienes claro, no?

3

—¿Tuvo hijos ella, tu novia? —me pregunta de pronto el doctor Wagner.

—No. ¿Por qué?

—Si hubiera tenido un parto natural te habrían tocado menos problemas. Menos frotación. —Y sus manos reproducen el gesto. Qué asco te daría esa sonrisa, Valentina, qué asco más grande, pienso, y me horrorizo y me felicito por chocarte a distancia. Pobre sonrisa feliz como la tuya en esa foto con chaleco y flotadores en los rápidos del Alto Biobío, levantando cangrejos en la playa, con todos tus primos, pecosa hasta el alma, pobre niña que cree que tiene la obligación de ser grande alguna vez.

—Esa es una de las ventajas del parto natural —me alecciona el doctor—. Con una mujer que hubiera dado a luz con parto natural no te habrías dado cuenta de que tienes un problema, ni siquiera habrías venido a consultar. ¿No te pareció raro el dolor a la hora de quiubos? Está bien irritado. Todo eso que está rojo debería ser gris. Todo eso rojo es la infección. Hay incluso lugares medio morados. Debe haberte dolido salvajemente. ¿Por qué no consultó antes, compadre?

¿Cómo iba a saber que no debía doler, doctor? Nadie me dijo que no dolía. Los gemidos de las películas porno, las manos apretadas de las películas normales, las muecas terribles de los actores, sus ojos en blanco, sus gritos en

espiral, ¿no es dolor todo eso? ¿Es placer, puro placer? ¿Cómo es posible tanto placer en un mundo en que todo se supone que duele?

—¿Esa cara, Antonio? Ya pues, no pongas esa cara —te espantabas, Valentina—. ¿Te duele, Antonio? ¿Qué es esa cara de entierro? ¡Por favor!

No, nada, sigue. No importa si duele o no. ¿Cómo iba a echarme a perder el momento? Los jinetes nunca tiemblan, sólo tartamudean cuando el caballo trota a saltos en las planicies de Siberia. Más rápido siempre, más fuerte hasta el galope, hasta alcanzar la velocidad en que nada importa. No importa cómo, no importa cuánto: «Está pasando, estoy adentro, es mía, soy suyo, no puede ser, no veo nada, sigo, sigo sin aire, más, más». Hacerte mía con todas las coronas de espinas del mundo. Dejarte marcada en fuego en mi propio dolor. Era mi deber, Valentina. ¿Por qué no uso la palabra placer? ¿Por qué no tengo ese permiso, ese deber, el de poder decir, el de poder confesar el placer en la cama donde me dejaba crucificar, penetrar yo también con un clavo en el centro de mi caparazón de coleóptero a punto de ser expuesto en tu insectario profesional?

—No importa, lo hecho, hecho está —se impacienta el doctor Wagner—. Tenemos que engañar a tu cuerpo, compadre, lo vamos a redirigir hacia otro lugar, le vamos a decir que tu pene es tu codo, por ejemplo, o tu brazo, vamos a hacer viajar el problema hasta que se maree y se pierda con cremas que te voy a mandar a hacer especialmente. Hazme caso, parece brujería pero funciona, ya vas a ver. Antes vamos a cubrirnos un poco. Por si acaso, vamos a tener que cortar por lo sano.

Y sus dedos dibujan en el aire una tijera que pasea sobre su victoriosa sonrisa.

—Un cortecito no más, no te preocupes, para limpiar la zona. —Wagner disfruta la intensidad de mi escalofrío—. Es la operación más vieja del mundo. Calma, compadre, calma, no hay por qué ponerse nervioso, no es nada, una operación sencilla, de rápida recuperación, es casi como si fuera

ambulatoria. Lo jodido es la anestesia general... No ponga esa cara, compañero. No estamos en el siglo pasado, no se muere nadie de esto, casi. Es mejor prevenir que lamentar, amigo. Mantener el prepucio en tu caso es como tentar al diablo. La humedad y el calor son un refugio perfecto para todo lo que no queremos aquí. Tienes una verdadera ciudad de microorganismos. Con sus carreteras, sus edificios, sus costumbres, una civilización de esporas y líquenes. Líquenes, como en las piedras. Una caverna, un bosque, una selva virgen es lo que tienes debajo del prepucio. Ya pues, no pongas esa cara. Esto no es ninguna tragedia, por favor. No sirve para nada el prepucio, es un residuo evolutivo, como el apéndice o las amígdalas. ¿No te sacaron el apéndice cuando chico?

No, ni las amígdalas, ni el apéndice, ni una mano, ni un tobillo, ni un pie, no me han operado nunca, doctor. Usted lo sabe, me vio desnudo como una rana sobre su camilla, mientras se ajustaba la máscara para hundirse en mis repliegues, mi espalda, mis nalgas, como en un libro abierto buscando esporas y algas, restos calcáreos, champiñones y líquenes medievales. Vio que no había ninguna herida, ninguna cicatriz, ni el menor rasmillón. Más gordo, cubierto de pelo, pero en el fondo sólo una versión del que fui cuando niño.

—Siempre hay una primera vez para todo, compadre.

Pero ese es el miedo que mejor me define, doctor, evitar la primera vez como a la peste. Es falsa la idea de que después de lanzarse a la piscina ya no te da frío, ni miedo, ni asco. Falsa la sonrisa forzada del bañista que sale todo mojado, gimiendo, ¡uh, está rica el agua!, y falso el alivio con que finge nadar, porque mojado no tiene otra que sonreír como un idiota, rogando no tener que salir más, no volver a la vergüenza de que lo empujen los idiotas de sus primos para hacerlo hombre.

—Ya pues, Toñito, tírate al agua, no seas maricón —insistía mi tío Fernando, el pecho y la espalda llenos de pelos tan felices como su cara, sobrevolada sin embargo por una calva brillante—. Lucho, dale un traje de

baño al Toño —le ordenaba al hijo, y la sola idea de mezclar mis pelos con un rubio desconocido me resultaba escalofriante—. Tiene que bañarse el Toñito, no puede llegar todo blanco de vuelta al colegio. Hace mal para la cabeza pensar todo el tiempo. Mira el sol, mira las frutas, el agua está rica, mira a tus primos, esos salvajes, ya pues, cuidado con tirar todo el agua para afuera, compórtense. Los intelectuales también tienen que pasarlo bien. Mente sana en cuerpo sano, como decían los griegos. *Carpe diem*. La vida es corta, qué se va a estar leyendo. El verano no es para leer.

—Déjalo tranquilo —me defendía mi mamá—, no seas bruto, Fernando. Antonio no es como los otros niños, lee, se cultiva, aprende, quiere saberlo todo. No es culpa mía que sea más inteligente que todos nosotros. ¿O quieres que termine su vida vendiendo autos como tú? No le hagas caso, Antonio. No le hagas caso a nadie. Tú eres más hombre que todos los hombres juntos, mi amor.

Eso es lo que no quiero, doctor, hacerme hombre. Ni mujer tampoco, ni niño, ni homosexual. Sobre todo, es eso lo que no quiero, doctor, ser sexual, colgar de mí mismo, tener algo que empujar hasta disolverme. Mi cuerpo no quiere a mi sexo, sepárelo como pueda, haga las trampas que quiera, póngame todas las cremas que se le ocurran pero no intente reconciliarlos, no me obligue a ver herido mi sexo al final de mí mismo, no me fuerce a admitir lo inadmisible. Mi sexo en el traje de baño de mi primo Luis, capullo, larva que no crece, testigo ahogado en mis calzoncillos en medio de una reunión de directorio, de una sala de espera, todo torcido, todo escondido, todo a oscuras, mi sexo como una fruta que no puede darse el lujo de caer nunca del parrón. Ni madura ni verde, prehistórica e histórica también, porque sus pliegues son la historia misma, la mía y la de la humanidad. Estoy exagerando, doctor, pero en el fondo no exagero nada. Es tan simple y tan raro que tengamos eso colgando, feo y ciego que crece sin que nosotros tengamos ni voz ni voto, como una espalda, y como una lanza que se entierra en nosotros, una

nariz de viejo avaro, una máscara sin ojos entre nuestros pechos y nuestras rodillas que nadie ni nada puede sacarnos.

4

Hay otro problema doctor: Soy católico. No soy un buen católico, pero soy católico. No voy a misa, me bautizaron eso sí, hice la primera comunión, no comulgo porque tendría que confesarme y no sé por qué me da una vergüenza imbécil arrodillarme en un confesionario. Podría aburrirlo dos años enteros explicándole por qué no me confieso, pero da lo mismo ahora, lo que importa es que mi prepucio no es sólo mío, doctor, es de la santa Iglesia católica, apostólica y romana. Es la cúpula misma de la basílica de san Pedro donde crucificaron al revés al primer Papa, «Pedro, sobre esa piedra edificaré mi Iglesia», esa basílica horrible si quiere que le diga la verdad, suntuosa, histórica y horrible como un transbordador espacial de la fe. Pobre san Pedro, el último de la vieja guardia de los cristianos circuncidados. Y san Pablo, decapitado después de viajar por todo el Mediterráneo para que lo juzgaran en Roma, usando su pasaporte romano. «¿Que fue uno llamado siendo circunciso? —les escribe el mismo san Pablo a los Corintios—. No rehaga su prepucio. ¿Que fue llamado siendo incircunciso? No se circuncide. La circuncisión es nada, y nada la incircuncisión; lo que importa es el cumplimiento de los mandamientos de Dios. Que permanezca cada cual tal como le halló la llamada de Dios». Y en su carta a los Gálatas: «Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen valor, sino solamente la fe que actúa por la caridad». Y de nuevo san Pablo, ex Saulo perseguidor de cristianos, iluminado camino a Damasco, ya cacha usted la historia más o menos, doctor, la historia que cuenta cómo no circuncidó a Tito, un griego que predicaba con

él. Ahí empezó todo, dicen los teólogos. Para que vea cómo la medicina influye en la religión, doctor. Ese fue el tema central del primer Concilio, el de Jerusalén, doctor. Para no escuchar los gritos desesperados de Tito, para no tenerlo con fiebre días y días, para que a nadie se le pudriera la zona pública llena de moscas cuando no existían los antibióticos, san Pablo inventó la circuncisión de los corazones. Y el sabático y el ayuno y el sacrificio del corazón. Todos los mandamientos, todas las obligaciones de un buen judío las convirtió san Pablo en símbolo, sólo para no tener que cortar un solo prepucio más. Se da cuenta, no es un detalle, no es una maña mía, es el centro mismo de mi religión y la suya, supongo. ¿Es católico usted, doctor? Da lo mismo si cree, si lo bautizaron, si se arrodilló en el altar para recibir la primera comunión, usted es católico igual, o sea un judío que no se circuncida. Porque eso somos los católicos y los cristianos (protestantes, ortodoxos, todos menos los coptos, los ortodoxos etíopes y los Nomiya de Kenia, que todavía se circuncidan), eso somos, judíos que no se circuncidan. Judíos que nadie puede detectar en el gimnasio, espías dobles, judíos sin marca, romanos marcados por dentro, circuncidados del alma, ¿qué puede haber más cochino, doctor? Por eso nos odiaban tanto los romanos, por eso terminaron por aceptarnos también, por eso terminamos por gobernar su imperio, por ese pedazo de carne que san Pablo dejó de cortar, para facilitarse el trabajo de convencer a corintios y gálatas. Es bien terrible si uno lo piensa: pedirle a alguien, como usted me lo pide a mí ahora, cortarse el sexo de adulto. Es imposible expandir la fe en el amor y la resurrección levantando túnicas y manipulando a cuchillazos los genitales de los griegos. A los cristianos no nos gustan los sacrificios, ni las cuaresmas, nada de eso va con nosotros. Somos cómodos, mojamos la cabeza de los recién nacidos, ungimos la frente como si todos los niños fuesen posibles reyes. Regaloneamos, malcriamos hasta la obesidad, doctor. Eso es justamente lo que admiro y desprecio de mi religión, lo que explica que sea parte de ella: su incapacidad para seguir hasta el final un

sacrificio doloroso de verdad. No queremos el sexo de los niños bajo el cuchillo del Mohel, que es como se llama la especie de rabino que circuncida. Vi uno en Nueva York hace tres años, doctor. Un solo tajo, un solo llanto, los flashes de la familia, la risa forzada y no de todos los presentes, el brindis, la comida, el niño envuelto en trapos sangrientos, su madre que no sabe cómo consolarlo, ni cómo sonreír a los parientes sin sentir como un insulto personal, como una separación absoluta, el dolor que dejó que le infligieran a su hijo. No digo que esté mal. Es más realista, menos blando que el agua en la cabeza. Es el dolor, es la crueldad que no se puede ni se debe evitar de entrada. Ocho días de vida, el niño que apenas distingue los colores y que puede dejar en cualquier minuto de respirar mientras duerme después del corte en el centro de su carne, separado de ese último cordón umbilical que lo ataba a la nada, astronauta que flota fuera de la nave espacial. El prepucio como un signo de que algo lo unió alguna vez a otra piel, algo que quedó desgarrado, dando vueltas en espiral de un lado a otro del universo y tratando de reconstruir el lazo, Brasil cuando encajaba con África o Groenlandia cuando cabía perfectamente entre Europa y América. La teoría de Platón, la media naranja, la desgarradura, lo que quedó pendiente, abierto, flotando como una bandera del séptimo de línea al viento después de la batalla.

5

—¿De dónde saca todo eso? —se espanta el doctor Wagner.

De la Biblia, doctor. A los quince años me dio por leer la Biblia entera, de comienzo a fin, como si fuera una novela. Llegué hasta *Los Números*, luego fui saltando hasta el Nuevo Testamento y lo abandoné en la primera parte de *Los Hechos de los Apóstoles*. Ideas de quinceañero. Era eso o la droga, la música

fuerte, las mujeres, la colección de muñecos de *La guerra de las galaxias*. Ideas que uno se inventa. Desafío personal, miedo a que el tiempo infinito me tragara entero, correr mil kilómetros, tomar tres litros de vodka de una vez, cortarse con una navaja, abrazarse a las ruedas de un Boeing para atravesar el mar gratis. Le tenía miedo a todo. No creo que me hubieran dejado siquiera el riesgo de tratar de ser otra cosa que el niño que lee libros más grandes que él. La Biblia sobre mi pecho, con todo su peso, sus letras y sus capítulos.

«El total de los días que Adán vivió fue de novecientos treinta años, y murió. Y Set vivió ciento cinco años, y engendró a Enós. Y vivió Set ochocientos siete años después de haber engendrado a Enós, y engendró hijos e hijas. El total de los días de Set fue de novecientos doce años, y murió.»

Y en el primer piso esa ópera muda que mi madre y mi hermana Constanza ensayaban sin esperar más espectadores que ellas mismas. Las dos compitiendo por matar a la otra obligándola a intentar la nota más alta. Y esa sonrisa perfecta en que su odio las obligaba a ser la misma cosa, a verse, a olerse sin que yo, único hombre de la casa, tuviera otra que esconderme en mi pieza, separado de ellas y tironeado como la piel por las páginas de la Biblia y los siglos y sus genealogías.

«Y Enós vivió noventa años, y engendró a Cainán. Y vivió Enós ochocientos quince años después de haber engendrado a Cainán, y engendró hijos e hijas. El total de los días de Enós fue de novecientos cinco años, y murió.»

Y otro jardín en una casa donde jugaban unas hermanas rubias que yo no tenía permiso de conocer. La otra familia de mi papá. La verdadera, la pobre familia engañada que sabía, decía mi mamá, toda la verdad. Y el temor permanente de enamorarme de alguna sin saber, de tener un hijo con alguna de ellas. La nube perpetua del incesto sobre mi cabeza. Único hombre de las dos tribus, única ofensa irreparable para la esposa primera que no hacía más que ofendernos con su perdón perpetuo por todos nuestros crímenes.

«Y Cainán vivió setenta años, y engendró a Mahalaleel. Y vivió Cainán ochocientos cuarenta años después de haber engendrado a Mahalaleel, y engendró hijos e hijas. El total de los días de Cainán fue de novecientos diez años, y murió.»

¿Leía la Biblia para perdonarme la clandestinidad? Para que el agua del diluvio no llegara a mi cama, para dejar que Jehová vengador acabara con toda mi familia, con toda la ciudad entera y me salvara a mí y sólo a mí.

«Y Mahalaleel vivió sesenta y cinco años, y engendró a Jared. Y vivió Mahalaleel ochocientos treinta años después de haber engendrado a Jared, y engendró hijos e hijas. El total de los días de Mahalaleel fue de ochocientos noventa y cinco años, y murió.»

Y era un placer perderse, y era un placer que esto que se supone era sagrado no tuviera nada que ver con los autos desorientados en las diagonales de Ñuñoa donde mi mamá se había refugiado a vivir, perseguida por una lista negra de la contraloría o del colegio de abogados, no me acuerdo, que según ella no la dejaba ir a tribunal a buscar casos ni ser socia de ningún bufete. Se peleaba con todos, todo el tiempo. Obligada a darle un tinte político a la vergüenza que se supone no sentía por ser la otra, la madre de los hijos ilegítimos del tigre de los tribunales, el dios Zeus de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, tan pequeño, tan mínimo, tan modesto cuando se dignaba a visitarnos una vez al año hasta que ya ni eso.

«Y Jared vivió ciento sesenta y dos años, y engendró a Enoc. Y vivió Jared ochocientos años después de haber engendrado a Enoc, y engendró hijos e hijas. El total de los días de Jared fue de novecientos sesenta y dos años, y murió.»

Y yo también merecía vivir novecientos años. Y yo también quizás no moriría jamás mientras leyera la Biblia sin fin.

«Y Enoc vivió sesenta y cinco años, y engendró a Matusalén. Y Enoc anduvo con Dios trescientos años después de haber engendrado a Matusalén, y

engendró hijos e hijas. El total de los días de Enoc fue de trescientos sesenta y cinco años. Y Enoc anduvo con Dios, y desapareció porque Dios se lo llevó.

»Y Matusalén vivió ciento ochenta y siete años, y engendró a Lamec. Y vivió Matusalén setecientos ochenta y dos años después de haber engendrado a Lamec, y engendró hijos e hijas. El total de los días de Matusalén fue de novecientos sesenta y nueve años, y murió.»

Como un mantra, doctor, esos nombres, esos números que no me importan, mucho antes de mis hombros, antes también de mi frío, antes del miedo a morir joven. Los trescientos años de Enoc, los setecientos ochenta y dos años de Lamec, los novecientos sesenta y nueve años de Matusalén. Nombres que conozco y reconozco entre otros que no importan. Isaac que engendró a Esaú y Jacob que engendró a Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar y Zabulón de su primer esposa Lea; Dan y Neftalí (alias Pablo Neruda) de Bilha, la sirvienta de Raquel; Gad y Aser de Zilpa, sierva de Lea; José y Benjamín de Raquel, su esposa favorita.

—¿Ha pensado en hacerse cura? —me pregunta perfectamente en serio el doctor Wagner—. Con todo lo que sabe de la Biblia lo haría perfecto.

Claro que lo pensé, doctor. A usted y a mí nos facilitaría el trabajo por lo de la frotación vaginal, me doy cuenta perfectamente. Me habría encantado tener todos los domingos un público escuchándome. Lo del voto de castidad no me parece nada terrible. A los degenerados de los romanos fue lo que más les atrajo del cristianismo, el celibato de los curas. El voto de pobreza me habría jodido, pero yo creo que me habrían aceptado al final. Un sueldo seguro aunque sea poco es mejor que tener que ganarse humillantemente la vida, como nos toca a los seglares. No creo que hubiera soportado el voto de obediencia. No sé. No sé, estudié en un colegio de monjas y después en una escuela laica. Nadie vio que tenía vocación. También habría sido gay si algún gay se hubiera dignado a iniciarme a tiempo. O drogadicto, o heterosexual, o fanático del heavy metal o del laúd si alguien me hubiese dicho «Tú naciste para esto».

Habría sido cualquier cosa que alguien de mi edad o un poco mayor hubiera decidido que fuera. No tenía amigos, doctor. Ni enemigos, ni amigas, pero siempre estaba cuidándome de que no me invadieran demasiado. Ocupado en leer la Biblia en el segundo piso de mi casa. Sangre, carne, cuchillos, cabras sacrificadas, piedras azotadas, sirvientas violadas por su bien, sangre y más sangre que llena el Nilo, sangre de cordero para pintar las puertas de los niños que el ángel de la muerte no se va a llevar. Y Noé desnudo que viste a su hijo Set. Y las hijas de Lot que emborrachan a su padre para *yacer con él* y quedar embarazadas. Esa palabra, *yacer*, que significaba más que dormir, o que era justamente eso, dormir. Yo presentía qué significaba aunque no hubiese yacido aún con nadie, y todo el peso de *yacer*, los órganos en descanso, los huesos sin vigilancia, el aire respirado al mismo tiempo, el gemido sincronizado de los pulmones. Y Onán que lanza su simiente al suelo para no pecar. Siluetas de vírgenes en las ventanas de Jerusalén, vendimias, trigales, cabelleras que no terminan nunca de desenredarse. Seguía de largo, leía espantado y feliz, mi pene erguido en el fondo de la madriguera. Los bailes desenfrenados frente al becerro de oro y el polvo de oro que Moisés obligó a los judíos a devorar y el número de cada cordero preñado o no, los bueyes, los carneros castrados o por castrar, las trompetas, la bandera, las ceremonias infinitas con que las doce tribus agradecían seguir ahí, escuchando a Moisés mientras enumeraba más y más leyes sobre la comida y el descanso:

«Y cuando fuere libre de su flujo, se ha de contar siete días, y después será limpia. Y el octavo día tomará consigo dos tórtolas, o dos palominos, y los traerá al sacerdote, a la puerta del tabernáculo de la congregación. Y el sacerdote ofrecerá el uno en ofrenda por el pecado, y el otro por holocausto; y el sacerdote hará expiación por ella delante de Jehová, por el flujo de su inmundicia.»

—¿Por qué son impuros esos siete días, mamá? ¿Qué flujo, de dónde viene,

hacia dónde va, mamá? ¿Cuándo son impuras las mujeres? —Mis dos hermanas se pusieron a toser al mismo tiempo.

—No pregunte huevadas, mijito. No importa eso, usted estudie, dedíquese a estudiar, será mejor —decretó mi madre levantando su plato y su taza.

—Ya pues, mamá, cuéntale, no seas mariconas con él. Lo leyó en la Biblia, si está en la Biblia se supone que está bien —se enojó Constanza, parándose de la mesa para no tener que responder ella tampoco.

—Habla con la Juana —dijo mi mamá, dejando todo en manos de la empleada antes de retirarse a firmar unos papeles.

—No te preocupes —me dijo mi hermana Isabel, la única que se atrevió a quedarse en la mesa—, es una cosa natural. A todas las mujeres nos pasa. Es el ciclo menstrual. ¿No te lo enseñaron en el colegio? ¿Las florcitas, los ratones blancos, la teoría de Mendel? Ya pues, dime la verdad, no seas pesado. ¿Sabes sí o no lo que es el ciclo menstrual? Puta, colegio de mierda. No sirven para nada los profesores de ahora.

Ejecutiva, Isabel dibujó un círculo con flechas en el pizarrón blanco donde mi mamá anotaba las comidas de la semana y las tareas de la Juana. Veintiocho días que terminaban con otros cinco en que el óvulo no fecundado se convertía en sangre.

—¿Sangre de verdad? —pregunté espantado, y vi que parte de su cara se sonrojaba.

—No te preocupes, es asqueroso pero natural.—Como si una cosa compensara la otra. Y traté de pasar al encuentro del óvulo con el esperma, los cromosomas, los genes, pero me quedé obsesionado con la sangre. ¿Pero cómo sale la sangre? ¿De dónde sale la sangre? ¿Es como sangre de narices o como llave de agua corriente? ¿Cómo cae, todo el día, toda la noche? ¿Es sangre como la de cualquier otra herida o es de otro tipo?— ¿Para qué quieres saber tanto? Tú eres hombre, tienes suerte, nunca te va a pasar.

¿Cómo lo hacen para caminar o para dormir mientras les está saliendo de

entre las piernas esa sangre que según la Biblia mancha todo lo que toca, las siembras, las manadas, los ríos, los valles, la tribu entera? ¿No quedas más débil después de sangrar tanto? Si yo pierdo sangre la mamá me hace comer algo al tiro para no perder fuerza. ¿Qué haces tú, comes más esos días, te duele como una herida, no te dan ganas de llorar como lloro yo cada vez que tengo una herida en las rodillas?

Agotada por mis preguntas, mi hermana se sentó a la mesa. Sus ojos bajaron hacia la taza de té para que el rubor no fuera total.

6

¿Tú también, Isabel?, pregunté sin atreverme a sacar la voz de mis cuerdas vocales. ¿Tú también? Óvulos, días impuros. ¿Tú también, Isabel? Por eso ya no peleas con terrones contra los primos en Las Cruces. Y las cien maneras en que te caías de la cama sin romperte nada. Y el descuido con que antes amanecías sin sábanas, el camisón a la altura del pecho, el calzón a la vista. Y tu cuerpo que antes no se cuidaba de ser tuyo, que antes caía donde caía, que se derramaba porque nada, ni las manchas podían mancharte. Y ahora todo te mancha, Isabel. Todo es síntoma, todo comienzo y fin informe, como una borra de café, el mapa de una ciudad, un pulpo sin brazo que se extiende sobre el mundo.

¿Eso es? ¿Eso pasó? ¿Era eso entonces, el perfume cuando pasas por el pasillo? Como si fuese la máxima vergüenza oler a ti misma. Tu baño lleno de algodones, flores esterilizadas, toallas absorbentes, una serie de implementos que no puedes olvidar, la cartera llena de misterios. El rouge, la paleta de maquillaje, las limas, el rímel, excusas para esconder eso otro, los tampones o las toallas que debes usar entre los calzones y el laberinto sangrante, los

labios deshojados, la carne suelta que reclama su lugar en el mundo, la circuncisión que no para nunca, la obligación perpetua de tener tu cuerpo bajo vigilancia, de contar siempre con él, de tenerlo siempre de enemigo y de aliado, sentada sobre un trono de sangre, siempre dueña de un crimen del que quedan huellas pero no cadáver.

Y el disimulo perfecto con que tu mano ordena un mechón detrás de las orejas. Señales de sangre, delicadeza que sólo tiene sentido como contraste a la vulgaridad sin fin de la mancha. Inventar que estás atrasada, que es la hora. Todos esos gestos sin importancia, Isabel, tomaban otro peso ahora que sabía lo que escondían, ahora que mostraban el resplandor de tu sangre hermana y enemiga, Isabel. Mujer, para tu sorpresa y la mía, extraño animal que es también vegetal, helechos, ramas que estoy condenado a cortar a golpes de espada, atrapado por más y más espinas, más y más troncos y lianas que me inmovilizan. Morenas, rubias, pelo furioso que es sólo una metáfora de la sangre. Como si todo saliera de ahí, como si todo volviera ahí. Abundante cabellera cuando son jóvenes, gris y blanco pelo cuando el combustible se va acabando. Por eso cuidas ritualmente tu pelo, Isabel, por eso su brillo compite con otro brillo, porque es la sangre lo que ven los hombres, la salud de las entrañas, la fuerza del flujo, los gritos de parturienta, el aceite de las lámparas de las diez vírgenes esperando al novio en el Nuevo Testamento, adúlteros bajo las piedras, los eunucos de san Pablo.

—Amén—concluyó el doctor Wagner sin dejar de escribir con su gran letra incaica en el talonario de las recetas—. ¿Qué prefieres, compadre, la Clínica Alemana o la Clínica Las Condes? ¿El 15 de abril? Son dos semanas de licencia. Le voy a poner fimosis para que te reembolsen en la Isapre. Compadre, es por tu bien, en la mejor onda, vas a salir hecho un campeón. Hay que ser valiente, esto no es nada. Estamos en el mismo barco, compadre, ya vas a ver.

Apretón de manos victorioso. Ascensor que anuncia los números con acento colombiano. Recibidor de mármol gris. Puertas de vidrios ámbar. Camino entre las embajadas y los columpios, la luz radioactiva de Santiago cuando se acaba el verano. Un parque que es apenas algo más que un bandejón en la circunvalación Américo Vespucio, el cielo barrido de nubes, la Escuela Militar a lo lejos, una embajada por ahí, la bandera que se seca desanimada en el smog. Mi cuerpo rechaza a mi pene, mi cuerpo rechaza a mi pene o viceversa. Se desconocen, se desprecian, viven esperando cuál de los dos se cansa primero. Soy mi propio parásito.

«Eres como todos los demás», me decía mi mamá, prohibiendo que me juntara con los demás porque no eran como yo. «No te preocupes, no te angusties, mi amor, algún día va a llegar tu momento. Todo a su tiempo, mi amor, todo cuando tiene que ser.»

Esto me pasa por tener pareja estable. Esto me pasa por obligar a mi pobre pene a cumplir condena. Ser normal, ser sexual, conyugal. Sexualmente pleno, sensualmente sonriente, dos veces a la semana, distintas posiciones aprendidas en esos libros en que amantes hippies californianos dibujados con lápices de color se interpenetran mirándose a los ojos. Y casarse y ser feliz, feliz, feliz, hasta que el mareo, hasta que el silencio. ¿Cómo le explico ahora a la Valentina que me voy a circuncidar? «Mi amor, tengo una sorpresa para ti. Soy el mismo y soy distinto. Tenía una ciudad, un bosque, una caverna en el pene. No me vas reconocer. Te va a encantar.» Un recorte de nada. Un cortecito no más. Sus dedos haciendo tijeras en el aire. Y el dolor abstracto de esas tijeras en mi carne.

Recortar un poco, hacerme una pequeña costura, una basta, como esa que la Rosa les hace a mis pantalones. ¿Cómo empiezo? ¿Fui al doctor, al dermatólogo de los famosos? Cero glamour, parece un nibelungo y se llama

Wagner. Mi caso le interesa mucho, le devolvió la fe en la medicina pública. Hablamos de religión. Perdona que no te haya contado nada. No es urgente, pero es importante.

—¿Por qué no me contaste? ¿Por qué nunca me dijiste nada? —se queja Valentina al otro lado del Skype antes de que me atreva a decirle nada—. ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Por qué no me preparaste? Es terrible esto, tan atroz, sus piernas, sus cabezas en los arados. ¿Cómo tan cruel? Cosechas de cadáveres en todos los campos. Niños, montañas de niños muertos. ¿Cómo se puede vivir después de eso? Y sonreír y ser feliz. No se puede hacer un agujero en este país sin que encuentren más y más montañas de muertos. Ya sé que sabes todo. Ya sé, eres lo más culto que hay, para ti nada es sorpresa, pero imagínate para mí, educada en mi estúpido colegio de monjas donde no nos enseñaron nada, imagínate el choque, imagínate para las otras dos, casi se mueren las pobres... ¿Por qué no me contaste, Antonio?

—¿Sigues en Camboya? —Pol Pot, los campos de la muerte, imagino mientras veo cómo se escapa el delgado hilo de la llamada al otro lado del computador y cómo, justo antes de quedar congelada, vuelve acelerada del miedo a que se corte la comunicación en cualquier minuto.

—No, estamos de vuelta en Saigón. Un vuelo infernal. No sabes nada, casi se nos cayó el avión como tres veces. La Fran lleva dos días vomitando. Está embarazada, parece. No se lo digas a nadie, no seas malo, deja que se lo diga ella al Nicolás. Lloro todo el día, la pobre Fran. Nos tiraste a los leones, Antonio. ¿Cómo no nos avisaste? Lindo Camboya, vayan no más, no pasa nada. A ti que tanto gusta dar clases de historia... te hiciste el tonto cuando se trató de Camboya. Los nazis son unos niños de pecho comparados con los Jemeres Rojos. Pol Pot se ve tan limpio, tan elegante en las fotos. Es horroroso, Antonio. Atroz. El museo del genocidio. Están tan orgullosos de haber sobrevivido estos camboyanos. Venden chapitas, libros, folletos,

poleras del genocidio. Tan lindas las mujeres, los hombres, todo el mundo es tan precioso en Camboya. ¿Estás ahí, Antonio? ¿Me estas escuchando?

—Se escucha mal. Te quedaste congelada —exagero lo que es apenas un bache mínimo en la comunicación.

—¿Todo eso para qué? Para vaciar las ciudades. Para que todos vivan felices en el campo. Por favor. Para ser más sencillos, para cumplir con el sueño de Marx o de Lenin o de no sé quién. Todo aprendido en París, en las mejores universidades. Te estoy repitiendo como loro lo que ya sabes, pero no me importa. Me tengo que sacar ese olor a muerto de la piel, ese sabor asqueroso que me quedó en el fondo de la garganta. No hay rabia entre esta gente, Antonio, no hay quejas, no tienen brazos, no tienen piernas, perdieron a todos sus parientes y no tienen quejas. Te muestran todo con paciencia, casi con orgullo, hasta las prótesis que usan. La dignidad de esa gente es increíble. Una se preocupa de tantas tonteras en la vida. Una vive angustiada por tanta pelotudez, Antonio. Sonríe, ya pues, no pongas esa cara de entierro, quiero ver tu sonrisa, es lo más lindo que tienes, tu sonrisa, mi amor, no te pongas tan serio. Dime que no es verdad, dime que esto no es toda la verdad. Quiero vivir, quiero tener hijos, muchos hijos contigo, Antonio. No quiero tener uno o dos, como todos tus amigos, quiero tener por lo menos cuatro o cinco de un viaje. Te echo tanto de menos, pienso en ti todos los días. Ya sé, te veo, te hablo por este aparato maldito, pero no es lo mismo. Tu olor, tu nuca en mi mano. Tus orejas incaicas. Dormir juntos la siesta. Es tan sano dormir la siesta juntos. Cuando sea grande voy a dormir siesta religiosamente todos los días contigo. Era mejor cuando no existían estas cosas, podía echarte más de menos. Ya, cuéntame algo entretenido, mejor será. ¿Tus amigos, la política, la gente de Santiago? No seas fome, ¿alguna novedad? ¿Has visto a alguien raro? ¿Alguna copucha? ¿Alguna historia? No me vas a decir que estás encerrado todo el día en la casa. No seas tonto. Sal, ve gente. Aprovecha que no estoy. Vive tu vida. Eres tan distinto al resto del mundo, Anthony, yo soy tan normal

en el fondo, tan común, tan vulgar. No entiendo lo que ves tú en mí. De eso me he dado cuenta aquí, soy como cualquiera, quiero lo mismo que todo el mundo. Me gusta ser normal, como un grano de arena, menos que eso incluso. ¿Tus amigas? ¿Las mujeres te acosan mucho? ¿Estás enamorado de alguien? ¿Me dirías si estuvieras enamorado de otra? Si tuvieras a alguien más me lo contarías, ¿no es cierto? Algo te pasa. Estás misterioso, Antonio. Algo tienes. Cuéntame, no seas malo.

La distancia, explico. Dos o tres océanos, dos o tres continentes, varios cambios de avión, eso de tener que hablar a mil kilómetros por esta mierda del Skype que se pasa cayendo. No sé, no es natural hablar así. Es raro, aunque pienso que es quizás la forma más natural del mundo hablar así ahora. Su piel bronceada, el mechón húmedo cayendo sobre su frente redonda en la pieza sencilla pero limpia del hotel cuatro estrellas y mucho bambú de Saigón, Saigón, Saigón, donde hasta los muros sudan y zumban sin fin las motos de los vietnamitas. El trópico te vuelve insolente, te vuelve entera, te limpia y te mata, tan niña, tan viva que me ofendes, una ofensa por la que en el fondo debería yo pedirte perdón.

—¿De qué te vas a operar, me decías? Me escribiste por mail algo de una operación. Pensé que era más o menos urgente, por eso te llamé, aunque la conexión es pésima en este hotel de mierda. Decías que te iban a operar pero no decías de qué ni por qué.

—Del estómago... De la parte delgada del intestino delgado. Tú sabes, me duele la guata siempre. Tengo esos calambres horribles a veces. Es una operación sencilla, dice el doctor. Es ambulatoria. Sales caminando del hospital el mismo día.

—¿Te duele mucho? ¿Estás sufriendo mucho, Anthony?

—No, si es una operación simplemente cosmética.

—¿Cosmética? ¿Del intestino grueso?

—Delgado. Es el delgado... Aló, ¿me escuchas bien...? Aló, aló... Me

duele a veces, pero es para prevenir. Es mejor prevenir que curar, dicen los doctores. Quiero estar más sano para ti. Ya vamos a hablar en Santiago. Tú no te preocupes, no te quiero echar a perder el viaje. Disfruta con Pol Pot. Una experiencia increíble. ¿Cuántas veces en la vida uno va a poder ir a Camboya? Tus amigas te van a agradecer la idea toda la vida. Y yo voy a estar bien, no te preocupes. Hablemos después, la conexión es como las huevas... ¿Qué hora es allá? Muy tarde, descansa, por favor descansa...

—¿Anthony? ¿Antonio? ¿Qué te vas a hacer? Cuéntame bien... —pero queda congelada.

8

—Está bien, hiciste lo que tenías que hacer —me felicita mi madre, abrazado yo a ella en su vacía cama de dos plazas y media viendo sin mirar desfilas por la pantalla todos los canales de televisión—. ¿Cómo ibas a molestarla con tu pirulín cuando anda descubriendo el genocidio de los Jemeres Rojos? Se está educando para ti esta niña, date cuenta, Antonio. Te ama mucho y está tratando de tener mundo para ser una mejor esposa. Deja que dé su vuelta al mundo sin molestarla con tus problemitas de aquí. Es un viaje, te lo explicó. Un año de su vida, o menos. Quiere ser joven por última vez. Está pasando el rato con unas amigas, déjala. La verdad, por favor, ¿quién quiere tanto la verdad? En la vida uno agradece una buena mentira piadosa cada cierto tiempo. Ya me habría gustado a mí que me mintieran un poco más en la vida. Eso me faltó, más mentiras piadosas. Déjame hablar así. Esa es una de las pocas gracias de ser una vieja de mierda, poder hablar así. Nadie quiere estar sola. ¿Tú crees que quiero estar sola? ¿Tú crees que es fácil seguir en pie, sin nadie que me apoye? Yo hago mi vida, hago mis cosas todos

los días como si nada, pero es una mentira. ¿No te das cuenta? Sólo te tengo a ti. Vivo por ti, mi amor, me muero por ti —se cubre la cara con las manos—. Es una vergüenza, es un horror que te diga esto en tu cara. Yo debería haber escrito, no sé, esculpido, descubierto, haber hecho algo más que ser mamá de mis hijos. Debería dejar algo más de mí, ocuparme, jugar a las cartas como la Monse, viajar por los fiordos del mundo como la Raquel. Pero tú eres lo que hice, Antonio. Es demasiado fuerte eso, es demasiado exigente para ti, ya sé, es demasiado para cualquier hombre o cualquier mujer. Es poner el mundo entero en sordina, no es amor, es delirio, no es sano, lo sé, pero así es. Tu papá no tenía lugar ahí. Lo supe siempre. Fui egoísta, lo usé. No le pedí nada, ni plata ni apellido. Lo que dio lo dio porque quiso. Tarde o temprano tenía que desaparecer. Era parte del plan, era lo que yo necesitaba, la idea de un hombre, un semental con toda su tristeza, su brillantez, su complicación, y después nada... Pienso en él todo el tiempo. No lo perdono ni le echo la culpa. Las cosas fueron como fueron, pero es terrible sobrar. Yo no quería envejecer con él, pero en el fondo es porque no quería envejecer. Y es lo que me toca hacer ahora, y sola. Ser una vieja mientras ustedes siguen siendo jóvenes, mientras viven sus vidas, tienen sus hijos, hacen sus cosas.

Y su mano no me deja alegar nada en su defensa o en la mía. Me acaricia la frente, el cuero cabelludo. Me peina, me limpia, me salva, su mano me dice que no vale la pena, que no quiere mi defensa, que no pide mi ayuda, que quiere decir simplemente lo que ya lleva dicho muchos años, demasiados años.

—Esa niña es un tesoro, mi amor. Es una perla rara, hay una así en un millón, no más. Tú la encontraste, tú la descubriste y ahora es tu deber cuidarla. Yo te voy a ayudar, te vamos a ayudar todos, ya vas a ver. No vas a dejar sola en el mundo a una muchacha así. Eso no se hace, no lo hace gente como nosotros, al menos. No puedes tomártelo así. Tú la elegiste. Tú sabías en qué te metías cuando te metías con ella. Yo habría querido otra cosa para ti.

Yo habría esperado una niña que te cuidara, pero la encontraste a ella, tú la viste, no te puedes hacer el tonto ahora. Tú escuchaste lo que contó de su papá. No te va a dejar nunca esta niña, no seas tonto, mi amor. Te necesita más que a nadie en el mundo. Escúchala, pero antes, ahora, déjala viajar tranquila. Tienes que tener paciencia, es lo único que te pide ella, un poco de paciencia. Ese tipo de niñas son así, muerden, gritan, corcovean, piden, pero al final son buenas. Al final agradecen a los que aguantan la prueba. Te lo digo yo, que fui un poco así. Y tu hermana Isabel, también. Es una santa tu hermana Isabel, pero mira la cantidad de señores que se han tratado de matar por ella. Tú sólo ten paciencia, no hagas caso a ninguna provocación, esta niña te adora en el fondo. Tú necesitabas eso, adoptar a alguien. No hay nadie mejor en el mundo para eso que esta niña. Escúchala solamente, no le digas qué tiene que hacer, qué no tiene que hacer, escúchala. Sabes hacer eso mejor que nadie, escuchar a las mujeres, mijito.

9

Un fin de semana entero en la casa de mi tío Fernando en Algarrobo. Dos horas de viaje que ahora me parecen como dos días con sus noches. Palabras de buena crianza interrumpidas por el rayo de las preguntas funcionarias de mi madre. ¿Qué tipo de ingeniero era tu papá? ¿Qué hace tu mamá? ¿Qué parentesco tienes con los Urzúa? ¿Y ese novio tuyo de qué se murió? Recuérdame. ¿Y tu papá se murió también? ¿Y qué estudiaste después? Y eso que tienes en las muñecas, ¿qué es?

Sabía perfectamente qué ocultabas debajo de ese desgastado talismán tejido en el Cuzco.

—No es nada, un rasguñito nada más —respondías sonriendo, Valentina, tan

pequeña en ese asiento de piloto (nadie en mi familia maneja), tan entera como los niños, sin resistirte ni caer en las trampas que mi madre no podía evitar tenderte. Te miraba de reojo y no me atrevía a apoyarte. No me necesitabas. No querías ser ni mejor ni peor de lo que eras, de lo que eres, perdón, no estás muerta, es cierto... Respetuosa siempre, discreta, sonriente, estabas aterrada y no tenías miedo, reteniendo con todas tus fuerzas la triste historia de tu casi suicidio a los diecisiete años consecuencia de la todavía más triste historia de tu primer novio muerto de leucemia poco después de que los dos perdieran en la casa de una tía sorda la virginidad.

Mi mamá no insistió, tú no insististe. Ganaste sin pelear, justamente porque supiste que no había manera de ganarle. Llegamos a la casa de Algarrobo casi callados, casi avergonzados de no saber qué decir. Llaves oxidadas que no pudimos encajar en la cerradura. «¿Cómo entramos, está toda la casa cerrada? ¿Alguien tiene el teléfono de un cerrajero?» Tuve que trepar por el pino también carcomido de óxido hasta la ventana del segundo piso. Entré a la casa fantasma y les abrí la puerta, diminutas las dos en una sola silueta tan humildemente rusa. Después abrieron ellas los postigos, habitación por habitación, despejando el olor a ratas azumagadas y agua oxigenada. Y la sorpresa de niñas al mirar el océano verde en el fondo de la bahía. Y la inmensa cocina donde el azúcar se había convertido en una masa gelatinosa. Buscamos infructuosamente la sal, los fósforos, los balones de gas. Puse los maderos para el fuego en la chimenea, lidié con la antena del televisor para que transmitiera las noticias, hablamos de nada o de todo, hasta que agotada mi mamá decidió dejarnos solos e irse a la cama.

—Anda con tu mamá —decidiste—, no la dejes sola, vino para estar contigo, yo estoy bien, voy a dormir en la pieza chica, debajo de la escalera.

—No seas ridícula, Valentina. Tengo treinta años, no creo que a mi mamá le importe mucho que durmamos juntos.

—No lo hago por ella, lo hago por mí. No hay que provocar, Antonio. Hay

que respetar en la vida si quieres que te respeten —concluyó inapelable.

—No le vas a hacer caso, supongo, mi amor —se sorprendió mi mamá cuando me vio derrotado llegando a su cama—. Anda a acompañarla, no seas malo, no hagas la tontera de quedarte con una anciana podrida mientras tu preciosa novia duerme sola debajo de una escalera. Está bien que ella quiera, habla bien de ella, pero no tienes por qué hacerle caso en todo, mi amor.

Pero eso había decidido, hacerle caso en todo. Que se vaya a la cresta, que haga lo que quiera. Y la pieza de mi mamá era más tibia y era normal acostarse a su lado a cambiar los canales como lo había hecho de los tres a los veintitrés años. Hasta que unos pasos discretos, una sombra se acerca, su pelo menos rubio que el de su madre, pero igual brillando en el umbral de la puerta donde jugaba a ser el fantasma de sí misma.

—Hay un espejo —explicó avergonzada Valentina, levantando apenas su larguísima camisa de dormir sólo para mostrar los pies desnudos que se congelaban en las baldosas en damero del pasillo.

—¿Un espejo qué? ¿Un espejo cómo? —pregunté. Un espejo en el muro que la mira feo. Su cara sin maquillaje, sus cejas arqueadas, su piel tan blanca que podía competirle al resplandor del televisor mudo.

—Anda, mi amor, anda —ordenó mi mamá.

Me levanté a evaluar el verdadero peligro. Todo daba miedo en la pieza sin ventanas en que decidió instalarse. Todo menos el espejo que bastaría descolgar del pilar de madera para que la oscuridad fuese total. Eso hice. Volví a la pieza de mi madre con el espejo como trofeo de caza.

—Ya no hay espejo —dije, pero su cabeza trigueña ya era indistinguible del cuerpo de mi madre, flotando las dos en la estela de espuma que deja detrás de sí un barco gigantesco.

—Me voy si quieren, voy a dormir en la pieza del fondo —me disculpé, y mi madre me mostró el lugar que me habían reservado bajo el edredón.

—Ya pues, no seas tonto, Toño, hace un frío horrible. Cabemos todos en

esta cama, que es inmensa. —Con una sola mirada le pregunté a Valentina si estaba mal o si estaba bien. Como un gato minúsculo y recién rescatado, se acurrucó feliz en el regazo de mi madre.

10

—No tienes que hacerlo, ¿tú sabes eso? No estás obligado a hacer nada de eso. —Rompe la paz mi madre—. No debería meterme en tu vida, mi amor, no debería decir nada. Esto es irreparable, mi amor. En serio, Toño, estoy hablando en serio. Después no hay vuelta atrás. ¿Te das cuenta de la gravedad de todo esto? Mírame, Toño, ya pues, mírame.

—No sé, mamá, en la vida hay que hacer lo que hay hacer. No es cosa mía. Es una operación de rutina nada más, dice el doctor. Leí todo tipo de información en internet. Se lo hacen a todos los niños en Estados Unidos, en Perú, hasta en Filipinas es obligatorio.

—¿De qué estamos hablando, Antonio?

—De la operación. De la circuncisión, de eso hablaba yo, por lo menos. ¿De qué estabas hablando tú, mamá? ¿Por qué pones esa cara?

—Yo te hablaba del matrimonio. —Sonríe llevándose la mano a la cabeza—. Por favor, la operación. ¿Qué importa la operación? Eso es una tontera sin importancia.

—La operación es irreversible, el matrimonio no. Si no resulta puedo separarme en cualquier momento, pero no puedo volver a ponerme lo que me corten en la operación, aunque leí que hay una operación en Estados Unidos para rehacer la cosa, pero duele mucho y es muy cara. Hay todo un movimiento en varias partes del mundo de nostalgia por el prepucio. Vi varios foros en la web...

—Déjate de hablar tonteras, Antonio. Y no te vas a separar. Yo te conozco. Tú eres coherente, quieres la verdad aunque la verdad sea una tontera. Eres de una sola línea. Tú viste a esa niña, tú la elegiste, tú decidiste sin vuelta atrás. Te entiendo, no te critico, yo también soy así. Me río, pasó riéndome de todo pero me tomo la vida en serio.

¿Por qué crees que soy tan serio, mamá? ¿Por qué no me podría casar por el puro placer de casarme, casarme para divorciarme después de la noche de bodas, como los actores de Hollywood? ¿Por qué no podría equivocarme, hacer una huevada por hacerla y nada más? Y la sonrisa triunfante y al mismo tiempo adolorida de mi madre, que sabe que sé de qué está hablando, que sé incluso más de lo que puede adivinar, que sé todo lo que no puedo decirme ni a mí. Y sigue hablando, como para volverme loco.

—La quieres, claro. Yo también la quiero. ¿Quién no la va a querer? ¿Pero dónde está ahora que la necesitas más? Mira en lo que estás. Te estás cortando a ti mismo, te estás mutilando por amor. Te estás castigando por el puro placer de castigarte. No vale la pena, mi amor. Tienes la vida entera para decidirte. Hay miles de chiquillas que estarían felices de conocerte. ¿Me estás escuchando, Antonio? ¿Me estás escuchando, mi amor? ¿Toñito? ¿Cómo no te das cuenta? Esa operación es una salvajada, es una brutalidad sin nombre. Por favor, yo no te hice entero para que te fueran cortando en pedacitos estos doctores inescrupulosos que lo único que quieren es sacarles plata a los pacientes a como dé lugar. No tengo nada contra los judíos, ¿pero esa obsesión por convertir a todo el mundo en judíos? Son ideas de los gringos, es la cosa higiénica de ellos. Quieren convertirnos a todos en robots. Quieren que seamos todos iguales. Cada pirulo es distinto, eso es lo hermoso. Cada uno tiene su forma, pero ellos no quieren eso. Inventan enfermedades para que todos pasen por su misma tijera. No hay nada malo con tu pirula, con tu cola o como se llame. Tú eres perfecto, más perfecto que los demás. Todo te duele más. Estoy tan orgullosa de ti. Eres tan generoso, Antonio, eres tan bueno, mi

amor. Dios te va a premiar al final por ser tan santo. Ten paciencia, nada más, espera, espera... En el fondo ese es el problema, tú le pides demasiado a la vida, Toño, porque mereces mucho, porque sabes que estás hecho para más, siempre más. Tú no eres como los demás hombres, estás hecho de otro material, mi amor. No debería decirte esto, yo sé que puedes usar esto en mi contra delante de cualquier psicólogo, pero es lo que siento. Tenías algo en la mirada desde el primer minuto en que te vi. Tus hermanas dicen lo mismo, tus tíos también, incluso tu papá... Todos los que te vieron de niño pensaban eso. Quizás te empujamos demasiado, quizás creímos demasiado en ti y eso terminó por enfermarte. Esa niña dando vueltas en el sudeste asiático y tú acá, y esta cosa rara que te vas hacer en el pirulín, tan solo que quedas, tan triste, cuando de niño eras alegre, cuando eras como un pájaro feliz revoloteando por todas partes cuando tenías ocho años. Qué feliz eras, qué felices éramos todos viéndote crecer. Fueron los mejores años de mi vida. ¿He sido muy terrible como mamá? Dime la verdad, ¿te cagué mucho la vida? ¿Te corté las alas, te cagué la existencia, pobre niño mío? Hice todo mal. No me mientas, Antonio, no seas maricón, dime la verdad. Da lo mismo, siempre tengo yo la culpa de todo. Haga lo que haga, al final yo te destruí la vida.

Y pronto se arrepiente de su última afirmación, porque descubre de manera demasiado visible lo que espera de mí: un hijo, un niño que nos obligue a no hablar tanto de nosotros. Un hijo entre nosotros, en esa cama donde yacemos en perfecta tibieza, tú y yo, mamá, un niño nos salvaría tanto de estar tan cerca en esta cama, de ser un solo archipiélago que nadie puede separar. Un niño que nos obligue a preguntar ¿por qué?, ¿cuándo?, ¿cómo? Antes de disolvernarnos en la arena, antes de perdonarnos demasiados pecados, mamá.

—Hay que vivir, mi amor. Es lo único que importa, vivir con todo, hasta la última gota. Yo debería haber sido más puta. Ser como mis primas, tirarme a todo el que estuviera pasando. Yo me cuidé demasiado, yo fui demasiado buena, perdí mi amor tratando de no fallarle a nadie. Yo sé que para mucha

gente soy una puta pero con tan poco glamour, con tan poco salvajismo, tan poco clandestino todo. Cualquier cosa menos una aventura. Era linda, era flaca, brillaba, los hombres me miraban pero yo los ponía a prueba para saber si su amor era de verdad. ¿Qué importa la verdad? ¿Para qué, mi amor, para qué? Todo proporcionado, todo armónico, las tetas que me salían del cuello grande y blanco, yo sé que no me crees pero era así. Brillaba en la oscuridad, te juro. Hace veinte años que nadie me toca las pechugas. ¿Has visto algo más patético? Tengo que ir al ginecólogo para que alguien se digne a tocarme aunque sea una vez los senos, que tú ves que están bastante bien. Ya pues, somos adultos, Antonio, no te hagas el tonto. ¿Cuántas señoras de mi edad pueden decir lo mismo? No soy una jovencita de veinte, pero de cuarenta sí. Hay miles de señores que se darían con una piedra en los dientes por tener algo así en su cama. Son cobardes los hombres en este país. Pero yo también soy cobarde. Tengo miedo de que no me quieran. ¿Pero qué me importa que me quieran? A mí ya me quisieron una vez, ahora no necesito que me quieran, necesito que me den como caja, que me hagan tira en la cama. Necesito acción, mi amor, vértigo, qué horror. Vértigo, mi amor, saltar cien mil metros con una sonrisa en los labios, eso lo que me hace falta al final, eso es lo único que se recuerda al final.

Su mano me acaricia como si me hubiese enrolado recién en la legión extranjera. Me perdona, o se perdona a sí misma a través de mi piel. Sabe que no tengo escapatoria, pero sabe también que no escapo. Imbricado en la misma cama, en el mismo calor, no sé cómo ni cuándo. ¿Me voy a morir, mamá, sin vértigo? ¿Eso crees, que estoy perdido, agotado, que tengo que chocar contra ese muro, estrellarme, salpicarme, desaparecer en la inmensidad sin borde para no ser más yo, para convertirme en un marido modelo? El novio de torta que nunca quisiste tener, el hombre que rehabilite a todos los que faltaron en mi casa y que me dices ahora que no te faltaron en realidad. Esa silueta a contraluz al fondo de *Las Meninas* que no se sabe si viene o se va. ¿Eso es un

hombre, mamá? ¿Eso tengo que ser? ¿Ese es mi destino? ¿Ese es mi final, mamá, esperarla, los pies desnudos en el umbral hasta que el frío suba hasta mis rodillas? ¿Ser el hombre que no se va, el hombre que se queda mientras todas las mujeres que intenté amar se van?

11

—No veo por qué te sientes tan culpable —me dice Tamara Kuranovitch, la única de las íntimas amigas que no viajó con Valentina.

—¿Para qué le voy a echar a perder las vacaciones?

—¿Tú crees que si le cuentas se va a venir volando preocupada por ti? —se ríe Tamara—. Si tienes que decírselo, díselo no más. Qué tanto. Es el cuerpo, todos tenemos cuerpo, ¿o tú crees que la Vale no tiene? Yo la acompañé cuando le quitaron los quistes en los ovarios. ¿No le viste los tajos? No pasa nada, te vas a circuncidar, eso es todo. ¿Qué te cuesta decírselo así? ¿Después? ¿Después qué? ¿Qué cambia después? ¿De qué tienes miedo? ¿De que no te dé permiso?

—Pero ¿cómo empiezo? ¿Qué le digo? Tengo algo que contarte..., es delicado, es, ¿cómo te puedo decir...? Complicado. Si ella me hace eso me muero, si baja la voz, o si se calla, si se queda esperando unos segundos a diez mil kilómetros de distancia yo me quedo sin aire, muerto en vida por dos siglos.

—No te estás acostando con nadie, Antonio. Te van a cortar la cosa, no más. Hablas como si estuvieras a punto de ponerle los cuernos. Pero si es justamente lo contrario. Le estás regalando una cuarentena. Es la cosa más fiel que he escuchado nunca. Dile no más la verdad sin rodeos. Qué tanto. Irse así un año, dejarte esperando como una novia de marinero, desesperado con esa

cara de cordero degollado con la que andas siempre por todos lados. ¿Para qué? ¿Para comer gusanos raros en Saigón? ¿Fumar pitos con mochileros internacionales? ¿Mirar cómo se le caen los dientes a los camboyanos? ¿Contar tu vida en inglés a pura gente que no conoces ni vas a conocer nunca? Qué lata más grande. Está vieja para eso. Y se lo dije. Yo la conozco desde que tiene seis años, a la Vale. Pasé todo el colegio con ella. Nos reíamos cuando chicas de la gente que quiere ser libre, de las niñas que quieren volar. Es niña todavía la Vale, mucho más niña de lo que parece. Siempre va a ser un poco niña en el fondo. Estás jugando con fuego, se lo dije a ella antes de que se fuera. Estás regalando a tu pololo al mejor postor, Vale. Te estás lanzando al mundo, estás abriendo la puerta. No le interesa nada. Te está rogando con desesperación que le pongas los cuernos con la primera chana que pase.

¿Qué significa chana? Voy a preguntar, pero adivino que no tengo que hacerlo. Sin abandonar ni por un segundo su mueca de desprecio, Tamara brinda con toda la melancolía de que es capaz a la orilla de esa fiesta infernal de puros amigos íntimos de Valentina. Esa fiesta a la que me resistiría a ir si ella estuviera, esa fiesta a la que sólo voy por una extraña fidelidad que no puede agradecerme, por una extraña infidelidad que no cometo, que no voy a cometer nunca pero que siento que Valentina puede oler a diez mil kilómetros de distancia, como también puede oír cualquier suspiro mío a destiempo.

Tamara termina el vodka transparente. Las burbujas pesadas. Todo en cámara lenta, despacio, como si hablara en sueños algo hace mucho tiempo ya predicho. Y de pronto veo sus huesudos pómulos exigentes bajo la luz cenital del bar, su cara que a último minuto se salva de ser fea. Veo sus turnos en el hospital San Borja, «tú no sabes nada, más disparos que en Gaza, balas y más balas en las piernas y en los brazos. Partidos de fútbol poblacionales, fiestas en las esquinas que terminan a disparos». Todo eso que me cuenta al pasar, sin sonrisas que compensen la tensión. Cómo odio su seriedad, esa cara solemne, ese coraje profesional, esa coraza amateur con que siempre sabe lo que no

sabes, con que nunca le importa lo que te importa a ti. Y sus ojos, que brillan con una seriedad que nunca antes me gustó y que ahora quizás me gusta demasiado. La perfecta sincronía de sus manos también huesudas, largas y pálidas, que corren el mechón de pelo tras el cual sus ojos me mantienen a raya, distante e imantado a sus órdenes hasta el fin de los tiempos.

—No sé cómo la aguantas. Para qué pregunto huevadas yo en todo caso. La aguantas por eso mismo, porque es inaguantable. Tú eres así, se me olvidaba. Para qué pierdo mi tiempo contigo, qué me importa a mí si a ti te gusta el jueguito ese. Para qué estamos con cosas, a ti te fascina que te manipule la Valentina. Te encanta sufrir. No me vengas con huevadas. Necesitas fracasar para ser feliz, Antonio. Ese es tu problema, eres un adicto al fracaso. Pero te gusta el fracaso exitoso. Fracaso importado, fracaso sin resaca. A ti te gustan las huevadas difíciles sólo porque son difíciles. No puedes aguantar que te quieran por el puro placer de quererte no más. Tú estás siempre probando algo, Antonio, estás siempre viendo hasta dónde puedes llegar. Es una cuestión científica la tuya. Tú sabes que las cosas no son así, pero te empeñas, sólo para empujar la realidad hasta donde revienta. No te impones a la gente, no obligas, no ganas, no pierdes. Tienes todo controlado, todo dominado desde lejos. Eres un enfermo mental, eres el huevón más enfermo que conozco. Y qué tanto. Bailemos mejor.

Y el mechón de pelo vuelve a cubrir el ojo que cometió la imprudencia de brillar demasiado.

Sí, digo con la cabeza. Sin decir nada tampoco, con esa misma lentitud de iguana que no sé si es deseo o desprecio, toma mi cintura y me lleva al centro

de la pista. Los cuerpos y los muebles, las sombras y las risas, el pasillo, la cocina, el lavaplatos anegado, los cubos de hielo rodando por el suelo, y la música que no importa, y sus ojos en mis ojos, su cara rígida, su cuerpo entre mis manos que no saben si pueden subir, bajar, hacer algo más que seguirla, que no tropezar, que evitar cualquier gesto de esa torpeza que con las otras es mi forma perdida de seducción.

Su mano en mi cintura, el olor de su cuello. Su tibieza que no se niega ni se entrega, que baila encajada en mi cuerpo, a ojos cerrados, y a ojos cerrados acepta lo que apenas me atrevo a conseguir. No tenemos veinte años, repito una y otra vez. No se espanta. Tampoco se acerca. Es una profesional que baila profesionalmente, que sigue la música y la noche. Puros ángulos, pura ondulación. Pero las otras son niñas y esta es una mujer, cortante, severa, definitiva, esa es la palabra que andaba buscando. No seria, no solemne, sino definitiva. ¿No será esa la solución, casarme con una mujer que no sea mi tipo? Ser su dueño, tenerla. Recorro las fronteras de mi miedo como un acantilado de noche, mientras nos internamos en las aguas negras del mar evitando como podemos la sombra de las demás parejas. Ella y yo, yo y ella en la pista. Turbia, sola, evidente, tan pegada a la Valentina, tan parte de su sombra que sólo se me ocurrirá detestarla como se detesta a una suegra. Siempre Tamara, cuando Valentina se abraza a mí, siempre vigilando, siempre enojada con nuestra frivolidad, siempre dejando en claro que algo falta, que algo me falta, que nos falta algo. Desesperado yo por hacerla reír, ella no me encuentra gracioso, no le importa mi simpatía porque sabe que es una debilidad, porque sabe que es un chantaje, una trampa más.

No tiene veinte años, aunque con cierta luz tiene menos y con otra tiene mil. Nuestros cuerpos entienden una misma dureza, una misma hambre, una misma tranquilidad. Valentina, como todas las anteriores, era una niña, delgada, de mi porte o un poco más chica, una niña que se reía de mis chistes antes de que yo los dijese. Tamara en cambio no era de mi especie, no tenía mi tamaño, su piel

no olía como huelo yo ni mis hermanas ni mi mamá. No era algo que soñaba o temía, no era mi amiga. Era de otra especie y sin embargo reconocía yo su aliento entre mi cuello y mi cara, la respiración de su pecho en mi pecho. ¿No es así el sexo cuando funciona? La perfecta sincronía de sus pasos y los míos, nudos en el aire que se atan y desatan, su pelo que pasa de un lado al otro de su cara, su sonrisa que sabe de antemano lo que quiero hacer. Su indiferencia que armoniza tan perfectamente con mi interés como una silueta y su sombra. Arrastro su cuerpo, que se resiste justo lo suficiente, que me sigue y me respira, que espera de mí más respuestas.

13

—Voy a tomar algo —decide Tamara y camina entre la multitud hacia la barra fosforescente al final de la sala oscura.

No se me ocurre nada mejor que seguirla. Ir donde ella va, tan independiente de mí que me da vértigo.

—Hola —le digo, como si la abordara por primera vez. Sé que no tengo que sonreírle. Sé que no tengo que seducirla, que sólo tengo que mirarla a los ojos. Pero yo no sé mirar a los ojos a las mujeres, ni a los hombres tampoco. Eso me parece más violento que violar, más violento que robar a mano armada, como si le quitaras al otro el margen de error, como si obligase a Tamara a decir todo cuando justamente esta noche no quiero saber nada, cuando quiero quedar en la duda, entre su cuerpo que sabe qué quiero y su cara cerrada a mi sonrisa.

—Hola —responde, tomándose de un trago la mitad de su vaso.

—Horrible la música —comento.

—Mala —coincide, y toma su pelo sudado para inventar una especie de

moño que dura unos segundos. Baja los ojos después, no por timidez ni por vergüenza sino sólo porque los quiere bajar. No sé qué decirle, ni sé si hablar serviría de algo.

—Voy al baño —me avisa. Apruebo. Reacomoda su pelo en ese moño efímero, su mano descubre los huesos de la nuca, todo pensado como sin pensar. Al segundo vuelve a caer suavemente su melena en la espalda. Se despide del joven de la barra. Atraviesa en diagonal el salón lleno. Por todas partes aparecen jóvenes y más jóvenes que estoy a punto de reconocer y no reconozco. Desaparece del todo. La espero en la barra. ¿Qué hago con ella después de esto? ¿Dónde la llevo? ¿Qué le digo? ¿Cómo pasar a otra cosa sin abandonar esta? ¿Cómo se decide lo que no se puede decidir?

Tú podrías, tú querrías, tú pensarías... Yo... Tú, tú, tú... Tartamudeos, balbuceos. ¿Decir tú, tú, tú hasta el infinito, hasta que todas las posibilidades de sus nombres se hagan naturalmente verdad? Contigo no voy a ser nunca más niño, Tamara, juro y rejuro que contigo no voy a jugar, a ti no te voy a dejar viajar o volver, contigo va a ser por odio y va a ser por respeto, contigo voy a ser adulto y adúltero y adusto y arbusto también. Se le ocurrió a ella y no a mí bailar, me consuelo, me convengo, se le ocurrió a ella y no a mí hacerlo abrazados. Y el sexo que según cuentan sus amigas no es problema para Tamara, Tamara que se acuesta sin preguntar con los que le gustan mucho, Tamara que considera que es simplemente higiénico, necesario, libre de culpa y de vértigo hacerlo.

No es católica aunque todos seamos católicos en Chile. No es tan chilena como yo o como Valentina. Esa es su gracia, todas esas cosas que me parecían una desgracia antes. Todo lo que me separa de ella es lo que necesito. Triste y digna, dispuesta a sacrificarse para salvar a la ciudad, o a quemarla porque no está a la altura. Esa es su gracia, todo lo que me separa de ella. Por eso podríamos salvarnos juntos, por eso podríamos afrontar la verdad sin miedo. Pero ¿qué verdad? No importa. Es doctora. Estudió medicina, terminó todos

los cursos, está haciendo una de las mil prácticas que debe hacer para especializarse. Podría hablarle de eso, de mi operación, del doctor Wagner que estudió como ella en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile (aunque muchos años antes), de las alternativas de mi caso.

Y sube en mí una especie de salvaje alegría. Lo mío es un problema puramente médico. No hay vergüenza, no hay miedo. Tienes razón, Tamara, voy a decirle todo a la Valentina, que no se guarda nunca nada, que no le importa una mierda que sufra o lllore, que no está, que no está infinitamente, así que no me voy a callar nada. Si aguanta, aguanta, si no aguanta es cosa suya. Tengo un cuerpo que defender, soy un hombre completo, soy un macho colgando de la nada, me dejó solo, se fue a Asia y no puede reclamar, no puede pedir que sea digno cuando mi única fuerza es esa: no tener talón de Aquiles, porque soy un talón de Aquiles entero esperando todas las lanzas y las flechas de los troyanos para no morir. Sin sentimiento, sin disculpas, voy a hablarle científicamente, pienso.

Camino hacia el baño para no permitirle a Tamara el derecho a perderse y agradecerle el milagro de sacarme de la penumbra. Pero no está en el baño. La busco en la cocina, en la terraza, la vuelvo a buscar al salón y la encuentro en el pasillo, justo donde empiezan las puertas de las alcobas. Habla con un joven, o un joven habla con ella. Tiene su edad, seguro, ella también es joven. Soy el único viejo aquí. De las manos de ambos cuelgan botellas de cervezas.

¿Está feliz? Nunca lo voy a saber. Sus caras están muy cerca. Se van a besar en cualquier momento. Hablan su idioma, no puedo interrumpirlos. No me busca. No me ve, no existo, me alejo con un tropel de gente que va hacia la cocina. Aprovecho de flotar más allá, hasta la puerta abierta donde otro grupo se despide.

Angkor Wat

Es interminable Angkor Wat, con todos sus templos atroces, Antonio.

¿Cuántos días? ¿Cuántas semanas llevamos acá? ¿Cuánto tiempo llevo sin ti?

Los templos, los mercados, las calles están llenas de australianos drogados que intentan acostarse con nosotras pero que igual son atrocemente respetuosos. Da lo mismo todo, somos amigas desde hace mucho y nos conocemos bien. Somos un poco viejas para un viaje como este, pero no somos viejas de verdad. Podemos decidir ser tontas a nuestra manera, ser tontas como queramos. El trópico tampoco te deja ser. El trópico tiene eso de lindo, tiene eso de bueno, no te deja ni siquiera la ilusión del deber ser. Tienes que ser lo que eres, no más. Todo el resto está de sobra.

Es la gracia del viaje, Antonio. Hablamos de tonteras todo el tiempo. Nunca he sido tonta tanto tiempo, nunca he sido tan feliz tampoco. Eso es lo divertido. Tenemos mucho tiempo. Nunca pensamos en el tiempo. Nunca ajustamos el horario. Nunca le hicimos caso al jet lag. Tratamos de quedarnos despiertas el primer día pero caímos como sacos de papas en la cama gigante del hotel de Bangkok.

La cagamos, tendríamos que haber ajustado el reloj biológico, pero son como quince horas de diferencia y el vuelo, los vuelos más bien, fueron terribles. Nos quedamos con las horas cambiadas para siempre. Estamos despiertas de noche y medio dormidas de día. Y no importa, eso es lo raro. No tenemos agenda. Atroz. Nadie nos espera, salvo los aviones y los buses del tour.

Ciudad triste, maravillosa también por eso mismo, Antonio. No sé por qué te escribo a ti, por qué te escribo esto sabiendo que no te mostraré estas cartas nunca o te las mostraré cuando ya no importe nada y seamos viejos, cuando sea el final de todo y yo y tú nos riamos de todos estos juegos. Antonio mío, Antonio. ¿Antonio, dónde estás? Gente, tanta gente. La vida humana, la humanidad entera. El milagro de la vida, que es un infierno si uno lo piensa. ¿Para quién, para qué tanta gente? ¿No te pasa lo mismo? Tanta vida en todas partes me marea, le digo a la Lourdes. Tantas ruinas y tantos negocios de baratijas. Y gente entre los portones, las rejas, los arbustos, los quioscos camboyanos sin nombre, gente sin piernas, pidiendo one dollar, please, tomando tus bolsos, manejando motos sin manos, sonriendo sin sonreír, sólo para mostrar lo podridos que tienen los dientes.

Mira cómo se nos pega la blusa de seda en Phnom Penh, que es igual a Franklin pero sin chilenos. Todo lleno de templos budistas. Y ni te imaginas el calor, que es atroz, y la cara de esos niños que pueden tener setenta años, en poleras, bluyines. Hay muchas mujeres amamantando, prostituyéndose, muchos hombres caminando sobre el techo de los edificios quemados. Gente que seguro tiene historias de vida y muerte, ideas, aficiones, instrumentos musicales, amores, aunque para nosotras sean sólo cuerpos, chinos que no son chinos y que a veces también son chinos de verdad (que aquí son los que venden y compran todo), obstáculos para llegar al bus o para comprar una alfombra preciosa, gente que quizás me cambiaría la vida pero con la que no voy a hablar nunca, porque son todos iguales.

Pero ¿quién soy yo para toda esta gente? Una blanca con el pasaporte de un país que pueden pronunciar fácil, «Chile». Esa es la gracia, nadie se confunde, todo el mundo puede decir «Chile». Sonríen sin sonrisa los camboyanos, o los jemeres, como se llaman ellos a sí mismos acá todavía. Nos muestran monumentos que ni miran. Nos preguntan si queremos más agua. Nos dan flores para aplastar con las manos antes de entrar a los templos, y té y arroz con cosas raras. Nos tratan de estafar todo el rato y luego se rinden, porque no existimos para ellos, Antonio, porque no existimos y ellos tampoco existen. Los mataron de a millones y juntaron sus calaveras para hacer un mapa de Camboya en ese museo terrible. Atroz. Está lleno de fotos de muertos en el barro, de barcos llenos de brazos aleteando desesperados. Naves sin rumbo, como ellos cuando llegan a la frontera de Estados Unidos o de Europa, escondidos en las maletas de los aviones, sin hablar ni una palabra de inglés o alemán o francés.

Un humano es tantas cosas y tan poco, Antonio. Y yo me creo única, importante, yo me creo alguien. ¿Quién soy yo para mí? ¿Qué importo yo?

DOS

—¿Fimosis? —pregunta la secretaria cuando lee la orden médica.

—Sí —respondo, bajando los ojos.

—¿Doctor Wagner? —pregunta de vuelta su cara perfectamente neutral, tecleando en el computador antes de entregarme la infinita serie de papeles que firmo sin leer. Me dice que espere en la sala de al lado.

Perfecta calma de mis zapatos a la espera de que me llamen por mi nombre y mi apellido. Elegí un día cualquiera para que ni mi mamá ni mis hermanas se enteraran. Les dije que iba al campo, a la casa de los primos de la Julia Urquieta. Mi mamá llorando o valiente, mi mamá orgullosa u ofendida me habría parecido imposible de aguantar en estos momentos. Esto es una cosa de adultos, entre adultos y para adultos, no se puede mezclar la familia en esto. No se puede mezclar la familia en todo. Mi mamá ya me hizo, me toca a mí corregir lo que sobra. «No te sobra nada, mi amor,» la escucho insistir desde su atalaya particular, la cama en que siempre termino por perder los pocos huesos firmes que me quedan.

—¿Usted? —me preguntan, después de nombrarme, los dos paramédicos que arrastran la silla de ruedas.

—No es necesario, puedo caminar perfectamente con mis propios pies, es una operación ambulatoria, se la hacen a los recién nacidos en casi todas las partes del mundo.

—Es el protocolo de la clínica. No puede acceder al pabellón de otra manera.

Mirando a todos lados para asegurarme de que no haya nadie conocido, me

levanto y me siento en la silla. Feliz, el paramédico me empuja. Ruedo por el esterilizado lobby, el busto del doctor alemán que inventó la clínica, las carteras de las señoras, los delantales de los doctores, el primo de Jorge Echeverry que retiene la risa al verme y seguro va a esparcir el rumor de la gravedad de mi mal, el ascensor que usan generalmente para las camillas, donde mi exigua silla de ruedas se ve tan pequeña. Otro pasillo. La pieza donde me sonrío una enfermera diminuta y redonda.

—Bienvenido, don Antonio. ¿Cómo se ha sentido ahora último? ¿Alguna alergia? ¿Algún remedio que tome habitualmente, don Antonio? —rellena los casilleros de mi ficha.

—No. Bueno, ravotril para dormir. Una cosa para el estómago, Bamedil creo que se llama—. Nervioso entero, pero no tengo más que enfermedades nerviosas. Dolores de estómago en la antesala de una entrevista, ganas incontenibles de cagar cuando estoy a punto de comprar un disco o un libro que me interesa, súbitos gases si tengo que dar un beso. Conozco todos los baños cerca de las ya fenecidas Feria del Disco y librería Ulises. Tengo el deseo conectado directamente con los intestinos. La digestión con la ingestión de cualquier alimento espiritual que tiene que hacer lugar en mis tripas para llenarme entero. Demasiado buena digestión. ¿No sé si existe eso como enfermedad? Pie plano también, uso plantilla. No uso anteojos, no he tenido nunca un yeso ni un bastón. Amanezco resfriado todas las mañanas. Mi cuerpo no quiere salir de la cama ni menos enfrentarse a la ducha. El aire me resulta raro, difícil de respirar. Es como si no naciera del todo nunca, como si esperara mi opinión para despertar del todo. En la tarde de a poco me acomodo sobre mis pies, camino con mis propias fuerzas y me voy salvando. Soy infinitamente débil y completamente fuerte. Dejo el mareo como a las cuatro de la tarde y puedo no dormir en semanas si me lo impongo.

—Sáquese los zapatos y los pantalones, la camisa también. Párese aquí — me ordena la enfermera mientras me indica la báscula y la percha.

Setenta y cinco kilos. Ya sé, peso diez kilos más de lo que debería pesar. Adelgazo fácil, no se preocupe, cuando decido comer la mitad de mi plato y dejo de tomar vuelvo a ser delgado como cuando era adolescente, aunque me veo peor, porque ser chico y flaco es más patético que ser chico y gordo. Un metro sesenta y tres. En China sería alto. Mao tenía mi tamaño y parecía un gigante. Dicen que están creciendo allá. No se sabe muy bien para qué. Ser alto es la cosa más inútil del mundo. Si quieres ir a la guerra, si quieres ser guardia papal, tal vez sirva, pero para leer y escribir ser alto es una molestia. Dentro de mi generación, en Chile soy casi normal.

La enfermera no me escucha. No le importa. El velcro de la presión se infla y se infla y me lleva no sé por qué a retener el aliento.

—¿Está bien mi presión? —pregunto alarmado.

—Normal. Sáquese el resto de la ropa y póngase esto —decide la enfermera y me muestra la bolsa plástica en que yace doblada la bata abierta por todas partes, túnica apenas, delgado velo que cualquier viento mínimo puede abrir.

—¿No puedo usar nada debajo? Me da no sé qué andar semidesnudo por la pieza.

—Es el protocolo de la clínica, todos tienen que pasar por lo mismo. No se preocupe. Vístase y espere aquí, ahora le aviso a la señora Edith que ya está listo.

Me saco la ropa en el baño, me pongo la bata verde y oigo la puerta cerrarse. Mi trasero al aire, mis piernas cortas, mis hombros que se encogen. El sabotaje de mi cuerpo, que no tiene nada de héroe ni de villano, que no es más que el sostén de mi cabeza, la vergüenza desvergonzada de mis piernas que coquetean sin que las pueda controlar.

Mírame, Valentina, castigado en un rincón, no soy joven, no soy viejo, no soy gordo y no seré flaco nunca más, Valentina. Soy un hombre de mediana edad, en mitad de su vida, con un foco encima, sentado sobre una cama, en un

país al fin del mundo. Si hubiera sabido en qué me iba a convertir me habría casado joven, cuando no sabía nada, cuando no podía defenderme, cuando no me quedaba otra que admitirme entero, para siempre. Un hijo en los brazos. Ese desabrigado temor, ese horror de ser joven y padre sería mejor que ser un padre viejo.

2

—Normal, totalmente normal. Ándate tranquila, Miriam —le dijo el doctor Bocaz a mi mamá—. Un poco desnutrido, dale palta, queso, plátano al desayuno. Nada grave, no te preocupes. Está en el percentil bajo, pero es reversible. La gente tiene distintos ritmos de desarrollo, lo importante es que las cosas vayan avanzando una después de la otra: primero los huesos que crecen, después la masa muscular que los cubre. Los pelitos debajo de la nariz y en el mentón. Las ganas de dormir en medio del día. La edad del pavo, Miriam, lo que llamábamos en nuestra época la edad del pavo. Los caracteres sexuales secundarios, los pelitos en todo el cuerpo, la manzana de Adán, el cambio de voz, la erección, las poluciones nocturnas. Sueños mojados. Emisiones nocturnas de líquido seminal. Mientras duerme, moja la cama con su propio esperma. Es normal, todos pasan por eso. Es una etapa más del desarrollo. Vístete no más.

Las poluciones nocturnas —se me quedó grabado.

Las poluciones nocturnas.

Como un cartel luminoso rojo de óxido que anuncia a todos los aviones que pasan por el aeropuerto:

Poluciones nocturnas, sueños mojados, huellas digitales encendidas, firmas como rasguños de tigres. Polución, es decir, huella de mercurio,

contaminación atmosférica, lluvia ácida, balizas y nubes tóxicas, tierra arrasada, ciudad-dormitorio como una brasa aplastada por mi bota, una huella de tigre en la cama que puede denunciarme, que puede saber lo que yo no sé, engendrar en el vacío, fecundar la pura noche estéril, por suerte.

Revisaba preocupado a los quince, a los dieciséis, a los diecisiete años las sábanas para que la Juana no tuviera que toparse con la sucia sorpresa. Para que no pudiera denunciarme y decirles a mis hermanas y mi mamá que yo también dejaba manchas en la cama. Temía la horrible vergüenza de los tontos que se hacen pipí en la cama. La cubierta de hule, los llantos cuando los pillaban de niños. La sensación imborrable de que no podían después de eso tomarlos en serio, imposible tras eso hablar de fútbol, mujeres o filosofía. Manchados para siempre por su propia humedad.

El sexo fue siempre eso para mí, Valentina, el enemigo que actúa a traición cuando no puedo vigilarlo despierto, la esposa de Sansón esperando a que el gigante se duerma para cortarle el pelo, donde está toda su fuerza. La matriz de la que nazco todo mojado, gelatinoso, mucoso, imposible de asir, con la noche condensada en lluvia entre mi cintura y mis piernas. Como un accidente, como un enemigo, como una condena entre mi cabeza y mis rodillas busco algo más que mi ropa que me cubra. Como un molusco sin concha me siento en la cama de la Clínica Alemana.

De puras ganas de ofender, soy inofensivo, Valentina. Hambriento de eso, de ofender, ofender para que nadie se atreva conmigo. Doblo las piernas desnudas y veo las pantuflas blancas con el logo de la clínica, mis rodillas, el resto de mis piernas sembradas de pelos, como un camuflaje a medias, la virulencia de la pubertad, demasiado negro sobre mi piel demasiado blanca. Mi sexo como una larva, todo negro, como la risa de un mendigo borracho, todo salvaje como el pelo de un topo sorprendido en una zanja. Una nube que se queda pegada en una montaña o una fruta sin nombre, a la vez demasiado

madura y demasiado verde. La vegetación selvática que invade las rocas de un templo abandonado en Camboya o Tailandia, Valentina.

A los quince años, desnudo en el espejo del baño de mis hermanas, era mi propia selva y mi propio desierto. Yo llevaba en mis piernas todo un ecosistema. Castaño tropical, baya de enredaderas, incalificable colgajo, apenas sobresaliendo de la gran mancha de pelo que había ido contagiando al resto de mis piernas, las caderas, el trasero erguido y redondo, las rodillas, las pantorrillas y los pies, sin subir ni por asomo más arriba de la cintura.

Un pantalón de pelo para mi vergüenza y mi orgullo. Mi cuerpo dividido en dos. Niño del ombligo para arriba, lobo del ombligo para abajo. Era como si pudiera ver a mi padre y a mi madre en el mismo instante de engendrarme. Era ese segundo de espanto en que el pelo se mezcló con la piel, en que el fuego se revolcó en sus cenizas, en que el minotauro se dejó devorar por la virgen lanzada casi sin ropa al laberinto.

3

—Tú me muestras el pico y yo te muestro la zorra —se ríe Sara Said, mi compañera de curso, en los desvanes de una especie de novio pintor drogadicto medio millonario que ella tenía el año después de salir del colegio. ¿Qué gracia tenía ella aparte de esa risa torcida, los rizos de su pelo negro, la nariz ligeramente chueca, el toque tropical que jugaba ella a que era brasileño y era enteramente palestino? Enana sin cuello, cuerpo que no puedo imaginar desnudo. Qué manera de perder el tiempo. De tercero medio hasta segundo de universidad esperando el cumplimiento de su promesa, un beso y más, un buen culeón, «para probar, debes ser rico tú, para ayudarte de puro buena amiga que soy». Promesa hecha a medianoche afuera de un festival de colegio. Promesa

que nunca cumplió Sara Said. ¿Curada? ¿Volada? Sólo distraída, hablando por hablar, como casi siempre hablaba.

—Ya, en serio, tú bájate los pantalones y yo me saco los sostenes.

Y contempla con curiosidad forense el cuerpo que le muestro, buscando el pantalón de pelo, buscando probar la leyenda escolar de que sólo tenía pelo de la cintura para abajo.

—Pero no es tan así, tienes tus pelitos perdidos por el pecho también. Qué divertido, qué divertido —va su mano revisando mi piel como una agente de aduana a un sospechoso colombiano—. No eres tan feo. Tienes buen pote, bien paradito. Eres como un negro, no me habría imaginado eso de ti. De haber sabido te habría hecho el empeño.

—¿Y los sostenes? —le exigía cumplir su parte del trato.

—Estás loco. Ni cagando. ¿Qué te crees, que me voy a empelotar delante tuyo porque sí? Pucha, no sabía que eras tan degenerado. Mira este gallo —me denuncia al pintor y sus amigos, que están probando la nueva cosecha de sus plantas de marihuana—, quiere que me empelote para él. Como se sacó la ropa, quiere que me la saque yo.

En vez de cubrirme con los pantalones, me quedé con ellos a media asta, aumentando todo lo que podía nuestra desigualdad, como si de alguna forma mi humillación pudiera humillarla. Pero se puso a colgar acrobáticamente de la baranda para que su especie de novio que tenía entonces me pillara con los pantalones abajo, sonrojado por los cuatro costados.

—Perdona, perdóname. —Y el pintor estalló en carcajadas mientras Sara, con todo el brillo de su chasquilla, resbalaba como un bombero por la columna hacia el primer piso.

—¿Estás visible? —pregunta al otro lado de la puerta una voz que reconozco pero no recuerdo de quién es. Invisible es lo que soy, ¿cómo le respondo? ¿Cómo le explico?

—Te ves precioso —se ríe Tamara con su bata blanca de internista—, así deberías estar todo el tiempo. ¿Te saco una foto? No la cuelgo, no se la mando a nadie, no seas desconfiado, es para que no se te olvide, para que te acuerdes siempre. Te estoy molestando, ya, qué tanto, no seas tonto grave. No te preocupes, lo tuyo es cualquier cosa menos grave. Esto no es un hospital, esto es un hotel de lujo. Supieras lo que es pasar una noche en el San Borja Arriarán o en el hospital San José. De partida, serían cuarenta en esta pieza. ¿Pensionados? No me hagas reír. Los viejos no duermen de miedo a que les roben las cuatro pilchas que esconden como si fueran tesoros. Trafican con lo que les regalan, mueren de frío por decenas cuando se echa perder la calefacción central. La miseria, tú no sabes, la pobreza infinita de este país.

No me resisto, sé que nada podría quitarle a Tamara el placer supremo de verme humillado en esta pieza de lujo. El placer infinito de mostrar su poder de guardapolvo blanco, pelo recién lavado, el maquillaje ligero que usa para trabajar, el mismo que evita en las fiestas, los centímetros que gana con sus tacos, su delgadez entre los enfermos agachados que esperan de ella una orden, un día, una hora, una esperanza de vida.

—No vas a morir de esto, no te preocupes. No estás enfermo de nada, es como una cirugía plástica, estás en el lugar más seguro del planeta a cargo del doctor más caro de Chile. ¿Cómo logras siempre dar pena? ¿Cómo logras que todas nos terminemos por preocupar de ti? Mírate en esa linda bata tan sentadora, pareces un niño abandonado del Sename. Lo peor es que tienes razón, lo peor es que así hay que ser para sobrevivir a los doctores, que tratamos a los pacientes como los militares tratan a las bajas. Te lo digo yo que se supone soy del gremio. Vamos a estar todos muertos y enterrados y tú vas a seguir vivo, metido en alguna bata tan monona como esta. Te admiro, ¿se

me nota mucho? Me pareces un pelotudo ejemplar, un fresco de raja imparabile, un pobre tipo que hace sufrir a mi pobre amiga por puros problemas que no existen, pero no puedo dejar de admirarte igual.

Para una mujer bonita y joven, ¿qué significa admirar? Tan raro que no haya visto hasta ahora esas dos cosas evidentes, que es bonita y joven. Y también insolente, y menos inteligente de lo que cree, cruel seguro, inocente en el fondo, pero sobre todo esas dos cosas: bonita y joven. Las dos cosas, imperdonablemente.

—Si sigues poniendo esa cara de cordero degollado voy a tener que cuidarte yo también, parece. —Sigue sonriendo con esa mueca de ironía que le quitaría a rasguños para siempre—. Ya que tu polola te abandonó miserablemente por el placer dudoso de subir fotos exóticas a Instagram en el sudeste asiático, voy a tener que hacerme cargo yo. Pobre niño. ¿Cómo vas a sobrevivir a la guerra sin una niña que te abroche los cordones?

—Sé abrocharme los zapatos solo, no te preocupes.

—Ya sé. Te cuidas solo, vives solo, todo solo. Te lo decía para molestarte no más. No te enojas, te va a subir la presión. Tranquilidad, es lo más importante. No tienes la culpa de nada, tienes la conciencia tranquila, ¿para qué te enojas inútilmente?

No me enojo, iba a decir, indignado. Tocan a la puerta tres veces.

—Pase —dice Tamara.

—Permiso —entra agachada una enfermera que carga una palangana de agua tibia.

—Aseo genital —me avisa, sin levantar ni por un segundo la cabeza. No me mira. Se arrodilla entre mis piernas.

—Me voy. —Perfecciona la mueca de gentil desprecio Tamara—. Tengo que ir a ver a mis baleados. Te dejo en buenas manos. Pásalo bien.

—Permiso —vuelve a decir la enfermera mientras separa el glande de su cáscara para empezar a mojarlo con esa esponja de agua tibia que me calma en vez de espantarme. No lo suelta a pesar de mi visible cara de escalofrío. No mira mi pene, no lo mima, lo jala, lo acomoda, lo envuelve y lo desenreda, hasta dejarlo salpicado de burbujas, listo para una lustrada final.

No tengo que calentarme, sería lo peor que podría hacer en este momento. Sería una falta total de profesionalismo de mi parte que empiece a excitarme en plena limpieza genital. Ella sabe lo que hace. Sabe más que todas las mujeres que me han tocado, sabe cómo tratarme y no lo puedo echar a perder por un capricho o un impulso. Sigue sin mirarme pero tampoco se avergüenza, como si eso que tiene entre sus manos sólo fuese piel, nervios, una nutria lustrosa calmada en su jaula, la hoja de un gomero encerrada en la suave membrana que la cubre antes de estallar. No lo quiere, no lo odia, no espera de él reacción alguna, mi sexo tratado por primera vez en su mérito, no como un dios o un pobre diablo, no como un lagarto ni como un bastón de profeta, no como el futuro de la especie o el rabo de un dinosaurio extraviado, sino como eso que es, un órgano al que se pegotea el mundo entero, célula, piel y nervios que tienen derecho a ser perdonados, aseados al menos por esa mujer de la que no sé el nombre y no recordaré la cara. El silencio alrededor, el tiempo suspendido, la sensación rara de que nadie podrá molestar antes de que mis pies toquen el suelo frío del baño.

¿Dónde aprendió? ¿Quién se lo enseñó? ¿Una escuela de auxiliares limpiando coordinadas un pene de goma especialmente acomodado para el entrenamiento? Las veo a todas en clase, cada una con un pene de goma en su pupitre y una palangana, ensayando y el profesor vigilando el aprendizaje. ¿Hay consoladores con prepucio o son todos circuncidados? ¿Mandarán a hacer en alguna fábrica especial penes con prepucio de tamaño normal para

entrenar enfermeras? ¿Hay una legión de ancianos de hospedería con quienes probar el oficio? ¿Cuántas más hay como ella? ¿Cuántas veces hace lo mismo en el día? ¿Cómo será cuando llega a su casa? ¿No verá en la micro o caminando por la calle otros penes que limpiar? ¿Y cuando su marido y sus hijos se sacan la ropa, en Salomón Sack, al final de Recoleta? ¿Y el amarillo de la ampolleta, el de los muros, el perro pelechando, las copas regaladas para el matrimonio en el viejo mueble oscuro con recovecos de madera, los verá como penes que limpiar?

No juzgo, no espero nada, dejo caer mi cabeza, cierro los ojos preso de esa calma total, de esa neutralidad completa que me salva de todo y todos. Por un segundo fuera de todo, por un segundo.

6

Mui Ne, playa de Vietnam

Graham Colchy entró equivocado a la cabaña, todo desnudo. Estaba borracho, también drogado, seguramente. Entró donde primero quiso. Se disculpó avergonzado cuando se dio cuenta. Es viejo, pero el buceo lo mantiene musculoso y flaco. Muchas canas en el pecho, un poco pelado en la cabeza. Cuando lo pillamos, se asustó más que nosotras. Fue raro verlo cubrirse la pirula, pedir perdón en inglés, bajar los hombros, todo mojado. «Sorry, sorry», todo torcido y jorobado, todo débil cuando un segundo antes era una máquina de guerra. Una sombra que antes era invencible, con sus músculos, con su arma colgando, con sus brazos cortos pero fuertes.

La Lourdes lo odió el resto de la noche porque dice que lo hizo adrede, que es mentira que no sabía dónde estaba su cabaña, que en el fondo quería saber si pasaba, si se podía acostar con las tres chilenas al mismo tiempo. Yo lo defendí porque me da lo mismo que lo haya hecho adrede o no. Si quería violarnos, le salió el tiro por la culata. Pobre viejo, debe ser terrible ver tanta niña joven con esos trajes de látex buceando bajo sus órdenes, y envejecer y quedarse ahí cuando ellas se van. Me dio risa verlo vestido al otro día, todo sonrojado aún, irreconocible, porque un

hombre desnudo no se parece nada a un hombre vestido. Seguro que las mujeres tampoco, con todas esas bolsas colgando y esas champas tan poco elegantes.

7

Un pantalón de pelo, perfectamente dibujado por el sastre horrible de Dios, las hormonas. Se iban a reír a mares, me reiría yo también si fuera ellos al ver toda la soberbia blancura de mi pecho comparada con mis piernas de mono. Un secreto que me obligaba a sacarme la ropa detrás del escenario del teatro escolar, donde nadie me podía ver.

Sacarme la ropa sería mucho decir, porque llevaba debajo de mi uniforme escolar el buzo de gimnasio para no correr el riesgo siquiera de toparme con la vergüenza de mis piernas. Y no sudar y no mirarle el culo a nadie. Odiaba con pena, pienso ahora, la raya de los traseros de mis compañeros de curso, los hombros blancos, sus pelos mojados salpicándome la cara cuando los agitaban como jabalíes en el río. «Mira este huevón, mira las piernas, un pantalón de pelo...» Les tenía terror, un terror que me llevó incluso a saltar hacia lo inadmisibile, lo inaccesible, lo impensable.

No quería eso ni en broma ni en serio, Valentina. Fue un segundo libertador, profético y traidor, ese en que caminé hacia las mujeres ante la mirada fusilera de todos los hombres del curso. No fue ni cobarde ni valiente, pienso, la vez que a los catorce años decidí tomar danza aeróbica en vez de vóleibol como el resto de los hombres del curso.

—¿Te importa lo que piensen esos gallos? No te preocupes, al primero que se ría le pongo un uno —me dijo Nadine Saavedra, la reemplazante del chico Rioja en la clase de gimnasia. Eso es ser hombre, pensé, eso justamente: elegir danza aeróbica en vez de vóleibol. Ir como los cowboys al otro lado del pueblo. Quería que me aplaudieran, Valentina, que me miraran no más. Eso soy

yo: con tal de que me aplaudan, soy capaz de quemarme vivo en la plaza pública. Puedo ser cualquier cosa menos el soldado desconocido. No iba a ser uno más en el vóleibol. No iba a esperar la pelota como un idiota debajo de la malla.

«Una, compadre, lánzame una.» Y el remache, y el salto, y luego los gritos de animal enjaulado cuando la pelota pica en el suelo, cuando castiga a los adversarios, cuando logra un punto para tu equipo de hermanos en la miseria, voladores, ganadores, triunfadores que desde atrás ganan su servicio y ven circular la pelota en el aire hasta el próximo remache.

Ningún otro hombre tuvo mi audacia, menos José Carlos, el dominicano del curso que soñaba con convertirse en bailarín de *break dance*. La niñas mismas no podían, no querían creerlo. Derecho, desenvuelto, avergonzado y orgulloso de su lado de línea amarilla. Este huevón, mira este huevón con las minas, el huevón con las minas, ¿está hueveando este huevón? El peso de sus miradas que me guían como una barra de metal sobre la que camino más seguro hacia el otro lado del mundo, como el funámbulo sigue el cable entre los edificios de Chicago a pesar de las nubes y las palomas.

Pálido, convencido, solo. No hubo risas de mis compañeros, no hubo más que esparcidas burlas, medio anónimas para que no los castigara la profesora. De poder reírse no se habrían reído tampoco, sé ahora. Lo que hacía yo no era una broma sino un insulto. Más que avergonzarlos, los había traicionado. Con ese extraño olfato de los niños, mis compañeros sintieron que mi desviación era más profunda, más compleja, no tan identificable como la simple homosexualidad. Mi descarado podía ser homosexual (no pensábamos ni sabíamos nada de la homosexualidad), pero estaba claro que no era una mariconada lo que yo hacía. Podía hacer todo lo que el maricón del curso no se atrevía a hacer, porque sólo estaba seguro de dos cosas: que adoraba a las mujeres y detestaba a los hombres.

Fui entonces naturalmente hacia ellas. Me acerqué a sus buzos, al color de

sus ropas, a su descuido, sus patas de colores pasteles. Relajadas ellas en esa ropa que apretaba sus senos aunque jugaran a que no se notaba. Una sobre la otra, una en la otra esperando las órdenes de la profesora que nos convertía en un solo cuerpo de baile. Al medio yo, a mi derecha toda la belleza del mundo, a mi izquierda igual.

La batería, el sintetizador, la guitarra.

Uno, dos, tres...

8

Banteay Srei

El templo de Shiva, diosa torcida que baila todo el tiempo entre caras enojadas, llamas y cuerpos de piedra, una orgía que se quedó estancada. Lo construyeron puras mujeres en el siglo X y por eso resiste, por eso tiene otro color y otra forma que los demás templos. Así lo explica el minúsculo guía local que quiere que lo llamemos Tong para no marearnos con todos los nombres que tiene y que, como occidentales que somos, no podemos pronunciar bien.

Paradas en la explanada, y sin ponernos de acuerdo, con las chiquillas pensamos que era un buen lugar para meditar. Nos quedamos calladas las tres, con los ojos cerrados, respirando profundo para que la sonrisa de los monjes de naranjo nos hiciera efecto. Silencio, silencio total, silencio perfecto. Pero era imposible por los pájaros y los monos, por el ruido del viento entre las hojas y las ramas que se caen, los buses de turistas y los pasos de las zapatillas, y una motoneta tras otra, todo sin parar, un abismo de ruido. Había que ser fuerte para resistir.

No existe el silencio, Antonio, de eso me di cuenta ahora. Por lo menos en la selva asiática no existe. O quizás el silencio es eso. «El silencio tiene acción», dice una canción argentina. Una cantidad infinita de ruidos aprovechando que te callas, ruidos que te absorben la piel, como esa hiedra venenosa que no deja respirar. Y la tierra que gira y la lluvia que te obliga a preguntar qué cresta haces ahí. El silencio nos puede volver sordos, porque nos puede tragar como la selva se traga a las

estatuas. *Qué atroz. Yo no quiero eso, Antonio. No quiero silencio, no quiero a Shiva ni a Krishna ni a Buda. Pero el vacío me gana, eso que gira sobre nuestras cabezas, todas las plumas de los pájaros, toda la lluvia de mierda que va a caer en cualquier momento. Queríamos tratar de ser sabias, tratar de aguantar el silencio sin morirnos. Qué patética la idea de que podemos ser espirituales, de que podemos entender esas estatuas terribles mientras la Lourdes se esconde para rascarse como una condenada.*

—¿Qué te pasa, Lourdes?

—Me pica —nos confiesa—. Hace días. Me pegué algo, parece. Me siento mal.

¿Cómo? ¿Quién? Y se enoja con la pregunta y dice que es su vida, pero entre todas vamos a tener que buscar un ginecólogo en Camboya. Y esas palabras en el eco del templo vacío, en la selva que no sabe castellano, suenan solemnes y divertidas a la vez, como si el fantasma de las mujeres que lo construyeron hablara por nosotras, como si fuéramos las sacerdotisas de todas esas diosas promiscuas de hace mil siglos que bailan en los bajorrelieves del templo.

9

Los parlantes marchando, el sonido grave y sin salida de *Sweet Dreams (Are Made of This)*. Una mujer perfectamente rapada en el video. Masculina y terrible golpeando con el puño la mesa de un directorio.

Sweet dreams on wahiiii yúúú... Melancolía de látex, batería inevitable, suspiro de computador, orquesta reducida a dos o tres pistas en un teclado que toca el gordo de barba, el gordo que ahora juega a ser ciego. Más allá de cualquier suspiro o gemido humano, inviolable mi cuerpo bajo el haz de la música, indestructible. Hasta que, de pronto, la risa de las niñas me hacía abrir los ojos.

«Concentración, Antonio, más concentración, por favor...», me retaba Nadine, cuando tuve que hacer mi segundo acto de audacia. «La derecha, la

derecha... ¿No sabes cuál es tu derecha y cuál es tu izquierda?», me retaba mientras yo discretamente hacía la mímica de escribir en el aire para asegurarme de cuál era la izquierda. Ya era demasiado tarde, el resto del grupo levantaba el otro brazo, la pierna, un paso atrás, otro adelante, un giro que yo siempre daba del lado equivocado.

«Arriba, arriba, todos al mismo tiempo, ahora, arriba, todas juntas. Tú también, Antonio, ahora, arriba, arriba, abajo» —sonreía como podía, me disculpaba como no podía, me alejaba de la primera fila, me distanciaba de mis compañeras y su sudor perfecto al borde de sus cabelleras.

«¿Cómo son las minas?», se desesperaban mis compañeros de curso. «Habla con la Sonia, con la Paula, con la Milena, háblale de mí, tú que eres su amigo». Gordo pero digno en mi sobrepeso sedentario. Pálido, complicado, lleno de curvas femeninas, de músculos redundantes, de doble papadas y ojeras, yo. Sus cuerpos de dieciséis años envueltos en inconfesables mallas violetas, senos encerrados en lycra fosforescente, la entrepierna perfectamente lisa, el sexo sin fallas ni manchas ni agujeros, perfectamente regularizado bajo esa segunda piel sin piel que las volvía impenetrables. Tan impunes como las estatuas, desnudas y vestidas al mismo tiempo, tomando agua y jugos de fruta al borde del gimnasio, antes de volver saltando de entusiasmo y temblor a la coreografía que parecía flotar de sus propios huesos, levantando simultáneamente un brazo como para romper un vidrio invisible, torciendo una pierna todas juntas, siempre la izquierda cuando había que ir a la izquierda, girando todas juntas con los ojos cerrados al mismo tiempo.

No era una de ellas y nunca lo sería. Cerraba los ojos para someterme a la música, me dejaba levantar y aplastar, encontraba por fin la seriedad de no verme, de no sentirme. «¿Cómo hiciste eso? Qué raro el paso que inventaste. Qué chistoso eres, qué divertido eres, Anthony, qué gracioso...» «Lindo, raro, tonto, divertido, pobrecito, no sabe cuál es la derecha y la izquierda. Tiene estilo, igual. Tiene lindos ojos, mira, con el pelo así», me abrazaba Luciana, la

mulata perfecta que, después de estudiar un año de teatro, se hizo monja de clausura, para el espanto de todos. Y Erika y Julieta y María Verónica imitándome y Sonia que no se acercaba porque me odiaba casi tanto como me quería.

Fue el paraíso y la guerra, porque casi todos los paraísos son una guerra, caminar con una y otra de las niñas hacia mi casa, que quedaba siempre camino a la suya, aunque a veces quedaba exactamente en la otra dirección, sus colas de caballo, sus colet, sus zapatillas rosadas, sus novios en Reñaca, sus traumas con los perros muertos, sus hermanos favoritos, sus cuadernos perfectos con toda la materia subrayada en distintos colores.

¿Era cobarde eso, Valentina? Era valiente. Era yo, tienes razón, ese sonrojo, el buey feliz al que llenan de guirnaldas las ninfas o las pastoras o las señoritas de compañía de la duquesa de Padua en las obras de Shakespeare que aún no leía. Avergonzado pero feliz, feliz por mi vergüenza.

«No te preocupes, Anthony, eres perfecto como eres. Las mujeres somos tontas, nos enamoramos de los brutos más brutos. Nos gusta salvar gente. Tenemos alma de misioneras. ¿Tú cachai? Pero ya vamos a madurar, no te preocupes. A los cuarenta años todas se van a volver locas por ti.» Yo me dejaba hacer, yo no me rebelaba, viendo en el intersticio de una blusa esa blancura que abisma, ese rosa, ese perfume, esa tibieza que inmoviliza mejor que una anestesia. Salía del gimnasio entre ellas, sus pelos mojados, el maquillaje clandestino que estaba prohibido en el colegio.

10

—Estamos listos, señor. —La enfermera deja caer la esponja en la palangana de agua tibia.

Restos jabonosos de mi sexo en el balde lleno de espuma, goterones de mi prepucio bebiendo por última vez el agua del purgatorio. Su despedida de este mundo, lo que queda de él, pienso con asco, mientras la enfermera se seca las manos sin inmutarse y anota que terminó con la habitación 327.

—Viene luego el doctor. —Y se retira con una sola reverencia, dejándome de nuevo sentado en la cama, esperando que alguien me avise lo que sigue. Solo, con la espalda desnuda. Valentina, mírame, adivíname, mis piernas, mi pubis lustroso, mi sexo recién limpiado, la huella de mis calcetines en el vello de mis piernas que logró apenas subir hacia mi pecho, mi ombligo, mis hombros incluso para fingir algo parecido a la normalidad.

Vestido de mi grasa, investido de mi exceso, mi cuerpo ahora es mío, mío de una manera que nadie me puede quitar. Me hice a mí mismo en estos años de descuido, o me deshice. Me moldeé, me terminé solo. Eso que le hice a mi cuerpo es lo único que reconozco de él, la forma que tomó cuando nadie lo veía, cuando yo mismo tuve que olvidarme de su existencia para ganarme la vida.

—¿Por qué pides perdón si se me cayó a mí? —preguntabas cuando un plato se te escapaba y se quebraba en mil pedazos.

—No sé, por si acaso.

—Es absurdo, Antonio, si estabas en la pieza, el plato se me cayó en la cocina, no tienes nada que ver tú. Me ofende, claro que me ofende. Importa, claro que importa. ¿Te das cuenta de lo que haces? Me haces ver como una bruja horrible, me haces sentir como un ser terrible mientras tú quedas para la eternidad como un santo. Pareces bueno pero en el fondo eres perverso.

—El parche antes de la herida —repito, no sé por qué.

El parche antes de la herida...

El parche antes de la herida...

—Ya viene el doctor —avisa una enfermera.

—Ya viene —dice otra unos segundos después.

—Ahora —declara la enésima enfermera, que finalmente le abre la puerta al victorioso doctor Wagner.

11

—Vi los exámenes, compadre, están impecables. ¡Belinda! ¡Belinda, palpaciones! —Y Belinda levanta mi bata de enfermo, «permiso, joven», para que el doctor encuentre mi pene y lo empiece a amasar como el viejo maestro de una *trattoria* italiana amasa sus raviolis favoritos.

—Ya. Ya. Por ahí. ¿Duele mucho? Siente, claro, siente. Tú eres bueno para sentir, parece. No es un defecto, hay gente que siente más que otra. Vas a quedar como nuevo, compadre, ya vas a ver —dice el doctor Wagner mientras revisa los flancos de mi pene convertido en la miniatura de un extenuado animal marino que él tiene que dejar anotado para alguna decadente sociedad oceanográfica de Luxemburgo.

—¿Está seguro de que tenemos que hacer esto, doctor? ¿Está seguro de que es absolutamente necesario? Estuve leyendo unas páginas de internet sobre el tema. Hay muchas. Hay mucho debate en Estados Unidos. Se pierde sensibilidad, dicen todos. El prepucio tiene que tener algún sentido. De algo tiene que servir. Es raro que Dios o la naturaleza haga algo tan totalmente inútil. Usted sabe más de biología que yo, pero generalmente todo está perfectamente diseñado en el cuerpo humano. Ya sé, el apéndice de la apendicitis, las amígdalas de la amigdalitis, pero no es lo mismo. Son partes del cuerpo que nadie ve. El prepucio es algo tan sensible, que tiene que ver con tantos nervios y está en el centro de la cultura misma, como el peñón de Gibraltar. Los otros órganos inútiles están hundidos, pero este está afuera, en las relaciones públicas del cuerpo. No puede dar lo mismo. Leí una novela

entera de un judío de Nueva York que echaba de menos fatalmente su prepucio. No me acuerdo del título ahora. Son de esos libros de moda de los que todos hablan quince minutos y todos olvidan por toda la eternidad. No era buena la novela, pero tampoco mala. Se supone que era divertida, aunque en el fondo me pareció trágica y eso que no sabía que iba a terminar hablando de eso con usted en la Clínica Alemana un día. Qué raro que me haga esto en la Clínica Alemana. Es como la venganza del tiempo. No tengo nada contra los alemanes. No tengo nada contra los judíos tampoco, pero no siento que tenga que hacer este acto de fidelidad al pueblo elegido. No tengo problema en hacerlo por alguna causa mayor pero así, gratuitamente, no. El dios de los judíos era previsor y lo hizo todo como lo del cerdo y los mariscos, para evitarle a su pueblo enfermedades. Igual era un problema hace tres mil años, doctor. Lo hacían los egipcios, antes de los judíos, parece. En las pirámides hay imágenes de unos faraones con trapos blancos amarrados a su cosa. Debió ser por la arena del desierto. Eso debió multiplicar las enfermedades. Se pega a todo la arena del desierto. Cuando hay tan poca agua hay que facilitar el trabajo de limpieza, supongo. Es la gran pelea de esa época, la cultura del desierto contra la del bosque. Creo que Nietzsche habla de eso. Y no lo he leído. Lo empiezo, pero lo dejo luego porque me agota. Me gusta tanto que no puedo leerlo. ¿Le pasa eso con algunos autores? Uno se cansa de encontrarles tanto la razón. La circuncisión impide los cultivos, seca la humedad. ¿Se ve más chico? ¿Más flaco? El dios de los judíos pasaba golpeándoles la autoestima a los judíos. A los griegos les parecía sagrado todo eso, hacían estatuas y vasijas, tipos con un sexo enorme, y le rezaban a un pene gigante. Para ellos recortar el sexo era recortar a Dios. No se podían permitir eso, ni por nada en el mundo. ¿Usted se lo hizo?

—¿Qué? ¿Circuncidarme? ¿Por qué me lo voy a hacer? En mi familia no hay tradición de eso. Somos del sur, alemanes de apellido pero más chilenos que los porotos. No me tocaron cuando niño, aunque se lo habría agradecido a mis

padres. Mejor prevenir que lamentar. Ahora es demasiado tarde. En todo caso, yo no soy el problema aquí, no estamos hablando de mí, estamos hablando de usted, compadre. Esto se lo estoy haciendo a usted y no a la historia de la humanidad, no es a su amigo el judío arrepentido, no es al faraón ni a Moisés, lo suyo es un puro acto de higiene, estamos aislando los factores de riesgo y punto, nos estamos cubriendo las espaldas, sacándonos un peso de encima, antes de empezar el tratamiento en serio.

—Pero ¿entonces no es absolutamente urgente? —Un peso, pienso, todo se resume, todo se convierte en eso, un peso que cargo y me carga también. El peso moral, el envoltorio que protege mi sexo de su delgadez, para convertirlo en algo parecido a una arquitectura.

—Mire, amigo, yo no puedo obligarlo a operarse si no quiere. Su problema no es de vida o muerte. Con cremas yo puedo arreglar algo, esto lo hago para que no tenga que darse la lata siempre, pero usted decide. Si es que quiere, quiere. Es cosa suya. Paga el instrumental y el anestesista, lo habla con su Isapre y quedamos arreglados. Yo hago lo que usted diga. No voy a coserle el prepucio después de quitárselo, es lo único que le puedo decir. Si encuentra alguien que se lo haga, no hay problema, pero yo solamente corto.

—Estamos aquí, tenemos que hacerlo. Hay gente trabajando, está todo preparado. No se preocupe por mí. Hay que hacer lo que hay que hacer.

—No se va a arrepentir, ya va a ver. —Pero sé que sí me voy a arrepentir, y que la única razón por la que hago esto es para arrepentirme mejor—. Belinda, ¿está listo el pabellón? ¿Hiciste fimosis antes, Belinda? Pucha. Una experiencia religiosa. Es puro placer, vas a ver, puro coser y cantar. Ya, vamos, no tenemos todo el día —me dice, mientras los paramédicos arrancan la puerta de sus goznes y dejan desnudo el umbral hacia el que navego, o floto, completamente libre sobre las ruedas de mi camilla.

Por *walkie-talkie* los paramédicos avisan de mi llegada, para que no choque con otro enfermo. Ese miedo de colegio, la sensación de que todos en el curso te miran y que a la vez nadie te está viendo esconderte detrás de las escenografías podridas para quitarte el pantalón y quedar a solas con la adrenalina. Sus risas, su eco, sus ojos fugitivos. Ahí escondidas detrás de la primera curva, mi mamá y Constanza esperan mi camilla para abalanzarse sobre mí.

—Te queremos tanto —dice Constanza a nombre de mi mamá, que se queda sin palabras, completamente pálida, detrás del hombro de su hija mayor. ¿Cómo supieron? ¿Quién les dijo que era hoy? La única que sabe es Tamara. El secreto profesional, puta culeada, pensé, aunque no conoce a mi mamá. Pero las preguntas son inútiles, sabía que llegarían.

—Eres tan valiente, mi amor. —Toma el relevo mi mamá, vestida como la viuda de un arponero de Nantucket—. Eres un hombre de verdad. Las cosas que haces por ella. Te tiene que adorar esta niña. Te tiene que querer tanto como te queremos nosotras. Precioso, te ves tan niño con esa bata. Como recién nacido. Como si fuera ayer, me acuerdo cuando naciste. Lindo precioso, mi tesoro. Tres kilos setecientos. Diez meses, te juro, no querías nacer nunca. Un verano terrible, reventaban las cañerías de calor. Tú no sabes lo que duele, no sabes lo maravilloso que es hacer nacer. Tú fuiste una fiesta, casi me rajan entera para que saliera tu cara preciosa. Pero valió la pena. Tan perfecto, tan sabio, no querías llorar. Habrías hecho cualquier cosa con tal de no molestar. Tan precioso mi amor, tan buen alumno siempre, fuiste todo lo que yo quería, más de lo que podía querer. Es un milagro tan grande, no sé con qué palabras puedo describir eso, la gente que no ha tenido hijos no puede entender lo que significa. No puedo yo hablar con gente que no sabe qué es eso. Es matarse en vida, es lanzarse al vacío y luego resucitar en pleno vuelo, pero siempre vale

la pena. Siempre vale la pena la vida. Ser mamá es la cosa más linda que puede haber y la más terrible también. Dar la vida es quitársela también de adentro. Es salvarse y hundirse para siempre. Mi lindo, no tengas vergüenza de nada. Eres perfecto como eres, no cambies por nada ni por nadie.

—No voy a morirme, mamá. —Ato mi mano a las tuyas tan frías, para luego desatarlas de a poco, muy despacio—. Es una operación de rutina, ¿no es cierto, doctor? Llevan tres mil años haciéndolo. San Pablo se lo hizo a Timoteo sin anestesia ni nada. Los griegos que se convertían se pasaban el tiempo haciéndolo, a la edad que fuera. Los musulmanes se lo hacen a los adolescentes. Era obligatorio hacerlo hasta que llegó san Pablo a disturbar todo. A san Pablo le gustaba molestar a la gente. A los griegos los obligaba a ser más judíos y a los judíos, más griegos. A los romanos los obligaba a cumplir su ley y le dio con que la gente dejara de casarse y acostarse entre ellos para ser eunucos espirituales. Estamos poniendo las cosas en orden, mamá. Estamos volviendo al origen solamente. Un rito de paso, la llegada a la edad adulta. Tienes razón, mamá, uno no para de nacer nunca. Todo lo que no es muerte es parto, respirar incluso, dormir incluso, todo es romper placentas y úteros. Yo también me someto a la prueba, me entrego al cuchillo que me separa de mi propia carne, que me devuelve solo, mamá, tan solo como quise estar. Sé que te duele, sé que no entiendes, sé que entiendes perfectamente, pero quiero ser como el cristal de una joyería cortado por un diamante. Vamos, doctor, terminemos esto luego. Vamos, enfermeros, paramédicos, linda Belinda, mal juego de palabras, perdone. Adiós, mamá, adiós, hermana, les dejo todo, les regalo lo que no tengo, adiós a todo. Me voy, me voy, es lo que sé, es lo que busco, irme yo también, Valentina, viajar como tú viajas al fin del mundo, al corazón de la selva, en donde nadie más que la muerte nos espera. Brindo sin copa, canto a la gloria eterna de la medicina moderna. Me corto las venas sin cortarme ninguna, me doy en el altar de nuestro amor que nadie más conoce. Adiós, amor mío, adiós. Me llevan, me empujan como cuando era

niño, puerta tras puerta hasta el quirófano. Puedo sentir odio por ti, mi amor, pero no pena. Mírate al espejo, Valentina. Eres una niña linda, una niña limpia que viaja con sus amigas del colegio al fin del mundo, porque todas saben que de vuelta tendrán trabajo, papás, amigos, pololos esperando. Porque, pase lo que pase, no se van a arruinar.

Pero ¿qué hago yo ahora con la razón de mi lado? ¿De qué me sirve saber lo que siempre supe? En eso perdí los mejores años de nuestro amor, en probarte que sabía más que tú: sabía de qué sufrías, sabía cómo eras cuando ya no tratabas de ser tú, dormida, escondida, antes de nacer, después de dormir. En eso consistió todo mi esfuerzo, a través de ti vengarme de las niñas que dejaron su silueta marcada en la vida de todos los solterones, de todos los solitarios, de todos los viejos de mierda que te amaron y te amarán como yo, sólo para darte una estúpida lección.

13

Los enfermeros me acuestan en la cama del pabellón. Los doctores se acercan con mascarillas a eso que podría ser mi cadáver y que sin embargo es mi cuerpo vivo, un cuerpo que sabe que no puede levantarse y arrancar, que tiene que quedarse nervioso como un actor delante de la cámara esperando a que le enchufen los controles. Belinda busca la vena en mi brazo para hundir en ella el catéter o la vía, como la llama ella. «¿Duele?» No. Sí. No tanto... Te estrangularía si existieras, Valentina, te estrangularía si vivieras. No vives, no mueres, Valentina, como esas películas de media tarde cuando el sol le da de lleno al televisor y no ves del todo la pantalla y aun así sigues adivinando las imágenes borrosas, rosadas y lilas del video proyectado sobre el telón del cine porno de Valparaíso, justo a los pies del hotel Prat, al que fuimos sólo

porque mis abuelos pasaron allí su noche de boda. Lo de ellos fue en otro siglo, nos dimos cuenta al ver la pieza sin ventana, el velador que se destrozaba con sólo tocarlo. ¿Si después de todo sólo fuéramos eso, Valentina, las sombras de una película que nuestros abuelos ven en el cine Prat? ¿Si fuera eso lo que nos mantiene atados, la idea de ser un poco de ellos? ¿No es esa nuestra cruz? Éramos, antes de ser nada, los viejos que alguna vez vamos a ser. Eso es lo que nos hacía estar tranquilos, vernos en cincuenta años más tomando un aperitivo en la puerta de la casa.

Dos enfermeras me tapan con una sábana verde agujereada en el medio para que mi pene quede agachado y visible. Pobre sexo mío, trompa sin paquidermo, verruga sola, cocodrilo ciego, dragón. Por eso les obsesionan tanto los dragones a los chinos, por eso los retuercen por todas partes, pero estoy un poco viejo para descubrir que los dragones son símbolos fálicos. Dragones torcidos y retorcidos, cadenas de dragones por todo el techo del restorán. Se supone que esa es su gracia, no ser fálicos, pero lo son, más que todo Occidente y sus menhires, sus columnas y sus rascacielos. Ellos saben que el sexo es un lagarto que escupe fuego. Inventan todo antes los chinos, siempre, por eso los odio tanto. Por eso es tan peligrosa la promesa eterna de que terminen por dominar el mundo. Son muchos. Pase lo que pase, siempre van a ser más.

El anestesista de barba-candado sonrío y acerca a mi boca una mascarilla. El resto del equipo médico acerca sus caras a contraluz para verme vencido.

—Cuenta hasta diez. Respira normalmente, no hagas nada, va a hacer efecto solo —me ordenan. Pensé que iba a haber una inyección. Algo más sofisticado, algo menos evidente que respirar el gas de un balón.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

No voy a dormir, no puedo dormir, mis párpados, las muecas, mis manos, mi brazo conectado a bolsas transparentes. Me deshago, subo y subo una

escalera que pulveriza uno a uno sus escalones, tan dulce, la nada total, la nada completa y sin salida en que me hundo feliz.

14

El aire suspendido en los bastidores del teatro, la vigilancia de los cazadores, la risa ahogada de los compañeros de curso, el grito unánime en cuanto todo está listo:

—¡Cagaste! —exclamaron al atraparme.

—¡Empelota! ¡Empelota! —se dieron ánimo, mientras yo chillaba como becerro a punto de ser sacrificado. Indignados pero felices, me agarraron entre dos, mientras otros dos al mismo tiempo me sacaban el pantalón del buzo para ver si era verdad lo de los pelos en las piernas que habían dicho las minas del curso. No puede ser, huevón. ¿Cómo va a tener un pantalón de pelo? No lo creo. Verdad, huevón, te juro.

Hasta que me sacaron el pantalón y pudieron saciar su curiosidad.

—¡Es verdad! ¡Es verdad, maricón culeado, maricón! —Y patadas y mordiscos, y mis brazos buscando equilibrio mientras me levantaban como un trofeo, lo más alto que podían, a la vista de todo el curso y de los otros cursos, arañando el aire.

—¡¡Pantalón de pelo!! ¡¡Pantalón de pelo!!

—¡Bájenme, bájenme ahora mismo! ¡Hijos de puta, hijos de la gran puta! — Y todas las caras del colegio, todas las risas, todos los llamados, toda la sorpresa. Pobre gallo, pobrecito. ¿Cómo le hacen eso a este gallo? Bájenlo, que alguien lo baje luego. Pero nadie se atrevía a tocar siquiera a los cazadores mostrando su presa.

—¡Las minas! ¡Las minas! —gritaron, dichosos de encontrar una dirección,

unidos en un solo grupo, intocables entre la multitud que los admira y los reprueba. Quedaba la última frontera, el camarín de las niñas, al que jamás se les ocurriría entrar si no vinieran coronados por mi cuerpo, que gimotea:

—¡Nooooo, eso nooo! ¡Malos! ¡Tontos! ¡Feos! ¡Apestosos! ¡Brutos! ¡Asquerosos! —Y el vapor y los chillidos de pájaros y las toallas que nos lanzan y que misteriosamente calman a la manada.

—¡Gómez, Salas, Lorca, a inspección! Ya pues, ya pues, altiro. ¡Quezada, Cabezas, anotación negativa! —Todo mientras las niñas me cubren con las toallas que les quedan, todo mientras me llevan como pueden hacia la humedad del fondo del camarín para que nadie más me toque ni me moleste. Sus pelos mojados goteando sobre mi cuerpo, sus hombros, sus cuellos, sus tetas en flor, y los inspectores que buscan a machetazos un camino, las caras de los agresores, los nervios de las agredidas.

—Nada —miento—. No importa, da lo mismo —miento más todavía, tuerzo mis hombros y mis brazos, escondo la vergüenza que en el fondo no siento, disimulo el orgullo que no puedo ni debo sentir. Me peinan, me limpian la cara, me sientan sobre las tablas de madera, culpable de mi inocencia.

Feliz, ¿es necesario subrayarlo una vez más?

Feliz, vergonzosa, completa y terriblemente feliz, eso, terriblemente feliz, recién nacido, resucitado en cuerpo y alma, cuerpo y alma unidos en el mismo balbuceo perfecto, en medio del vapor y esos brazos que me felicitan por sobrevivir a los energúmenos despreciables.

—¿Es verdad que tienes eso? El pantalón de pelo. ¿Es así? —pregunta Samantha.

—Ya pues, no sean pesadas, no le pregunten eso. —Cuando estoy a punto de correr la toalla para probárselo, me defiende por fin Sara Said, la ironía de su sonrisa, el poder infinito de su desprecio rizado, su cuerpo flexible hasta la inexistencia, puro cuello largo, el dibujo de unos senos que no crecieron, la soberbia de un culo que sabe demasiado. Y veo en sus ojos de águila una

salvación y una condena, la idea de que hay algo que se llama pudor que no tengo. El pudor, esa coquetería, ese sexto sentido o un quinto, o un sentido anterior a los otros que mi propia teoría de la evolución se saltó para quedarse con la vergüenza y la provocación. Algo que estoy dispuesto a inventar para Sara Said los próximos seis años de mi vida de prisionero, para que sea ella la dueña.

TRES

Desperté. Pedí agua. Una enfermera me la dio en la boca.

—¿Está bien, se siente bien, señor? —me pregunta con la dulzura que se les regala sólo a los moribundos.

—¿Cómo te sientes, Toño? ¿Cómo estás, lindo?

—Bien —digo, con la voz que me queda.

—No hables mucho, mi lindo —toma la delantera mi madre—, te estás recuperando recién de la anestesia. Tienes que ir de a poco, muy de a poco. Te dejaron precioso. Estás más flaco, lindo, Antonio.

—¿Qué hora es? ¿Fue muy largo?

—Corto. Te sacaron a las tres de ahí adentro. Son las cuatro y cuarto, mi amor lindo. Llevas como una hora hablando solo en esta pieza. Le repartiste todo a todo el mundo. Dejaste tus libros a la Universidad de Chile, tu computador a la Chabela. A nosotros nos dejaste a la Vale. Mira qué tierno. Nos mandaste a cuidarla hasta que se muera. Cómo la quieres a esa niña, increíble cuánto la quieres. ¿No te acuerdas de nada?

—Le dijo todo —salta la Constanza sobre el silencio incómodo de mi madre—. No pudo aguantarse. La llamó por teléfono a Vietnam o donde sea que esté y le contó que te estabas operando. —Lo que queda de anestesia en mi sangre no me permite alarmarme—. Te dije, eres una bocona, mamá. Tan metete que eres. Tenías que hablar de más. Pobre Antonio, ¿ves?, se puso pálido. Es su novia, es su vida, pero lo único que te importa a ti es quedar bien con tu conciencia, da lo mismo quién paga. Tan egocéntrica que eres, mamá, lo único que te importa eres tú al final — busco a mi madre con la

mirada, pobre viuda a contraluz, pobre sombra en la sala de recuperación. No puedo odiarte, pobre vieja—. Cada uno tiene sus tiempos, cada uno es como es, la vida de uno es de uno, pero tú tienes que meterte donde nadie te invita, tienes que venir a solucionarle la vida a gente que no te pidió nada. Tan típico tuyo, mamá. Tienes que decidir por todos. Quieres vivir nuestra vida. No puedes soportar que vivamos por nuestra cuenta. Por amor, por favor, mamá, los peores crímenes se hacen por amor. Tú deberías saberlo mejor que nadie. Las tonteras infinitas que puede hacer una por amor. Nadie te pidió nacer, mamá, por si acaso. No te echo la culpa por nacer, pero tampoco te agradezco. Hiciste todo por lo mismo de siempre, porque querías tú, porque a ti te dio la gana. Está bien, eres la persona más egoísta del mundo, te queremos así, te perdonamos todo, pero asume por lo menos que es así. No tengo hijos, mamá. Es cierto, gracias, qué bueno que me lo recuerdas. No podrías decir nada más cruel. Ya sé, ya sé, no soy una mujer de verdad, tú sí. Bravo, felicitaciones. Es eso, es eso justamente, mamá. Tú crees que querer a tus hijos te salva de todo. Cualquiera puede tener hijos, eso no es ningún logro. Quererlos es menos logro todavía. ¿Dime alguien que no quiera a sus hijos? Tener o no tener hijos no te convierte en superior. Cada vez que no tienes argumentos me lanzas ese escupo en la cara.

—¿Qué dijo la Valentina? —Junto las fuerzas que apenas tengo en las venas picoteadas por gaviotas desesperadas en la orilla de mi cama de hospital—. ¿Dijo algo la Valentina? —Logro que mi voz traspase los ojos quemantes de mi madre, justo cuando el doctor Wagner entra de bata blanca y unos anteojos de marco azul aerodinámico que no le conocía hasta ahora.

—¿Qué tal, campeón? ¿Cómo andamos? Te veo animado, compadre. Mejor acuéstate, no hagas ningún esfuerzo. Todavía te estás recuperando de la anestesia. Una hora más y vas a estar impeque. Qué tal, señora, señorita —saluda a mi madre y a mi hermana—. Vieron, se lo devolví sano y salvo. ¿Y usted qué me dijo? Si le hace algo malo, lo mató con mis propias manos. Cosa sería tu mamá, compadre. La tenía todo el rato presente en el quirófano. Le saco los ojos, le arranco la piel, muy específicas las torturas de tu mamá. Muy preocupada ella, te quiere mucho, parece. Tienes suerte, campeón, de tener gente que se preocupe por ti. A ver, a ver. Vamos a ver cómo quedó el tejido. Calmado, acuéstate. Por favor, señoras, déjenme unos segundos solo con el campeón. A ver, a ver, cómo quedó la obra de arte. —El doctor abre la bata verde que apenas me viste. Llega a mi sexo y separa con cuidado el algodón de la sangre seca, los restos de un líquido amarillo que no conozco, para dejar de a poco, muy de a poco, el capullo suelto de mi glande recién podado, la piel engrapada, el hilo, los nudos que no quiero ver y que no puedo dejar de ver. El ojo hinchado de boxeador, el gusano que con sus alas de mariposa no pudo pasar de cocuyo, mi sexo que ya no existe, cubierto por un solo chichón, un solo hematoma a punto de reventar.

—Belinda, ven —llama a su enfermera estrella, que lleva muy bien su nombre, me doy cuenta—. Me quedó lindo, ¿no es cierto? Dan ganas de sacarle fotos. Te apuesto que ningún supercirujano del Barros Luco te deja una línea así de clara. Yo cosía con mi mamá en el sur. Zurcía calcetines, en serio. Mano de monja se llama esto. Sin falsa modestia, es una preciosura de trabajo. A ver esto, a ver por aquí, a ver... ¿Te duele mucho, campeón? Es absolutamente normal que duela al principio. Un poco de fiebre es normal también por unos días. Se va a hinchar un poco, para después deshincharse. Está bello, compadre, está precioso. Te dejé un poquito de piel, dos milímetros. Un vuelito. ¿Lo ves?

Y me muestra alrededor, en el lugar de mi prepucio, una corona de espinas,

plástico quirúrgico, como el resto de una malla, un bozal que castiga al conejo por querer escaparse de la jaula. Ya no soy hombre y tampoco soy mujer, el animal que colgaba de mí se convirtió en una sola roncha gigante de zancudo, un solo mordisco de una araña sin nombre, todo circundado de trincheras y alambre de púas que el doctor Wagner recorre con la punta de sus anteojos. No quiero llorar y sin embargo lloro sin lágrimas, como si una lanza romana hubiese cauterizado el centro de mi piel, para la pura diversión del emperador. Eso soy, un gladiador que no muere, que no sabe ya cómo morir. Mi sexo atado y bien atado, amarrado como un viejo loco, como un niño epiléptico, desfigurado hasta no tener ni cara, ni sombra, ni perfil siquiera.

—No ponga esa cara, amigo. Todo se va a recuperar, no te preocupes. Va a estar más flexible que antes, ya vas a ver. Cuando uno opera la cosa siempre se ve trágica, pero después todo vuelve a la normalidad. El cuerpo se adapta a todo, compadre. En China hay mujeres que calzan veinte, en África hay gente con todo tipo de cosas en la nariz y los labios y las orejas gigantes. La piel es mágica, ya vas a ver. No hay ningún material sintético tan adaptable como la piel. La piel es el órgano más grande del cuerpo, está relacionada con todo el cuerpo. No hay ninguna especialidad en la medicina que se preocupe del paciente de la cabeza a los pies como nos preocupamos los dermatólogos. ¿Cosmético? Más respeto. La piel está en contacto con toda suerte de agentes patógenos, la humedad, el calor, el frío, los microbios. Todo pasa por la piel, si lo piensas bien. Con sólo mirar la piel de alguien puedes saber cómo está su hígado, su corazón, sus pulmones. Dios es muy astuto, si es que existe Dios, claro. Yo no digo nada, tengo formación científica, pero de que pasan cosas raras, pasan cosas raras en el mundo. El ser humano, para no ir más lejos, es muy raro lo que pasa con los humanos...

—¿Cómo es lo que me quitaron? —interrumpo la cavilación metafísica de mi doctor.

—¿El prepucio? —apruebo, aunque la palabra me resulta horrible de sólo

mencionarla—. Como un anillo, delgado pero resistente.

—¿Chiclosos?

—Más bien sólido. ¿Quieres tenerlo? Quería hacer unos análisis de laboratorio, pero si quieres te lo puedo entregar. No creo que haya problema desde el punto de vista legal, es tuyo después de todo, es parte de tu cuerpo. No es molestia, puedes guardarlo, colgarlo, la gente hace eso con los dientes.

¿Lo quiero o no? ¿Lo necesito? El santo prepucio de Cristo conservado entre nardo y cristal por un perfumista de Nazaret. Único resto de su cuerpo que no ascendió a los cielos. Reliquia entre las reliquias que se pelearon iglesias y ciudades por toda Europa porque según los teólogos es la única parte del cuerpo de Cristo que Dios no se llevó a los cielos, el único resto de humanidad de Cristo. Llevado por un ángel a la abadía de Charroux. Trasladado en procesión a Roma para ser entregado a Inocencio III. Perdido ese santo prepucio hasta que un obrero lo encontró en un muro en 1856. Los anillos de Saturno, según un astrónomo medieval. El planeta que nadie circuncidó. Saturno devorando a sus hijos, el dios en plena faena, la cabeza de su hijo en la boca, espantando en el Prado.

—Te vas a quedar aquí una noche, compadre, por la anestesia más que nada. Dos meses en total de recuperación. Dos meses para que lo sientas totalmente normal y entonces podrás volver a las pistas como un campeón. Quedaste cero kilómetros, pero tienes que ir despacito, monstruo, tienes que acostumbrarte de a poco. Es todo un pedazo de piel que nunca ha estado expuesto mucho tiempo a ningún roce. Piel nueva, como de recién nacido. Hay que ir paso a paso, vas a ir viendo que todo se normaliza. Las primeras veces lo más seguro es que lo sientas raro, lo más seguro es que estés demasiado sensible, que te vayas luego. Con el uso se cicatriza, como cualquier otra herida. La piel nueva es más flexible que la antigua, vas a ver. Virgen, como cuando tenías quince años. Otra oportunidad sobre la Tierra, esa no la hace cualquiera. Por un tiempo vas a tener que usar ropa que no lo apriete. Algo que no roce la zona. Calzoncillos

sin costuras. Tienes que limpiarte con cuidado, un algodón primero. Después, cuando saquemos los puntos, puedes volver a la rutina normal, de a poco eso sí, muy de a poco. Pasen, pasen —llama de vuelta a mi madre y mi hermana mientras vuelve a posar el capullo de algodón sobre eso que queda de mi golpeado sexo—. Se lo dejo, no lo agiten demasiado, por favor. Voy a pasar en la mañana para darle el alta. Felicidades, campeón, todo está saliendo como tiene que salir. Paso a paso, campeón. Paciencia no más, hay que tener paciencia. Ya, listo, este niño está al otro lado —le avisa a la enfermera. Mi madre termina de entrar a la pieza con la cabeza agachada, seguida de mi hermana, sonriente y altiva después de haber picoteado como un gavián el cadáver materno.

3

—Tenía que saberlo algún día, Antonio, tiene razón la mamá. —Sale Constanza al fin a defender a mi mamá—. Es tu novia, es ridículo que no lo supiera. Se apuró la mamá, le faltó delicadeza, pero en el fondo hizo lo que había que hacer. La manera es muy de ella, pero tiene razón en el fondo, Antonio. Al final, siempre tiene razón la mamá. Tiene siempre la razón por las peores razones.

—Te quiero, mijito —llora mi madre—. Perdona, mi amor, perdona, no debería... No quise... No pude... No debería hablar... No pensé... Yo te quiero demasiado a ti... Yo la quiero demasiado a ella... Tú sabes que quiero que sean felices, que lo único que quiero en la vida es que sean felices todos ustedes. Lo único que he hecho en la vida es quererte, mi amor. Ese es mi problema, quiero demasiado a la gente que quiero, no sé controlar el amor que siento. No pueden entender lo mucho que los quiero, por eso a veces digo lo

que no tengo que decir, por eso a veces me preocupo más de lo que tengo que preocuparme. Si quieres la llamo de nuevo, si quieres le digo que todo fue un error, le digo que es mentira, que no te hiciste nada. Le digo que no fue tan así, le digo que me pasé de largo. Me va a entender, seguro, ella me quiere, ella sabe que soy una loca. Dime qué hago, mi amor, dime qué hago y lo hago ahora.

—Pero ¿qué dijo ella? —pregunto por tercera vez.

—No dijo nada. La línea del teléfono no era muy buena, había muchas interrupciones. ¿A quién se le ocurre ir al fin del mundo? ¿Quién va a Vietnam? Por favor, si hay pura guerra allá. ¿Qué le costaba ir a Londres o Suecia o a algún lugar civilizado? Se escuchaba todo entrecortado, pero te quiere, amor mío, estoy segura de que te quiere esa niña. Todo se puede arreglar, mi amor, todo se puede mejorar. Las mujeres perdonan todo al final, Toño. Lo único que hacemos las mujeres es perdonar en la vida. Mírame a mí, mira a tu papá las cosas que le han perdonado las mujeres en la vida. Las cosas más imperdonables del mundo, eso mismo le perdonaron a él, que es la mitad de inteligente y lindo de lo que eres tú. Las mujeres entienden mucho más de lo que puedes llegar a creer, mi amor. Tienes que estar tranquilo. Lo que tiene que pasar, va a pasar. Tranquilo, mi amor, tranquilo.

—Dejémoslo solo, mamá —decide Constanza por las dos—. Te compró unas túnicas ayer la mamá en Patronato. Quiere que te las pruebes en la casa, tiene una fiesta organizada sólo para ti. No, no hay teléfono. Estás loco, Antonio. No hay computador, no hay celular, te estás recuperando de una operación. Anestesia general no es cualquier cosa. Nos vamos con la mamá, te dejamos descansar tranquilo, duerme hermano querido, descansa por favor, descansa.

Se van. Me dejan solo.

No sé la hora, el día exacto. La luz del sol en la ventana, una cama vacía a mi lado, otra a mis pies, los gemidos de un gordo que apenas entreveo. Lo sabes, te lo contaron todo, no sé qué piensas, creo que tampoco sabes qué pensar. Partirme la carne en dos, crucificarme, una acción de arte. Sabes todo. Mi mamá te lo contó. Se operó, se cortó, se mató sin matarse mi hijo, por ti, sin ti, por tu culpa, por tu amor. ¿Qué dices? ¿Qué piensas desde el sudeste asiático? No puedo más que imaginar tu silencio gaseoso al otro lado del mundo, mi carne partida en dos como las cortinas del Sanedrín. Porque siento como si me hubieran quitado un brazo, una mejilla, una pierna. Es lo único con que puedo defenderme de tu reproche, mi carne viva, desollada en su centro, mi sangre abierta a tus ojos para que me veas, para que me hables, para que te retires con pudor detrás de las cortinas esmeralda, como una vestal en el salón de los sacrificios.

Mírate en esa camilla, en ese hospital, en esa sala de recuperación, mírate, Antonio, mírate —imagino tu voz que no recuerdo, Valentina. En el fondo no hay nada más cruel que lo que haces conmigo. Ese es tu truco. Para tus amigas, para tu familia siempre eres la víctima y yo soy siempre el monstruo que te hace sufrir.

Es una injusticia, es una crueldad sin nombre. Es una maldad, tienes razón, pero es la única forma en que sé vivir, pidiendo perdón por los crímenes que no he cometido para no pedir perdón por los que sí cometí y los que voy a cometer de todas maneras. La horrenda paciencia de los monjes suicidas, las llamas sonrientes que derrocan al gobierno, la tranquilidad sin fin ni comienzo, ese asado en la casa de Tunquén de tu tía Eliana cuando testarudamente decidí explorar las flores azules de los espinos, las ramas muertas que fallaron bajo el peso de mis pies cuando me acerqué a lo que

parecía un río. Y mi reloj que se queda atrapado en un cactus, y mi camisa que se raja, y las nubes que abandonan el cielo dejando al sol brillar sobre las flores amarillas, rojas, fucsias, y zumbido de abejas, moscardones, zánganos, y hormigas gigantes que suben por mis pantalones también rajados, mientras tú y tu tía toman el aperitivo en la terraza, sin saber si estoy jugando o naufragando, si avanzo o retrocedo en medio de las plantas salvajes que ningún ser humano ha querido cruzar.

«¿Cómo estas, que te pasa?»

«Bien, todo bien.» Sonríó para que nadie se preocupe. Estoy bien, estoy feliz, que nadie se preocupe por mí, por favor, estoy saltando por saltar, explorando, filmando sin cámara mi propio documental. Cede bajo mis pies el escenario, la savia, la espuma, el zumbido, las ramas que azotan lo que queda de blanco en mi espalda. Voy en busca del reloj, que resplandece entre las púas del cactus. ¿Son venenosas estas bayas? ¿Cuántos de esos dardos penetraron mi piel? Ya no me importa el dolor, ni los tropiezos, a cada paso me hundo. Cristo después de los latigazos, la cruz sobre los hombros, clavado al madero más alto. No tengo fuerzas. Todos los estigmas en mis manos, mi pecho y mi frente sangran. Soy un mártir, un santo que clama al cielo por un rayo de luz divina que me saque de aquí. Me importa ganar y sólo ganar, hundido hasta la cintura, y la familia recién empieza a preocuparse. Sudo por todos los poros mientras ustedes levantan sus pisco sour hacia mí.

—No se preocupen, estoy bien. —Trato de convencer inútilmente a los primos, los amigos de la casa, los vecinos que intentan entre risotadas ayudar en las labores de rescate. Una plancha de madera, varias cuerdas, órdenes contradictorias, los cardos más al fondo de la piel, la sangre cada vez más sangrante, la cara roja de vergüenza, de orgullo y de sol al mismo tiempo. La diversión del día en el balneario. Sólo tú permaneces apartada en la terraza, impaciente ante toda la maniobra. La cuerda, la plancha de madera sobre la

que camino con el resto de mis fuerzas, la toalla blanca con que tu tía me cubre cuando al fin salgo de la trinchera como un náufrago victorioso.

Abrazos, risas, pisco sour a la vena. ¿Cómo se te ocurrió, huevón? ¿Qué estabas haciendo en la zanja, concha de tu madre? Qué loco este huevón, me cae bien este huevón. Yo respondo con más sonrisas, me hago parte de mi propia broma mientras tú no continúes apartada, mientras tú no sueltes la copa. Un minuto, dos, veinte, incrédula me ves triunfar entre tu familia hasta que me dejan en tus manos. Quedamos solos en el baño y dejo que me seques las heridas, la toalla blanca se va llenando de manchas rojas, yo me maravillo y tú te impacientas, fumas, te indignas.

—Realmente, tú... Realmente, Antonio, realmente. Eres capaz de cualquier cosa con tal de que te vean.

5

No estás....

No estás, Valentina... Desposeído de mi pene en esta clínica de alemanes, recortado de mi sobra, muerto de miedo y de orgullo como un conejo despellejado. No me sirve la idea de que existas lejos, ni tu infancia, ni las películas que te gustan, ni las novelas que no terminas nunca de empezar y de las que yo te hablo pestes aunque no he empezado siquiera a leerlas. No quiero tu sorpresa, sólo tu sinuosa realidad en el centro de Santiago cuando hay mucho smog a las once de la mañana, cuando todos se parecen a ti y no hay nadie como tú. Me gusta lo chica que eres, y lo frágil, y lo imposible que es derribarte sin embargo, soldadito de plomo de ese cuento terrible en que la bailarina también se incendia.

«La pulga bigotuda», como te llamaba mi mamá cuando no había aprendido

a respetarte. Me gusta que te pares tan valiente entre todos los borrachos, los apurados, los ejecutivos que miran el semáforo cambiar de color. Me gusta tu espalda ofendida por cualquier cosa y el color mostaza de tu chaleco, y la seguridad de ser chilena cuando te ves como cualquier otra cosa. Me gusta que seas valiente aunque tu valentía no sirva para nada. Me gusta que tengas honor y estés enojada con los que creen que tienes plata, herencias, fondos, todo lo que perdiste.

Me rogabas que no fuera a verte cuando tenías fiebre, que te dejara sola porque sabías cuidarte y además estabas horrible. Yo anulaba tus órdenes y veía la ciudad pasar por la ventanilla del taxi, salpicada de lluvia a medianoche. Esa era mi rebeldía: ser el mejor novio del mundo. Llegaba de urgencia a ese edificio rojo, el único de seis pisos en un barrio de casas con antejardín. Decías no, para qué, ciega entre los jarabes a medio tomar, los pañuelos sucios, las sábanas tibias, la ventana abierta para respirar el frío que creías era preferible a la calefacción, que multiplicaba los gérmenes. ¿Por qué viniste? ¿Qué quieres de mí? Me tratabas como a un ladrón, un violador reincidente al que le habías perdido totalmente el miedo. No respondía a tus desafíos. Calculaba tu fiebre con la mano. Pensaba que cuando dejaras de quererme me podrías necesitar aún. Te daba las dosis indicadas de los remedios y no dejabas de quejarte de mi paciencia.

Los hombres no hacen eso, los hombres no están para eso. Te abrazabas a mí, como si fueras adicta al olor o la tibieza de mi cuello. No quería entrar en ti, o no es lo que más quería, quería simplemente la luz de esa cabina en medio de la noche de la ciudad. Quería verte consolada por mi olor, abrigada por la tibieza que traía de la calle. Quería que no pudieras vivir sin eso, pero sí podías y todavía puedes, es lo que me duele, es lo que me sorprende, que lo de la fiebre no haya bastado para obligarte a quererme.

Quiero odiarte, Valentina, quiero dejarte, quiero violarte ausente, ida, desaparecida, vigilado por tus gatos, por las revistas a medio leer sobre el

velador. Odio el invierno y ahora sé que me encanta el campo cuando está nublado, el verde de las cosas, y el barro y el río que tiene más lecho que agua, y las ramas, todo se ve más claro cuando es invierno, me hiciste ver. Cuando no hay color, cuando parece que no se ve nada, todo brilla en secreto, y el doble. Partidaria de todo lo que nadie defendía, el invierno y la betarraga, los peladeros de Til Til y las ciudades satélites, competíamos por todo y eso era terrible, la manía de enseñarnos cosas mutuamente, de desafiarnos siempre a duelo.

Pero el amor es así. Todo cabe en esa palabra en que no cabemos nosotros. Yo soy loca, me decías, yo soy libre, me decías. Yo a veces me desconecto, a veces me voy, a veces no quiero ver a nadie, a veces me quiero ir a mil kilómetros. No quiero tener hijos, no quiero casarme con nadie, te advierto, te aviso. No quiero desilusionarte. Parezco un cordero pero soy un lobo. Parezco una niña pero soy una anciana que ya vivió, que ya murió, que no quiere volver a vivir tampoco. Por ti hago una excepción, por ti puedo volver a jugar, a reír. Contigo es fácil esperar con la comida lista, leer el diario en la casa perfectamente ordenada a la que ni tú ni yo tenemos derecho. Contigo todo se puede porque es un juego, contigo todo eso puede ser verdad porque es mentira, como esos niños que se ponen la ropa de los papás a escondidas. Como ellos, contando los segundos, como ellos, espantados ante la posibilidad de que nos pillen.

¿Me entiendes? Pero fuiste tú la que despertó un sábado amenazando:

—Cásate conmigo.

¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde? Salí como pude del vapor del sueño.

—¿Viste? La cagaste. Tendrías que haber dicho que sí, nada más. Si yo no me quiero casar con nadie, ya te dije. Sólo tenías que responder sí. Lo único que necesitaba es que dijeras que sí. No habría cambiado nada, iba a seguir todo igual.

¿Y ahora cambia algo? ¿Qué va a cambiar ahora? Todo, sonreíste para que

el miedo no congelara mis rodillas. Cambió todo.

—Caballero —me despierta una voz tímida, mostrándome una silla de ruedas estacionada a la orilla de mi cama. Detrás, mi hermana Isabel, que tomó el relevo de mi mamá y mi hermana Constanza—. Vamos. Está firmado todo, te puedes ir, eres libre, Anthony.

6

—Tienes que hacer reposo en la casa ahora. La mamá invitó a una fiesta. Te mandó estas dos túnicas para que eligieras la que más te gusta. ¿No me vas a decir que te da miedo el ridículo después de todo el show que hiciste? Le hace tanta ilusión a ella. Está fascinada con la idea de convertirte en un jeque árabe. Si quieres las puedo cambiar por unas de otro color después. Se hizo íntima amiga del turco que las vende. Esa salmón está genial, Antonio. Ya, vístete luego para que vayamos a la fiesta.

—Qué interesante, qué peligroso, qué salvaje te ves, mi amor —me saluda mi madre a la entrada de su casa—. Vas a matar así, mi amor. Por favor no te saques nunca más esa túnica. Un nómada, un sultán, un bereber. Me encantan los musulmanes, son tan apasionados. Yo sé que todos los odian ahora, por eso mismo me gustan más. Eso es lo que hace falta en este país, más pasión. Terroristas podrán ser pero saben lo que quieren. Eso hace falta en el mundo, gente que sepa lo que quiere en la vida. Crean en algo, ¿tú en qué crees, Humberto? Mira lo gordo que estás, estás a punto de reventar de puro creer en ti mismo. El desierto es de verdad, todo el resto son huevadas, la verdad está en el desierto, estoy cada vez más segura. Antes me gustaba el sur de Chile, ahora no lo soporto. Eso del sur lleno de arbolitos y animalitos me parece una infamia asquerosa. El fuego, eso es lo único de verdad. Camina un poco, mi

amor, no tengas vergüenza, no estás enfermo, no dejes que nadie te trate como inválido. Pasa por aquí, pasa. Siéntate aquí, mi amor. Estamos en confianza, somos todos de la familia.

—¿Cómo fue, dolió mucho? —me pregunta Osvaldo, el redondo marido de mi hermana Constanza—. ¿Cómo te cortaron? ¿Dónde? Un alemán te circuncidó. De apellido Wagner. Interesante. Anestesia, puta, huevón, valiente igual, yo ni cagando me hago una huevada así. Igual te sacaste un peso de encima —sigue el gordo Ruiz, tratando desesperadamente de ser amable.

—¡Un peso de encima! ¿Cómo dices eso, gordo? —se ríe mi tío Humberto— ¿Cuántos kilos piensas que pesa la huevada?

El resto de mis tíos, mis hermanas y mis cuñados, todos juntos. Para eso los recluta mi mamá, para ser la gente normal de la que los demás nos burlamos.

—Perdón —digo. Me levanto y voy hacia el baño. Me miro en el espejo a la pasada. Es tan vulgar eso de quejarse de la vulgaridad, pero no tengo otra queja mayor contra la fiesta de mi mamá. No hay nada más terrible que eso, eso que tampoco se puede definir exactamente: sus barbas canosas, la superioridad de haber sido buenosmozos alguna vez. Dos divorcios cada uno, un par de estafas. Un peso menos, tiene razón Ruiz. Es lo que sé, es lo que siento. No estoy más flaco, no puedo haber adelgazado en un día, pero siento que me sacaron veinte kilos de encima, me miro en el espejo de cuerpo entero del baño de mi madre. Salvaje en mi túnica, libre de la tristeza obligada de mi traje de pantalón y camisa. Misteriosamente desvirgado, como esos grupos de rock de los sesenta que usan la chaqueta sin cuello y el flequillo uniforme para ser cada cual su propio personaje.

—¿Estás bien, Antonio? ¿Te sientes bien? —pregunta mi hermana Isabel al otro lado de la puerta del baño—. No escuches a la mamá. Te quiere demasiado. Cuando se pone nerviosa no sabe lo que hace. Te queremos tanto, todas en esta casa. ¿Tú sabes eso, Antonio? Hemos estado tan preocupadas. Sabemos que no es nada, pero también sabemos que para ti nada es todo. Te

entiendo tanto, no sabes cómo te entiendo. He estado pensando tanto en tu problema. Para nosotras tú eres Dios, siempre lo fuiste, siempre lo vas a ser. Quizás nosotras tenemos algo de culpa. Quizás porque te educaste entre mujeres pensaste que te debías cortar eso. Quizás es tu forma de ser, como la de nosotras. Quizás no te enseñamos que eres bello así como eres, Antonio, que no tienes que cambiar nada, que eres lo que eres, que eres perfecto así. Ella es ella, tú eres tú, yo soy yo y la mamá es la mamá. ¿Entiendes lo que quiero decir? Ella no es tonta y va a comprender eso también. Si te eligió es porque sabe lo que vales. Todo es para mejor, ya vas a ver, todo tiene sentido, Antonio, todo va hacia alguna parte, nada sobra en el mundo. Mira los átomos, mira los astros. Las revoluciones, los flujos migratorios, la química del cerebro, todo son accidentes que nadie puede controlar pero que al final se controlan solos y encuentran su equilibrio. Eso pasa también con los humanos. Con el cuerpo y con el alma, con las relaciones humanas también. Ya pues, Antonio, dime algo. Por más decisiones que tomes, por más operaciones que te hagas, no vas a cambiar nada que no cambie solo. ¿Quieres algo? ¿Quieres comer algo? Mamá, dile a la gente que se vaya. Quiere estar solo, parece, no quiere fiesta, ya pues, mamá, tiene razón, acaba de operarse el pobre, no todo tiene que ser ocasión para comer en esta vida.

Voy a decir que no importa, que no me importa la gente, que no quiero cambiar los planes de nadie, pero no me salen las palabras de la garganta. En el fondo eso quiero, eso postulo, cambiar los planes de la gente. Eso espero, una huelga general del mundo que al menos obligue a esta casa a tomarme en serio, a preocuparse de mí. Quiero ser un enfermo. Es triste, es patético, Valentina, pero eso quiero ser, un enfermo. Más bien, un convaleciente. Un tirano débil que vacía la casa, que destroza la tarde, que los obliga a todos a moverse a su ritmo. Un niño gigante que trasladan entre algodones desde la casa de mi mamá.

—Si quieres me quedo aquí, si quieres mando a Horacio a quedarse contigo

—se ofrece mi hermana Constanza.

—No, gracias, no se preocupen. Quiero silencio. Quiero también el placer raro de sentirme solo en mi propia casa.

¿Hace cuánto tiempo que me fui de ahí? ¿Cuánto llevo fuera realmente? Dos días apenas. Dos días que son como dos siglos. La oscuridad pesa sobre los muebles sin que se me ocurra encender ni una sola lámpara. El frío es total, le gana a todo. No es mi casa. No soy el que vivía en esa casa. No me parezco nada a mí mismo. No me acuerdo cómo era eso. Soy un ladrón que no se quiere robar nada. Me siento en la oscuridad a escuchar la música de los vecinos. Las luces prendidas de la ciudad mientras sigo invisible para mí y para el resto, imposible para ti y para el mundo.

Me gusta demasiado no existir, Valentina. Se me congelan las piernas debajo de la túnica color salmón que creo que no me voy a sacar nunca más en la vida. Tengo que prender cosas, lo sé, me repito. Facebook, Twitter, Instagram. No puedo quedar fuera de todo así. La batería del teléfono donde van a aparecer las llamadas perdidas. El mail donde van a aterrizar uno a uno los mails sin responder. Tengo que escribirte, tengo que buscarte, tengo que saber dónde estás, pero nada de eso me parece natural, normal, posible. No puedo pensar en ti aunque seas lo único en que pienso todo el día. No tengo edad para esto. No tengo edad para esto ni para lo contrario, no tengo edad. Como una frase colgando de un neón. No tengo edad. Es lo que me quitaron en la cirugía, la edad posible, la edad deseable, la edad vivible. Debería estar casado, debería tener hijos, debería tener más problemas que esperar un mail tuyo, un mensaje, un wasap. Debería tener una vida seria, una vida triste para no tener que echarte la culpa de nada.

—¿Nada? ¿No te dice nada, en ninguna red social? Pobrecito. ¿Quieres que hable yo con ella? —dice Tamara, que llama para saber cómo me siento—. Le puedo contar que estás gravísimo, si quieres, le puedo contar que te desangraste en la operación, puedo usar todos los términos médicos para impresionarla más. Nadie te odia, es muy difícil odiarte, Antonio. Llevo años tratando. Casi lo logro, pero eres como mi papá. Yo no puedo odiar a mi papá, sería odiarte a mí misma. Bueno, yo me odio a mí misma, pero no odio a mi papá. Es demasiado fácil odiarlo. La puedo asustar lo suficiente para que vuelva corriendo a la casa a pedirme perdón por haberse ido tan lejos. La culpa, te aseguro que funciona con la Vale. En un chasquido de dedos la tengo aquí de vuelta en Chile limpiándote los pies con sus lágrimas. Pero ¿eso es lo que realmente quieres? Tienes que saber qué quieres antes de pedir nada. No vengas con tonteras, tú sabes lo que quieres perfectamente. Eso quieres, jugar a no saber qué quieres, pero sabes más que nadie lo que quieres. Eres el príncipe de los manipuladores. Debe ser agotador tener un novio así. No odia, no te preocupes, la Vale no te odia. Ya, qué tanto, no llores más, por favor, deja de sentirte culpable por todo, Antonio. Ella también te miente, no te preocupes. No te dice toda la verdad, por lo menos. Del viaje fuiste el último en enterarte, por ejemplo. Todas sabíamos, nos había contado a todas los detalles. Llevaba meses, años planificándolo, no te hagas el inocente. Se lo contó a todo el mundo menos a ti. Te tenía miedo, sabía que contigo no se podía negociar. ¿Qué te dijo? ¿Le dijiste?

No, no puedo hablar con ella, no me atrevo. Yo sé que ahora da lo mismo, que con el internet todo eso se acaba, pero está al otro lado del mundo. Me da no sé qué interrumpir algo en el sudeste asiático. No sé con qué frase empezar, qué decir, qué no decir. Es ridículo después de todo, no es un crimen lo que hice, pero igual es un crimen. Si se me hubiera ocurrido a mí decírselo, pero fue mi mamá. Es la vergüenza terrible y estúpida del niño que anda con su apoderado por todas partes.

—Escríbele. No la llames,scríbele una carta, es lo que sabes hacer, escribir.

—Es lo mismo, al final. Las cartas ahora llegan al tiro.

—No es lo mismo, tú sabes. Ordenas las ideas cuando escribes. Sabes que le gusta leer.

—¿Ahora mismo? ¿Escribirle?

—Ahora o en una hora más, o mañana en la mañana, da lo mismo, pero por teléfono lo único que vas a lograr es tartamudear. Por carta tú puedes parecer más o menos digno, Antonio. Eres muy siglo XX, por escrito eres mucho más inteligente que en vivo. Escríbele, ahora mismo, ahora o nunca,scríbele lo más largo que puedas, si quieres después no le mandas nada, pero escribe. Es una orden. Siéntate ahora mismo a escribirle. No te levantes más hasta que le tengas toda la carta escrita.

8

Valentina, escribo.

Valentina, vuelvo a leer para asegurarme de lo que acabo de escribir.

Valentina, ¿qué digo después de eso? ¿Y si repito eso hasta el infinito? Sólo eso, Valentina.

Valentina.

Valentina.

Valentina, ¿y si sigo así muchas líneas?

Valentina,

Valentina,

Valentina,

Valentina, tu nombre, que es ya decir demasiado, es ya confesar algo que no

quiero confesar, que te escribo, que te necesito, que te quiero.

Valentina, Valentina, Valentina... Me quedo mirando algo que se parece al vacío, pero que de pronto es justamente lo contrario. Las brasas que se prenden o se apagan. Un universo entero de cenizas que el viento agita lentamente. Valentina, ¿qué decir, qué decirte, qué no decirte? ¿De qué me quejo, Valentina, de no haberme quemado o de no haberme quemado lo suficiente?

No sé, es lo único que quiero saber, si me duele haberte dejado escapar o haberme escapado yo. Vestido de profeta, de sultán, de asesino sin sueldo. Mira mi túnica salmón, mira la celeste casi esmeralda que voy a usar mañana, mira la impotencia y el poder de ser el único chileno de mi barrio que usa túnica. Libre hasta del peso de la ropa, de la proximidad de cualquier traba elástica, de cualquier ajuste, de cualquier límite. Mediterráneo como los primeros cristianos, africano como el rey que los leones no se atreven a comer. Me duele que no puedas ver mi desnudez heroica, esa peligrosa falta de vergüenza que a veces me reprocho pero sin la que no tendría derecho a tu respiración, a tu tiempo, que es la única posesión a la que postulo inútilmente. Tu tiempo sin fin, sin fin mi tiempo a tus pies.

¿Me escuchas? ¿Me ves, Valentina? Todo lo hago por ti, Valentina.

«¡ME CIRCUNCIDÉ POR AMOR!»

El titular en un diario que no existe. Es la verdad y es la mentira más gruesa. No me circuncidé por amor, pero no lo he hecho por ningún otro motivo que el amor gigante y transparente que siento por ti. Todo lo hago por ti, Valentina. Todo lo hago sin ti, Valentina. Todo esto te lo dedico como un libro que no escribiré nunca. El oro de tus omóplatos a las siete de la tarde. La coquetería de tus pecas pardas debajo de mis dedos sucios, la trenza perfecta de tus huesos, la blancura de tu carne que nunca mostrabas completamente desnuda. Siempre un reloj, un pañuelo, un collar, algo que te ataba al mundo civil, sobre una toalla raída que estirabas para no ensuciar la cama.

—¿Por qué se te ocurre hacer estas cosas justo cuando estamos apurados? Justo tengo que vestirme para el matrimonio. No puedo llegar tarde. Es mi prima, a mí me da lo mismo pero mi mamá me mata. Ya pues, no me empujes. Justo ahora, justo ahora. —No escucho, no concedo, voy ciego al brillo de tu piel justo porque no puedo, porque no es tiempo, porque no hay cómo—. Insistes tanto, pucha que insistes, Toño. ¿Te importa tanto, realmente? ¿Para ti realmente es tan importante que hagamos esto ahora? Tenemos todo el tiempo del mundo, pero no ahora. Ya, no seas así, yo te quiero, ¿no te basta? Yo te quiero sin eso.

¿Me quieres realmente? ¿Me quieres horriblemente, Valentina? ¿Me quieres? ¿Me quieres...? Como un ritmo imparable, el ruido que hacen los tacones de los caballos mongoles contra el duro suelo de la estepa. Como un trueno que no respeta ciudades ni sembrados, el galope desesperado de los hunos, de los tártaros... ¿Me quieres? ¿Me quieres? ¿Me quieres?, como una sola nube de polvo cubriendo a los guerreros que los campesinos no ven llegar cuando arrasan sus aldeas y sus cosechas. ¿Me quieres, Valentina? ¿Me quieres? ¿Me quieres?, la única medida de tiempo que admito, los segundos que aguanto entre una pregunta y otra, siempre la misma pregunta hasta el infinito: ¿Me quieres? ¿Me quieres? ¿Me quieres a mí? ¿Lo quieres a él más que a mí?

—¿A quién? —Y te mostraba avergonzado el ficus que llevabas diez minutos limpiando con un algodón, hoja por hoja, con todo el cuidado, con toda la paciencia del mundo—. Es una planta, Antonio. ¿No le vas a tener celos a una planta? —¿Por qué no le iba a tener celos a una planta de interior? ¿Por qué tendría que limitarme a tener celos de los seres humanos, Valentina? No tengo celos de tu cuerpo, que nunca va a ser mío completamente, tengo celos del tiempo que repartes, que regalas a ese ficus malagradecido. Las plantas también te tocan, y la cal de las paredes, y la brisa misma al fondo del viento, y los gatos que entran y salen por la ventana que dejas abierta en pleno

invierno, y el olor de los faroles que sin tocarte te tocan demasiado, que delimitan al menos tu sombra, que te hacen sentir en tu país, esa seguridad que odio y adoro en ti, Valentina, la sensación de que podrías caminar a ojos cerrados por esquinas que conoces de memoria.

¿Me quieres? ¿No me quieres? ¿Me quieres? Tienes razón, Valentina, no se puede amar a un tipo que pregunta si lo aman más o menos que a una planta de interior. A ese nivel de inseguridad cualquier respuesta da lo mismo. Triste lucha por conquistar el amor sin plantas interiores, sin perros interiores, sin muebles interiores, sin dudas interiores, sin silencios ni murmullos interiores.

Pero ¿no era eso ser tu novio, el derecho a hacer esas preguntas hasta el cansancio tuyo y mío? ¿Me quieres? ¿Me quieres? ¿Me quieres? El derecho infinito a hacer las preguntas sin respuesta. Escribo a ciegas, me muevo como esas camionetas polarizadas en la noche. Como la lluvia entre los cristales, dejo caer los hechos y las opiniones con el mismo peso y sin ningún peso. Me gusta hablarle al vacío, me gusta hablarle a la nada, Valentina. Fiel hasta la médula, no sé traicionar pero sé que eso es en el fondo lo que me pides que haga, tener que conquistarme, tener que perderme para saber dónde empieza y termina esto que quiero sin comienzo ni fin, como esos lagos desesperantes en los que nunca ves la otra costa, pero que tampoco serán jamás el mar. El agua dulce que debería ser salada, o viceversa. Ese fue mi error fatal, Valentina.

Y lo feliz que fuiste en los brazos de ese neozelandés en Pucón, que no te besó siquiera, que te protegió simplemente, en el asiento trasero del auto mientras pasaban los árboles y las abejas, los volcanes, los ríos secos, las risas, los chistes de los chilenos, la radio mal sintonizada. Todo eso que dejaba de herirte porque él te cuidaba, porque podías dormir sin riesgo, ser tú y ser nadie hasta que el sol del sur se puso rojo y llegó la noche y él siguió para la Carretera Austral y tú te quedaste en Cochamó mirando el seno de Reloncaví y la caleta.

—No sé para qué te cuento esto —decías en esa especie de casino

gigantesco donde comimos una vez. Las bandejas, las mesas de baquelita roja, el techo bajo, la multitud de funcionarios devorando sus jaleas sin sabor—. No sé ni su nombre —seguías—. No me acuerdo ni de cómo era el gringo. Me han dado muchos besos sin nombre. He tenido muchos amantes que no me importan. Pero eso era distinto. Yo sé inglés, pero me hice como si no supiera. No quería comprender, no quería dar nada a cambio. Quería sus brazos, quería su olor a limpio. Un beso y todo se hubiera evaporado o, peor, se hubiera condensado, se hubiera explicado —me explicaste a mí, que no quería saber y quería saber todo. Un beso y todo eso se hubiera convertido en algo que defender o de que defenderse. Un beso y habría que saber de dónde venía y a dónde iba. Un beso y te habrías tenido que ir con él, o despedirte. Un beso y habría sido tuyo, y tú de él. Es lo que quieres, ser de nadie, acurrucarte en el cuerpo de nadie. No tuviste que pasar por esa prueba. Nadie preguntó quién era él, todos supusieron que lo que tenía que suceder ya había sucedido. Ustedes no hicieron más que seguir suavemente la marea hasta la playa. La noche, las nubes de polvo, la despedida que tampoco les dolió nada porque era natural y al mismo tiempo contra natura. Porque necesitabas de noche otro abrigo, porque sin futuro el presente era tan liviano como ese polvo, tan luminoso como las fogatas, y los cerros y los árboles y tu chaleco gris.

—¿Muy rara? ¿Muy triste? ¿Muy patética? —Sonreías sin esperar otra cosa que yo aprobara tu historia, confirmar su existencia y la tuya, como esas llaves que le dejas a un amigo por si se pierde la tuya. Las mujeres sólo se acuestan con tipos que se arriesgan por lo menos una vez a no verlas nunca más. Las mujeres sólo aman a los que las aman tanto que pueden vivir sin ellas. Las mujeres sólo pueden vivir en esa vida donde ellas no están, porque en una vida en la que están dos, de todas maneras uno sobra. Porque no pueden ni deben convivir con esa versión de sí mismas que no se va nunca, que no les deja lugar. Porque no hay peor pesadilla que una vida ajena de la que uno no puede escapar, que uno no puede elegir. Si yo te digo que siempre estuviste

aquí, que siempre vas a estar, no estoy mintiendo ni diciendo la verdad, te estoy marcando, estoy diciendo lo único que no quieres saber, que no eres una elección, que no eres una posibilidad, que no existes, que no existo tampoco.

Quieres ser libre porque sabes que la libertad no existe. Yo no quiero ser libre porque me ahoga no dejar de serlo nunca. Estamos al revés, como esos viejos muy pobres o esos niños que duermen en la misma cama pero con cabeceras invertidas, para que quepa más gente. Nos unió el miedo a tener frío. Contigo no hubo ningún juego de poder o de impotencia. Contigo no hubo ni un regateo, Valentina, ni una urgencia, pero tenía que haberla, no podía ser tan fácil. Fácil no es la palabra. Gratis, o natural. No respondas, escribo a ciegas, escribo solo como quien rellena el corredor infinito de una mina de carbón bajo el mar. Lleno el espacio negro en que no veo nada con palabras que tampoco dicen nada. Hablo como tiene que hablar la gente, para no quedarse sola, para oír su voz, su propia voz. Valentina, no digas nada. Me gusta no saber qué piensas, eso es lo único que me gusta de hablar solo, de que no estés aquí, escucharme balbucear, escucharme no saber. Me gusta responder a solas en el vacío. Me gusta no tener respuestas. Me gusta quedarme con mis huesos, con mi sangre. Me gusta todo eso, decir sangre, decir cenizas, decir incendios, decir huesos, todo eso que no tendría permiso para decir si estuvieras aquí.

¿Me escuchas, Valentina? ¿Sigo? ¿Dónde estás? ¿Dónde, Valentina?

9

—Pucha, hay un solo problema. —Te alejaste un segundo después del primer beso que nos dimos en tu departamento—. Estoy pololeando. ¿No te conté? ¿No sabías? Sí te dije, estoy segura... Llevo como seis meses. No,

siete, bueno, ocho quizás... No sé, no me acuerdo bien. No te preocupes, no tiene nada que ver contigo. No nos vemos nunca, trabaja la mitad del tiempo en Antofagasta. Nos vemos cuando viene a Santiago, a veces ni siquiera eso... Ya, no te pongas así. No te conté porque nos estábamos recién conociendo. No pensé que me ibas a gustar tan luego. En general nadie me gusta nada. Soy difícil, soy imposible incluso. Ya, no me gusta verte tan pálido, Antonio. No importa nada todo esto. Yo te dije, yo te advertí. Mi vida es complicada. Las cosas son lo que son, las cosas no son como tienen que ser. No me mires así, por favor, no me hagas eso, disfruta el momento... Espera. Espérate un poquito...

Tu falda escocesa se arrodilla en el suelo de ladrillos rojos, al lado del teléfono que desamarras como un juguete que te queda grande. Ya no me ves, ya no importo, decidida y pálida, concentrada en la tarea de teclear el número y esperar. Párpados que se cierran como si buscaras la voz al otro lado, la presencia, la cara del enemigo a quien compadezco con todo mi aliento suspendido, con todo mi miedo, escondido en la cocina como si él me pudiera sorprender en su territorio, como si de verdad fuera yo el amante infiel que espera su castigo.

—Soy yo, sí, todo bien... Bueno, no, bueno, sí... Tenía que contarte algo... Ahora, ahora. Tenemos que hablar tú y yo... —Y su voz, un solo susurro en espiral que acepta todos los reproches, todos los insultos—. No. No, Carlos, no, no es así... No, no es ningún payaso. No llores, por favor no llores, Carlos. Insúltame todo lo que quieras, pero no llores, Carlos, Carlos, no vayas a hacer eso, no, no, no... Yo sé, Carlos, yo sé... Soy una tonta, soy una niña, tú necesitas otra cosa, Carlos, necesitas una mujer mejor que yo.... No, no sacas nada, no hay nada que hacer, la cosa es así, no hay nada que hacer, está todo hecho.... Yo también te quiero... No te amo, no me hagas decir cosas que no dije, por favor, Carlos, por favor... Sí, sí, sí... No ahora, no así, no puedo, no...

Tan bruscamente como lo acercó, aleja el tubo de su cara redonda de adolescente recién crecida. El suave pullover blanco vuelve a llenarse de suspiros. Las rodillas se incorporan a la falda, y sus piernas y su columna vertebral se enderezan. Qué delicada y blanca, pienso, qué paciente, como un condenado a muerte que mira a su verdugo ensayar los golpes en una hoja de papel.

—Ya, se acabó —dices, sin una sombra de dolor o de arrepentimiento. Sin placer tampoco, con perfecta vocación quirúrgica. ¿Se acabó él? ¿Empezamos nosotros? No me atreví a preguntar, suspendido aún en la lavadora sobre la que me senté a mirar el espectáculo. Más que un teatro, un cuadro.

¿Qué pasa ahora? ¿Qué pasa con nosotros? Sabía que me matarías si preguntaba. Sabía que se acababa ahí si preguntaba. No pregunté y me salvé. ¿Me salvé realmente? ¿Esa era mi salvación, dejar que mis pies colgaran de la máquina de lavar, retener la respiración para no distraer el momento, desaparecer sin irme de ahí, quedarme sin quedarme hasta que las serpientes deshicieran su nudo, hasta que tu pelo volviera a brillar bajo el mandato de tu mano, hasta que tus ojos volvieran a traspasarme entero, Valentina?

Está hecho, ya mataste al niño en la cuna, terminaste con su vida, aplastaste su aliento, ahora podemos vivir nosotros, podemos respirar nosotros.

Digo, repito, pienso, giro en redondo, sin preguntar la hora ni el día. Y la bandeja del mail.

«Me gustó eso de las cartas.»

Ni una firma, ni una letra más. Algo que sin embargo puede ser una señal, ese «Me gusta» que lo complica todo.

—Eso, lo que dijo es lo que quiso decir: le gustan las cartas. Te dije, te dije, la Vale es adicta a las palabras —me aclara Tamara por teléfono—. Una carta, un mail, la misma huevada, huevón. ¿Qué escribiste exactamente? ¿Cómo que no sabes lo que dijiste? No seas mentiroso. ¿Escribiste sin pensar? Por favor, tú nunca haces nada sin pensar. Ya, no quieres saber, que no es lo mismo. Da igual. Le masajeste el ego. Es lo que más le puede gustar en el mundo a este tipo de niñitas, que escribas cosas terribles sobre ella. Siente que vive como en una novela. A todas las minas les gusta eso. A mí no, pero yo casi no soy mina para esas cosas.

—Pero ¿qué hago? ¿Qué digo ahora? —le pregunto mientras sigo mirando las pocas letras en la pantalla, como si se tratase de una cara.

—Nada. ¿Qué puedes hacer? Estás jodido. Esto no tiene final, no tiene solución. Es un callejón sin salida. Si te quiere mucho se va a enamorar más, a no ser que reviente de amor, que también es posible. Si tiene dudas, va a dudar más.

—Pero ¿qué crees tú que está haciendo? ¿Crees que duda o que me quiere?

—Las dos cosas y ninguna. No te das cuenta de lo cruel que eres. Las palabras son las huevadas más peligrosas que existen, hay que usarlas con cuentagotas, hay que saber cuándo uno está haciendo magia negra con ellas. ¿Me estás escuchando, Antonio? ¿Estás todo el día con la túnica puesta pensando distintas formas de vengarte, sufriendo al mismo tiempo? ¿Cómo vas a comprar, cómo haces tus cosas? ¿Sales a la calle con eso puesto? Pobrecito, ¿alguien te ayuda en esa casa tétrica donde debes vivir tú seguramente? No te compres un gato, por favor, eso sólo haría más siniestra tu vida de poeta abandonado. Puede ser que seas ordenado, quizás, aunque yo no creo, más bien pienso que eres un desastre controlado, como todo en tu vida. Si pudieras dejar la cagada de vez en cuando sería tan lindo. No puedes. Estás en la mitad de todo, eso es lo terrible, eso es lo querible de ti. Te da lo mismo en el fondo, estás feliz, estás orgulloso de haber llegado tan lejos en la enfermedad mental.

Igual que mi papá, eres el peor tipo de egoísta supremo, ese que siempre anda pensando en los demás. ¿Estás ahí, Antonio? ¿Me escuchas? Corta cuando quieras, hablo por hablar. No tengo nada importante que decirte, pero es difícil no quedarse hablando contigo. Es un vicio idiota. Mi papá nació en la época equivocada, habría sido feliz en la Edad Media o en el Renacimiento italiano. Se metió en el MIR a ver si lo mataban los milicos, se casó con una catalana callada que tampoco pudo odiarlo cuando le destruyó la vida. No podían odiarlo, eso es lo que lo mató al final, se llenó de alumnos que le hacían caso en todo, mi papá. Las mujeres detestan la cobardía en los hombres, pero están para eso, para enseñarles que son unos cobardes... —La escucho sin escucharla. Dejo ir su voz sin contestarle del todo, porque en el Hotmail está ese nombre, con *Roma* como subject.

Lo abro. Es largo, muy largo.

No respiro.

«Antonio. Leí todo, muchas veces. Demasiadas veces...», empiezo a leer, impaciente por absorber las letras, todas, saber todo lo que no sé, entender sin entender nada, seguir sin aliento, sin fuerza para leer ni una palabra más.

—¿Estás ahí, Antonio? ¿Me estás escuchando?

—Ella... mail... —balbuceo como un menor de edad—. Roma, está en Roma —digo y no sé bien cómo logro cortar a Tamara.

—Qué maricón eres, Antonio. Eso no se hace. ¿Qué crees tú que soy? —La ironía, la asquerosa ironía con que Tamara sufre sin sufrir, siempre, ahora de vuelta en el teléfono—. Es la peor humillación que me han hecho nunca en la vida. Me voy a vengar, vas a ver, te voy a destruir. ¿Por qué está en Roma y no en Vietnam? Verdad, que iban hacer su tour por Europa a la vuelta. Es como si fuera el último viaje de la vida. Qué provinciano, qué horriblemente chileno eso de dar la vuelta al mundo cada vez que sales de Chile. ¿Cuándo llega de vuelta? En nada. Pucha, podrías haber esperado a que volviera para tener tu discusión profunda con ella. Qué apurado, qué neurótico, si ya te habías

aguantado ocho meses... Venir a decirle la verdad verdadera ahora. No me escuchas, te da lo mismo, lee tu carta, ya, no te distraigo más, lee, sufre hartito, sigue leyendo tu pobre mail...

11

«Acabo de llegar a Roma, Antonio. Viajamos como mil horas en avión con las niñas. Nos cambiamos en tres aeropuertos. No sé cómo llegamos vivas. Maravilloso todo, aunque la verdad, me carga. La verdad es que me lo esperaba tanto que no me sorprendió. Yo no quería ir a Roma, la Fran insistió tanto que la Lourdes, que no tiene personalidad, la siguió. Yo sabía que era una trampa mortal, que no tenía que venir, que tenía que salvarme de todo este horror. Obeliscos ridículos por todas partes, ruinas sobre ruinas y más ruinas, Antonio, iglesias y más iglesias que no sé por qué se llaman basílicas, árboles más viejos que la historia misma y los grillos que parece que llevaran mil años cantando en la ventana.

»¡Un poco de sobriedad!, dan ganas de gritar a cada rato, aunque gritar sería demasiado poco sobrio. Todo es demasiado lindo en Roma, todo se pierde en la historia que no me importa porque no me la puedes explicar tú. Odio a los italianos, no sabes cómo odio a los italianos, Antonio, y tu nombre es como de italiano también, ahora que lo pienso. Tan ordinarios, tan vanidosos que son los italianos. No merecen esta ciudad, que es como un sueño dentro de una pesadilla dentro de un sueño dentro de otra pesadilla. Todo naranja y pardo, todo usado, todo gastado, todo decadente, las persianas, el polvo en todas partes. Ahora comprendo cuando me decías que Santiago era lindo. Es horrible, pero no es indecente, no es decadente, no es esta burla contra todo lo que uno cree. No sé. No entiendo lo que me pasa, Antonio, necesito fealdad

para poder respirar sin pensar en ti, sin pensar en mí, sin perderme como una estúpida en esas calles que se convierten en escaleras y después en esas asquerosas fuentes llenas de dioses en pelotas por todas partes. Todo sin aire, todo sin poder respirar...

»No hay aire aquí, Antonio, no hay aire, no se puede, no se debe, no sé si debo respirar, estoy como nadando bajo el agua todo el rato, Antonio. Qué atroz. Alojamos en un convento que nos consiguió el papá de la Fran donde se supone que alojó el Papa que te gusta a ti. ¿Juan XXIII? Las monjas son buenas personas, pero creo menos que nunca en Dios. Ya no me importa Dios. Nunca me importó mucho, pero ahora sí que me colmó la paciencia tu Dios famoso. Entro y salgo de iglesias sin saber cómo rezar. En el Panteón recién llovido quise llorar a mares y no me salió ni una sola lágrima. ¿Es buen signo eso? ¿Es pésimo? ¿Soy grande, soy tonta, Antonio? No sé. Sólo tú sabes eso... Leí toda tu carta cuatro o cinco veces. Si la leo una vez más, creo que me voy a volver loca. Quizás ya estoy loca. Eso dice la Fran, por lo menos. Sana no estoy, normal tampoco, Antonio. No duermo, no como nada, no sé cómo estoy viva. Hablo contigo todo el tiempo en mi cabeza. Y hablo como hablas tú. No sé qué quieres decir exactamente. No sé de qué quieres hablar que no sea cara a cara allá en Santiago. No sé cuál es la vergüenza que sientes, no sé qué culpa tienes. Sé que todo eso de tu cirugía es una broma tonta de la que nos vamos a reír alguna vez. Tu doctor, ¿cómo se llama, Himmler?, las enfermeras, tu cosa llena de hielo y gasas hinchadas como bulbo de un tulipán, tu necesidad de ser grosero... ¿Para qué, Antonio? ¿Para qué todo eso? ¿Qué te cuesta ser normal, vivir sin llamar la atención, qué te cuesta esperar a que esté ahí para que pueda cuidarte? Sé que no me importa nada de todo eso que crees que me importa. Pero en el fondo tienes razón. Sé de qué me hablas cuando me hablas de todas esas cosas confusas. Sé lo que quieres cuando me enumeras todo lo que no quieres que nos pase. Te odio, te quiero tanto, Anthony, te explico y te explico y no se explica nada. Estás aquí más que nunca. No sé si es bueno o no

eso. No sé si debería decirte esto que es la verdad, la única verdad... Antonio.

»¿Para qué preguntas lo que ya sabes? ¿Para qué insistes? ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué puedo decirte, Antonio? Tu mamá lo dijo todo. Está hecho, ya se hizo. Me informó, me dejó en mi lugar, no pretendo tener otro, la novia que se fue y quizás no vuelva, o si vuelve no importa. Te insulto, te odio, te llamo todo el tiempo en Roma. No estás, eso es lo que más sé, que no estás donde tienes que estar, que te espero aunque no tenga nada que esperar de ti. ¿Por qué te digo todo esto? ¿Por qué hablo callada todo el tiempo contigo? ¿Qué saco con que sepas todo lo que pienso o no pienso de ti, de mí, de Roma? ¿Por qué quieres saber todo de mí? ¿Por qué te tiene que mirar siempre todo el mundo? ¿Por qué no sabes que eres adorable sin eso que te empeñas en hacerte a ti mismo, que eres adorable sin nada, que eres lo que eres y no todo ese espectáculo en que te arrastras no sé por qué? O más bien, sí sé por qué: para que te mire, para que te vea, para que sigas existiendo para mí, pero no sabes que nunca has dejado de estar aquí, que nunca he dejado de estar allá contigo.

»Pero después pienso en cómo sufres, después te veo sufriendo y te perdono o las dos cosas al mismo tiempo, porque ¿quién soy yo para juzgarte, Antonio? ¿En qué soy mejor que tú? Perdida en esta ciudad que tiene demasiados siglos, escribiéndote en la mente cosas que no puedo decirte ni al oído, sola entre las ruinas que me dan rabia, no sé por qué. Tengo que tomar una decisión que no sé cuál es. ¿Qué tengo que hacer? Dime y lo hago. Dímelo de una vez y te lo regalo como te regalaría un brazo mío con tal de no pensar. Pero pienso, todo el rato pienso en ti y pienso en mí, pero no pienso en nosotros. No me escondo, no quiero pasar de largo de la vergüenza, porque de todo lo que hagamos o no hagamos ahora, sólo sé que quedará la vergüenza, Antonio. Quiero ser feliz, Antonio. Eso es lo único que quiero, ser feliz simplemente. No creo en nada más. Tan lindo, tan precioso, tan inútil que es todo al final, Antonio. Estás al otro lado del mundo, al otro lado de todo, eso es lo único

que sé, lo único con que cuento. Es poco, es mucho, es todo. No puedo decir nada más por el momento.

»Tenme paciencia, por favor, por favor espera, por favor...

»Hasta el infinito... (y más allá).

»Valentina.

»P. D.: Saludos a tu mamá y tus hermanas. Diles que pienso en ellas todo el tiempo también. No, mejor no les digas nada. Tienes tanta suerte de que te quieran tanto en tu casa. Tener una familia, esa es tu suerte y tu desgracia, Antonio. Esa es tu cruz, nunca vas a estar realmente solo y yo sí... Pero eso da para otra carta, con esta basta y sobra.»

12

¿Sigue conmigo o terminó? Levanto la cabeza después de leer yo también cinco veces seguidas la carta. En el fondo, no me importa lo que dice o no dice. Está ahí, escucho su voz. Mientras esté al otro lado del mundo, sé que no podrá abandonarme realmente. Cuando vi los párrafos apretados unos sobre otros supe que estaba a salvo. Nadie manda a la mierda a nadie en detalle. En Chile no, por lo menos. ¿No te parece, Tamara? ¿Qué dices, Tamara? Tú que la conoces, Tamara, dime, ¿qué piensa?

—No piensa, no alcanza a pensar nada, la pobrecita. No le dejas espacio para pensar con tu río de palabras. La tienes aplastada con tus razonamientos entre las ruinas de Roma, con el calor horrible que debe hacer allá, no le alcanza el aire para respirar, es lo único que le dejas hacer, y apenas, respirar un poco, nada más. Dice lo único que puede decir, que está abandonada en Roma sin saber cómo salir de ese horrible lugar donde la pusiste tú, huevón. No vengas con tonteras, Antonio, tú sabes, no te hagas el tonto, sabes tan bien

como yo que se fue porque tú quisiste que se fuera. Si hubieras querido retenerla la habrías tenido aquí, babeando como una niña. Por favor, con una frase, con media frase incluso. Tú la empujaste a irse. Tú no le dejaste alternativa. Por favor, Antonio, por favor, ¿qué le prometías tú a cambio de que se quedara? ¿Qué le ofrecías a la Vale a cambio de que perdiera su año mirando monos en Bangkok? ¿Casarte? ¿Eso, nada más? No me parece poco, me parece nada. Todo el mundo se casa todo el tiempo. Es lo más fácil del mundo, casarse. Casémonos mañana mismo si quieres, nos separamos en una semana si quieres. Una regia fiesta, una curadera cualquiera, mi marido, mi esposa y después tan amigos como antes. O enemigos si prefieres, da lo mismo. Una mediocridad sin fin, casarse. ¿Qué es eso, por favor? Un disparo a las nubes a ver si llueve. Casarse, es tan grande que no es nada. ¿No te das cuenta? Te está pidiendo mucho más que eso. Te está pidiendo que te lances con todo, a cien mil kilómetros por hora, te está pidiendo que te rompas la cara por ella de una vez y para siempre. Te está pidiendo que la salves de la duda maricona que le está mordiendo los huesos mientras tú te quejas porque no sabes si te ama o no. Te está llamando, te está rogando que la salves de esa duda fundamental que no puedo no empezar a nombrarte de puro gigante que es. ¿No te das cuenta? ¿Cómo alguien tan inteligente como tú no se da cuenta nunca de nada? Te está rogando que vayas allá a salvarla. Anda, huevón, anda. No seas cagado, gástate tus cagadas de ahorros. Roma es la ciudad más romántica del mundo. Así como estás, con lo puesto, vuelas, vas, te arrodillas a sus pies, le pides perdón por lo que hiciste y lo que no hiciste, da lo mismo lo que digas, lo importante es que te arrodilles, no más. La dignidad, por favor, es lo primero que tienes que perder si quieres tenerla a ella. A ella o a cualquier mujer, por favor. La dignidad está bien para Nelson Mandela. No seas tonto, los hombres de verdad no le tienen miedo a nada, y menos a perder la dignidad. Pelea, Antonio, pelea por ella, con todos los monstruos, con todos

los dioses. No eres ningún enfermo, no eres ningún inválido, levanta tu culo del sillón y anda a pelear.

Y pienso en mi túnica color salmón (no me atrevo ni siquiera a probar la turquesa) en pleno pasillo de Alitalia, las manos atadas como los primeros cristianos cuando caminaban hacia los leones del coliseo. El primer avión, por favor. No importa lo que cueste, no me importa cuándo parte ni a qué hora llega. ¿Y si me paran antes, en la frontera? ¿Si me revisan hasta los dientes por andar como un desquiciado, sin maletas, con una túnica islámica en un avión sudamericano? Esa puede ser la solución, llamarla preso desde el aeropuerto de Roma. Ahorrarnos toda explicación, toda conversación porque tiene que atestiguar por mí, salvarme de los interrogatorios de la Interpol. ¿Qué hace aquí en Roma, dónde va a alojar, quién lo invitó? ¿Quién compró su pasaje a último minuto? ¿Por cuánto tiempo pensaba quedarse sin maletas en Roma? Señor policía internacional, señor espía con el pelo muy corto que cree que habla español, ¿ustedes creen que si fuera terrorista andaría vestido con una túnica color salmón en un avión proveniente de Sudamérica? Esas cintas, esos algodones son de mi circuncisión. Mi sexo como el interruptor de una bomba que no estalla. Pegoteado a mí, ese centro de gravedad permanente, como dice Franco Battiato. ¿Conocen a Franco Battiato? Claro, por supuesto. El genio siciliano, un pedante también, un grande. La tentación de hacerme el simpático, el instinto de sobreviviente de saber muchos, demasiados datos locales, de quedar bien casi siempre.

Y salir del cuartel, agotado después de una noche sin dormir. Sin palabras, sin comentarios tú y yo como adultos que les contarán la anécdota a los nietos que ya no les importa siquiera tener. Amor, no quiero decir, no quiero pecar, no quiero mentir. No quiero que esto se parezca de ninguna manera a una comedia romántica, pero eso es todo, la adolescencia de los adultos que no es creíble ni para los adolescentes de verdad, ni para los adultos de verdad, los que tienen hijos que alimentar. Caminar con ella, caminar dentro de ella,

caminar hasta el final de ella. Recitar el mantra como quien desenreda esos nudos con que escribían los incas, para que no te pierdas, para que reconozcas tu ciudad.

Eso le voy a escribir, pienso a medianoche, y lo hago. Mientras decido qué hacer le escribo para que duerma, para que no se sienta tan infinitamente sola en Roma. Santiago sin ti, Valentina. La ciudad donde te espero, donde no hago otra cosa que esperarte desde antes de que nacieras, incluso.

13

No alcanzo a mandarle mi mail largo y sentido, mi recorrido central melancólico y divertido, cuando ella me manda otro:

«Odio París», dice el asunto.

Está en París esta mina, por suerte no compré un pasaje a Roma, como me dijo la envidiosa de la Tamara.

«¿Dónde estás, Antonio? No me escribes, no me respondes», me reta porque no había llegado a teclear la carta que llevaba días y días redactando en mi cabeza, pensando que mañana tendría tiempo, todo el tiempo que perdía jurando que mañana. «Estoy en París. Llegué hace dos días. La Feña se fue a Santiago por embarazo, urgente. El hotel es una pocilga, pero no me importa. Barrio Latino... Linda la ciudad. Asquerosamente linda París, como todo el mundo dice. Igual a París por todas partes. Las mansardas, los techos azules, las catedrales de mierda, los puentes, las gárgolas, los castaños, los organillos. ¿Qué te importa a ti todo eso? Dime algo, por favor, Antonio, para saber que escribo. ¿Por qué no me escribes? ¿Por qué me abandonas así? ¿Me odias, Antonio? ¿Estás ofendido por algo?

»Duele, duele tanto, Antonio. ¿Tiene que doler tanto todo esto? Tú no sabes,

tú no sabes ni la mitad... Tú nunca vas a saber... Esa herida que dejas de puro delicado, hijo de puta, esa herida que eres, esa que soy. Me estoy friendo en un chorro de aceite en tu sartén infinito. Qué atroz. Es una tortura china la que inventaste para mí, ¿por qué eres tan cruel, Antonio? ¿Estás ahí, estoy hablándole a la pared? ¿Estás aquí, Antonio? No te veo, estás en todas partes, no estás en ninguna. Me desespero, te espero, te necesito, Antonio. No sé por qué, no sé para qué pero te necesito tanto, Antonio. París, qué mierda es París, qué mentira, qué lindo es todo...

»Te quiere, te odia...

»¿Tu? Valentina.»

—Lo lograste, la volviste loca, le cagaste la cabeza, felicitaciones. —Se ríe Tamara al otro lado del teléfono—. Está viviendo de tus palabras, la tienes comiendo de tu mano, no puede ni mirar la torre Eiffel por miedo a caerse. Qué poder horrible tienes, Tony. ¿Te puedo decir Tony? No te gusta. Perdona. Deja esperando. Goza mientras tanto. Aprovecha, eso se da una sola vez en la vida. No mientas, por favor, tú no estás nada desesperado, huevón. Tú quieres estar desesperado pero no estás nada desesperado. ¿Pensar en ella, qué más vas a hacer en Santiago? No la estás dejando ver París, el viaje de su vida se lo estás cagando. Te pusiste entre ella y su vida y ahora no puede ni respirar por tu culpa. La dejaste sin la dosis después de acostumbrarla a la droga, la tienes rascándose como una enferma mental. ¿No te da pena? Tú la quieres, no seas maricón, no puedes dejar la cosa así. No la puedes dejar así todo el tiempo. Es mi amiga, yo igual la quiero. Empieza por escribirle. No la puedes dejar colgando en París como un estropajo humano por puro capricho tuyo.

—¿Qué le digo? ¿Cómo empiezo?

—Por el comienzo. ¿Por dónde más vas a empezar?

Es que no hay comienzo, Tamara, esa es la gracia y la desgracia de todo esto, que no hay comienzo. No hay nada malo, nada que reprocharle, nada. Un puro rasguñón en el vidrio. Nada grave se dijo, nada grave se hizo todavía,

Valentina. Todo queda por hacer. Todo mi amor, mi desconcierto, mi odio, mi horror, mi pasión, aquí esperándote en Santiago, Vale. Todo y más. No estás aquí, Valentina, porque aquí yo estoy demasiado, porque te exijo los ojos y el olfato, todos los dedos y el pecho abierto en cuatro, como esos herejes que amarraban los pies y las manos de un delincuente a un caballo hasta que este corría y lo dejaba destrozado.

Te gustaba contar cómo dejaste de ser rubia por voluntad propia, sin tintura ni peinado alguno, con el puro poder de tu mente. Te gustaba contar que en la Universidad Católica eras la más rubia de todos los que usaban sus cupones de beca de alimentos. Te gustaba ser la arruinada entre tus primos ricos, arruinados ellos también, pero capaces de disimularlo tan bien. Te gustaba atravesar los dos mundos, como un pez dorado en un acuario. No eres más que tu cuerpo o la pregunta por tu cuerpo, Valentina. Tu cuerpo en el salón ajeno que me pertenecía más que nunca. Así fumaría yo si fuera mujer. Así subiría mis medias debajo de mi abrigo si fuera mujer, así jugaría a ser pecadora, cortesana, así escondería mi cuello en el impermeable antes de la brisa helada, así lo hago porque soy mujer a través tuyo, abrazado a ti ahora que sé más que nunca que no estás, Valentina...

Qué terrible, sólo sé cómo hablarte cuando no te veo, Valentina, sólo avanzo paso a paso como si guiara a una hermana ciega o como si fuera mi deber sanarte de una amnesia, contarte todo lo que fue tu vida, para que de a poco vuelvan los nombres, las direcciones y los lugares y me agradezcas para siempre haberte devuelto todo eso tan despacio, tan delicadamente, todo tan claro y tan difuso, tan todo y tan nada.

Y la Universidad de Chile con carteles y rayados, tatuada su piel amarilla, perpetuamente tomada. Y la calle Serrano y la calle Arturo Prat, y unos negocios sin nombre de flores de Bach, alfombras, sushis, botones, Overlock, revalidadoras de títulos, fotos de carné, pasaporte y otros trámites. Secretarias que esperan fumando su turno para la entrevista de trabajo, el encargado

trapeando el suelo con agua, su cotona azul, unos haitianos mirando sorprendidos los porotos verdes congelados que caen de un sándwich de la vitrina de la fuente de soda El Mordiscón 2. Y el beso de los adolescentes en el Paseo Ahumada, frente a una armería llena de fusiles y cañas de pescar. Los observo sin esconderme, los vigilo como si eso esperaran ellos: un inspector de colegio que, en vez de castigarlos, sólo los mirase. El jumper de escolar a la altura de los calzones y ella que trata infructuosamente de bajar y subir al mismo tiempo. Cecilia, Rosa, Luisa, Celia, Ximena, Jéssica, Ámbar y Ricardo, Lucho, Rodrigo, Christian, Iker, John, Julián, los repitentes, la mamá que en el fondo es la abuela y a la que se le caen las manos artríticas. Sus casas, sus televisores en el altar, sus pedazos de tapiz de feria artesanal en la pared, sus bicicletas, espiral de tiempo sin espacio, todo como un ciclón, todo como un rayo de luz directo a la cara.

Estarías orgullosa de mí, Valentina, aunque sé también que me retarías por cagarles la vida a esos jóvenes que no tienen la culpa de ser jóvenes. Pero sí tienen la culpa, la asquerosa culpa de ser jóvenes, la asquerosa y total culpa de ser jóvenes ellos y yo ya no, de no haberlo sido yo nunca, porque a su edad ya era un viudo de mí mismo, porque a su edad era el mismo vigilante que se quedaba mirando como quien mira la metamorfosis de un caracol la ciudad donde te espero. Porque los años sólo me dieron el permiso para hacerlo sin que sea pecado, sólo me dieron la autoridad de ser un profesor, un viejo que todavía parece joven, una cámara que denuncia lo que no ves. Estoy donde me dejaste cuando te fuiste, inválido y todopoderoso, eso soy, una lagartija que se esconde para cambiar de piel. Me confundo, no avanzo, no digo más que palabras grandes, inmensas, para no decir el miedo que sé, tus palabras como gotas en medio de la lluvia, Roma, París, ¿Londres ahora, Praga después? Da lo mismo, la verdad está en Santiago, donde me basta saber que existo para ti. Sé eso, que te tengo más que nunca porque te tengo menos, porque no tengo el deber de saber qué haré contigo después de tenerte en mis brazos, porque no

tengo por qué avanzar o retroceder. Déjate ir, Valentina, no te angusties, no pienses tanto, todos me lo dicen a mí.

¿Dejarme ir hacia dónde? Aquí, Valentina, aquí mismo. Somos felices, es cierto, nos queremos, nos entendemos, pero lo hacemos sobre un muerto que matamos los dos — le escribo, le explico—. Sé que debí avisarte de la tontera esa de la operación, sé que era algo que debíamos hacer los dos juntos, pero no estabas y tuve que cortar el cordón umbilical, dejar que se secase desinfectado con alcohol, para que se cayese solo. Lo que era nuestro, lo que era yo, esa carne transparente de puro amarilla, ese vestigio de piel que ya no le sirve a nadie, se fue. Eso no explica nada. O eso explica todo al revés. No estabas y tenía miedo de que no volvieras nunca. No podía posponer más tiempo la operación. Miedo y ganas también, porque no tengo fuerzas para la pelea que hay que dar contra tu juventud, contra mi vejez, contra el tiempo que nos cerca. Tenemos que ser felices, Valentina, y eso es un deber y una condena. Felices, felices, juntos o separados, tenemos que ser felices hasta reventar. No hay tiempo, Valentina. No hay tiempo. Eso es lo que repito todo el tiempo, aunque no sea verdad.

Me hice esta herida por los dos. Mi pene pasó de ser barroco al Bauhaus sólo para que dependiera de mí y sólo de mí su resfrío, su pereza, su vocación de minúsculo paquidermo. Te quité eso también. Sé que no tiene nada de grave ni de importante, pero sé también que es lo más grave que tengo que reprocharme ahora. Sé, y eso es lo peor, que no tengo que explicártelo ni siquiera. Somos cómplices en el crimen, por eso todo sale tan perfecto, por eso nos entendemos con una sola mirada. Pero el cadáver sigue respirando debajo del parqué. Sigue la muerte ahí abajo, respirando todo el aire que no respiramos. Tenemos que enterrar a ese muerto si queremos ser felices cuando seamos viejos. ¿Por qué ese deseo tan intenso de ser viejos juntos sin antes ser adultos o jóvenes o novios o casados o padres? ¿Por qué nos amamos jubilados? Todo ese invierno mirando los cables negros desde la ventana de tu

pieza. Y los pájaros también negros que se posan sobre ellos, y la montaña demasiado blanca detrás y lo vírgenes que fuimos en Valparaíso, y la gente que nos vio besarnos, y la vergüenza que jugábamos a no sentir, y el restorán chino en que nos protegimos del frío y la lluvia, y el profundo olor a puta, y el travesti que nos sirvió el menú para dos. ¿Qué quieres decir?, me preguntas desesperadamente desde distintas capitales del mundo. Quiero decir lo que digo, o sea nada claro, nada limpio. O sea yo, eso te digo. No tengo otro idioma. Sé que voy a decir cosas que no quiero decirte. Si soy más preciso, voy a ser menos preciso. Hay algo que no quiero decir pero que se dice solo. Hay algo que no puedo dejar de decir pero que sería mentira también decirlo. Te devuelvo la promesa de adorarte, como dice la canción. Te voy a adorar siempre, pero eso no importa. No te puedo culpar de nada, no puedo pedirte más cosas que las que ya me diste, no tengo más palabras. Habla tú ahora.

14

Un silencio en el computador. Un suspenso en que no sé qué le escribí, qué le exigí, qué le pedí. Y de pronto otro mail.

«Sigo en Paris, dejé los pies en la calle, no puedo más. Tienes razón, tanta razón en todo lo que dices...», leo asustado.

«Mañana... Ahora no puedo, ahora no se puede. Mañana es mejor para ti, es mejor para mí: mañana.

»V.»

¿Razón en qué? ¿Razón por qué? ¿Qué tendría que decir ella? ¿Qué le dije yo, en el fondo? ¿Qué le pedí exactamente? ¿Qué hora es allá? Las siete de la mañana. ¿Qué hace despierta a esa hora? Lo puede haber escrito antes. ¿A qué hora lo mandó? Todas las horas están confundidas en mi computador. Es la una

allá. Está almorzando. Cuando dice mañana son las dos de la madrugada aquí. No sé calcular esas cosas. Mañana puede ser cualquier día menos hoy.

—Estamos aquí —dice mi hermana Constanza en el teléfono celular. ¿Aquí dónde?—. Mira la ventana —precisa. Me levanto. En el auto de mi hermana, mi mamá hace señas con tímida coquetería.

—Degenerado —sigue mi hermana, parada delante del auto, en actitud de videoclip—. Tienes a todo el mundo preocupado por tu pene. Eso es lo que querías, eso es lo que buscabas, que todos viviéramos obsesionados con tus partes íntimas. La mamá está desesperada, no habla más que de eso, todo el santo día. Ya pues, no seas maricón, baja. Vamos a Lolol, a un asado. Un lugar precioso. Van a estar puros amigos tuyos. La Isabel trajo unas amigas lindas. Puedes no hacer nada si quieres, puedes acostarte en un sillón pero tienes que salir de esa casa. Mira el cielo, mira el día. Es la primavera, no seas huevón, no te quedes encerrado en esa casa. Te va a hacer bien respirar aire libre. Ya pues, Antonio, baja, no seas huevón.

No alcanzo a responder cuando mi madre toma el teléfono de un manotazo.

—Te quiero mucho, mi amor, haz lo que quieras, si quieres vienes con nosotras, si quieres te quedas, pero tienes que saber que te quiero mucho. ¿Estás bien, mi amor? Se te ve sano en la ventana. Cómo te quiero. Soy una tonta por quererte tanto. Soy la tonta más tonta del mundo. Vieras cómo me retan tus hermanas todo el tiempo. Tienen razón, yo no sé hacer nada bien, sólo hacerlos a ustedes. Tengo una enfermera para ti. La contraté ya, la paga Fernando, no te preocupes, es un amor. Mona, un poco regordeta pero linda, te va a encantar. Pucha que me gusta hablar contigo. Pucha, qué rico verte.

Y hace morisquetas hacia mi ventana, donde me mantengo derecho, saludando de vuelta, feliz de verla, aliviado de que existan al otro lado de la calle mi hermana, mi mamá, la primavera, el asado en Lolol en que seguro sería feliz, porque no puedo ser más infeliz que encerrado en esta pieza esperando que un mail caiga en la bandeja de entrada.

—No tienes que venir si no quieres —comprende mi mamá con sólo verme —. Eres grande, no tengo por qué decirte lo que tienes que hacer y lo que no tienes que hacer. Pero no te castigues, mi amor. No hiciste nada malo. No tienes la culpa de nada de eso. Eres tan terriblemente inocente, mi amor. Quieres como hay que querer, el problema es que nadie más quiere así. No tienes la culpa. Sal, por favor, sal a la calle por lo menos, anda al cine, al parque, al teatro. Toma aire, mi amor, no te quedes encerrado en esa casa todo el día, por favor. Hazme ese único favor... —alcanza a decir antes de que, con otro manotazo, Constanza recupere su teléfono.

—¿Vas a venir sí o no? —se desespera mi hermana. Todo mi cuerpo quiere ir, pero siento que si fuera decepcionaría a mi madre. ¿Te quedas entonces? Cosa tuya. Te lo pierdes. —Suben al auto las dos, dejándome aliviado no sé por qué. Libre, limpio, solo, responsable de mi encierro. Mañana en París es en ocho horas. Mañana es una eternidad de silencio que aguantar. Busco una salida. El computador, la cama deshecha, el aire que he respirado mil veces. Obedezco a mi mamá y salgo al cine. Mi túnica aleja a los paseantes. Libre, porque cuando todos te miran puedes dejar de mirarte, de existir incluso. Camino más rápido que todos hacia el mall donde instalaron el cine. No pensar, no pensar, me ordeno mientras decido que voy a ver cualquier película, la que sea, la primera que den a esta hora.

—¿Qué hora es? —le pregunto a la mujer de la taquilla cuando me toca el turno.

—Las 15:40. —Era la mañana hace un minuto y medio. No comí nada, con razón esa sensación de desmayo inminente.

—¿Qué película dan a esta hora?

—*Los Vigilantes 4*. Es de superhéroes. Hay una de vampiros adolescentes también. Y *Cerditos al rescate* a las 16:05. ¿Cómo algo normal? ¿Comedia, quiere decir?

—Eso, comedia —digo.

—Hay una, pero ya empezó, como hace diez minutos. Sala 5. —La completa oscuridad que había olvidado, la pantalla gigante donde una novia a la que plantaron en el altar llora a moco tendido ante unas amigas que le regalan y regalan pañuelos desechables. Tendría que instalarme detrás para ver bien, pero no quiero ver mejor. Me gusta que sean gigantes los gigantes, el traje blanco, el velo, el amarillo de fondo, el celeste del cielo. Me siento en el suelo delante de la primera fila a ver las luces desenfocadas sobre mi cabeza. Las voces en inglés rebotan también, lloran, ríen, se mueven entre los autos, las calles, las flores de nuevo. Trato como puedo de no acostumbrarme a las caras, a los paisajes, a no mirar como si fuera una película que pudiera seguir, que quisiera seguir, como un beduino que no ha ido al cine nunca, asustado y fascinado por eso que no tiene ningún sentido pero que lo mantiene sentado en la oscuridad. No puedo evitarlo. Hay una pareja que corre. Hay una mujer que le dice de pronto toda la verdad a un hombre, que se queda sin palabras. Hay un clóset lleno de ropa donde la mujer llora y se ríe con su amigo negro y gay. Hay una lluvia tropical donde se encuentran y él también encuentra las palabras que no sabe decir. Movimientos de luces, tazas de mi tamaño y vasos con hielo, flores, vidrios y un beso en que ella salta sobre él.

La música y los títulos que pasan sobre mi cuerpo, como si yo fuese el titiritero de esos muñecos sin forma ni materia. Hasta que de repente me levanto y me voy. No me espera nadie, ni espero a nadie. Soy libre. Eso es la libertad, no esperar a nadie, pero sobre todo que nadie me espere. Hay viento en la calle. Mi túnica trata de levantarse. La domestico con mis manos. Soy una señora cualquiera luchando para que no se le vean los calzones. Me río solo. Siento que los otros alrededor mío también se ríen. Llego a mi casa sin pensarlo. Subo las escaleras convencido completamente de mi papel de señora en su vestido de todos los días.

En el computador, quince mensajes que paso de largo hasta encontrar el tuyo. Asunto: *Verdad*. Y después, muchos párrafos largos, interminables

párrafos hasta la firma como un cuchillazo que no entiendo del todo pero que me obliga, estrellado, a sentarme para descifrar lo que sigue.

15

«Pensé, Antonio. Pucha que pensé. Pensé y pensé, pucha que pensé...

»Me quedé pensando todos estos días. Todo el día, la noche...

»Tienes razón, como siempre tienes toda la razón, Antonio...

»Algo se rompió, algo se quebró para siempre, agotamos nuestra suerte, parece. Fue bello, es bello todavía, pero no es verdad, mi amor. Amor de lejos, amor de pendejos, como dice el papá de la Fran. Yo me fui, tú te quedaste. Esa es la verdad, la única verdad. No dijimos nada, pero estaba todo dicho. Tú tuviste la valentía de escribirlo en voz alta en tu carta. Yo no me habría atrevido ni a pensarlo. Te debo eso también, yo me habría arrastrado mil años contigo, yo habría seguido por siglos igual. Yo quería el milagro de ser tuya sin pagar ningún precio. Pero eso no se puede ni se debe porque no es justo ni contigo ni conmigo ni con nadie. Quería todo el amor y nada de la pena. Quería todo para mí sin darte nada más que mi temblor. Yo quería no tener más el miedo de estar sola. Pero sin ese miedo nada tiene sentido, sin ese miedo sólo queda el terror de arrastrarte a una vida que no quieres, que no puedes vivir. Tengo que ser valiente, tienes razón. Te debo eso, nos debemos eso, mi amor, ser valientes antes de no ser nada.

»No quiero jugar contigo, no quiero hacerte más daño del que ya te hice. No quiero mentiras, no quiero engaños, Antonio. No quiero ese sabor a cenizas en la boca todo el día. Te quiero demasiado para eso. Te quiero demasiado, ese es el problema, te quiero demasiado para tener que dejar de respetarte. Todo es tan perfecto, tan horriblemente perfecto que no nos podemos resignar con

menos, tienes razón, tanta razón que me espanta. Tenemos que salvar eso que tenemos. Con todas mis fuerzas quiero que seas feliz, Antonio. Feliz para siempre. Es lo único que me importa ahora, que seas feliz. De una vez, como tú con tu piel, cortar por lo sano. Es lo mejor. Lo pensé de todas las maneras posibles, le di mil vueltas y lo mejor es que todo quede hasta aquí, creo.

»Te odio, me cagaste el viaje. Me cagaste la vida. Me hiciste feliz, muy feliz hasta donde la felicidad fue posible, Antonio, y me cagaste. Me lo merezco. No puedo pedirte más, no puedo hacerte perder más tiempo. Tu olor, tu risa de niño. Te adoro, te quiero, pero no de esa forma...

»No puedo escribir más, me duelen los dedos, el cuello y la espalda al mismo tiempo. Quiero llorar y no puedo porque sé que a diez mil kilómetros me verías, que a diez mil kilómetros me consolarías y todo esto quedaría en nada. No quiero eso, mi dulce amor, mi pobre amor, mi gran amor. De una vez, de golpe es más limpio, así, lejos, sin mirarnos a los ojos, yo en París, que es la ciudad más triste del mundo por tu culpa.

»No te olvido, no me olvides. O sabes qué, mejor olvídate. Olvida todo y después acuérdate de todo. Fue lindo mientras duró. Eres todo. No soy nadie.

»Tu amiga para siempre,

»Valentina.»

Amiga para siempre... ¿Eso es, así es el fin? ¿Es el fin? ¿Terminamos?, me pregunté aliviado, feliz, vacío, desocupado en todos los sentidos del término, desempleado y vaciado, como si una tribu de parásitos me dejara, como si hubiese terminado de una vez la construcción de un satélite espacial o una gran represa yo solo sin tener a nadie a quien abrazar para felicitar me. ¡Terminé! Aunque no sea casi nada lo que terminé, terminé igual. Solo y entero, solo y vacío, terminé. Lo dije por decir. Lo dije por probar. Me vengaba, simplemente, Valentina, no sabía lo que hacía, pero lo sabía perfectamente, eso es lo peor, sonrió triunfante. ¿Qué hago ahora? ¿Qué hago? Horas y semanas, meses vacíos, hundidos bajo el océano. ¿Eso le pedí yo, que se

fuera, que me dejara? ¿Cuándo lo hice? ¿Cómo? ¿Qué palabras dije exactamente? Es tan raro que alguien me haga caso. Es tan raro que alguien me haga caso. Tan raro que alguien haga lo que yo digo que haga. Es un triunfo, me sonrojo. No me cabe el corazón en el pecho. Eso es lo que siento y no debería sentir, una sonrojante sensación de poder que sólo le puedo comentar susurrando a Tamara, que se demora interminablemente en contestar.

—Aló. ¿Te desperté? Perdona —le digo, le ruego más bien, en voz muy baja, aunque es temprano para tanto cuidado.

—¿Aló? ¿Quién es? Antonio, claro, ¿quién más va a ser? Hola. ¿Qué tal? —dice, con voz ausente.

¿Para qué la llamo? ¿Qué quiero yo con ella? ¿Celebrar, llorar, lamentarme, triunfar? Se lo digo todo, apurado. Le cuento, salpicando toda la saliva del mundo, mi mail, su mail, París, la película que vi sin ver, la caminata entre risas con túnica, el asado al que no fui, el fin, el final, el término, ¿qué hago? ¿Qué digo? ¿Qué sigue, Tamara? ¿Qué pasa ahora? ¿Qué puedo hacer? ¿Por qué no dices nada? Ya pues, contesta algo, Tamara. Ya pues, dime algo.

—Perdona, estoy completamente volada, me comí una galleta de marihuana que me regaló el Pelluco. No me estaba haciendo efecto y cometí el error de comerme otra. Y ahora me están haciendo efecto las dos al mismo tiempo. Veo todo borroso, no sé cómo soy capaz de hablarte. Estoy completamente en otra, pienso todo al revés, no me puedo concentrar, lo que te voy a decir no te va a servir para nada.

—No te preocupes, da lo mismo. Duerme, toma harta agua. Hablamos después.

—No, no. Habla si quieres, no te preocupes. Puedo escuchar, lo que no puedo es hablar. Mejor para ti. Habla solo, no te preocupes. Me gusta tu voz, me hace bien escucharte, se escucha como adentro mío, tengo menos frío cuando te oigo hablar. Es linda tu voz, ¿te lo habían dicho? Tú la usas mal, no

sabes usarla, pero es linda. Habla no más, habla por favor, Antonio. Deja que me recueste un poco en el sillón y habla, por fa, habla.

—No te preocupes, da lo mismo, chao, chao. Otro día, después. —Y me quedo complacido del silencio al otro lado del teléfono y del mundo.

CUATRO

Vivo con mi mamá. Tengo treinta y tres años y vivo con mi mamá. Despierto en la misma pieza, en el tercer piso, la misma cama pegada al suelo, casi japonesa, casi monacal, donde cumplí quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho años. En la misma pieza de donde me fui a los veinticinco, virgen y casto, solo y puro como un samurái antes de la batalla. Hace nada, ayer mismo, hace diez siglos.

—Por favor, por favor, no seas ridículo, mi amor, tanto drama, tanta tragedia, está lleno de gente que vive con su mamá y qué.

¿Cuánto tiempo, mamá, cuánto más tengo que aguantar esto? ¿Qué hice mal, qué hice bien, por qué tengo derecho a esa bendición terrible, a esta maldición sin cara que tiene cara, tu cara, mi cara, mamá? Como si hubiese reprobado un ramo que olvidé en el colegio. Como si nada de lo que viví contigo y contra Valentina fuera verdad, como si hubiese soñado el espectro mismo de mi vida adulta, mi departamento, mi barrio, mis amigos, mis preocupaciones de antes. Tirado sobre mi sombra, aplastado sobre mis huesos soy el mismo que cuando no era nadie, que cuando no era tuyo. Soy el mismo y no me reconozco. Vivo sin escuchar el sonido de las cosas, una semana, un mes, no sé medir el tiempo, mamá. Veo todo en diagonal. La escarcha sobre mi cara en la mañana. Escucho a los pájaros gritar sobre la copa de los árboles desnudos, quince años de lo mismo, exactamente iguales. Eso no es canto. No sé quién fue el imbécil que inventó que los pájaros cantaban. Se espantan, delimitan territorios, terribles pájaros de mierda, pienso sin pensar en nada, escuchándolos por horas y horas. Espero que no suene el teléfono, pero me

ofende que no me llamen. No va a cambiar nada nunca más, pienso, estoy condenado pero no he hecho nada malo. Eso es lo que me condena, no hacer nada malo, mamá. ¿No te da miedo que me vuelva un viejo solterón como el tío Julián? El amor es como un músculo, si uno no lo utiliza se atrofia. Yo creo que no podría darme el trabajo de seducir a nadie ahora. ¿No te da miedo que no pueda salir de esta casa más que en un ataúd? Tengo miedo de ser demasiado bueno por miedo, puro miedo incluso cuando sabía que no había condena, cuando sabía que estaba salvado, miedo por costumbre, por flojera, miedo por pura coquetería, eso no se perdona, tener miedo por pura frivolidad.

—Piénsalo desde el punto vista práctico, con lo que gastábamos en teléfono sale más barato que estés aquí a que sigas en tu departamento, Toñito. Estás solo, estoy sola, nos podemos acompañar por un tiempo ¿Qué tiene de malo? Un tiempo nada más, todo dura un tiempo en la vida. Soy vieja, hazme caso. Es normal todo esto. Es lo más normal del mundo. Vacaciones, reflexión, pausa, estás tomando vuelo como los atletas, estás dándote fuerza para saltar mejor. Tómallo como una etapa en el proceso de la vida. No digas tonteras, mi amor. Por supuesto que te vas a casar. Está lleno de mujeres preciosas que matarían por casarse contigo. Te vas a casar y vas a tener unos hijos preciosos que yo voy a cuidar como si fueran mis hijos. Mejor que mis hijos, porque con ellos no voy a hacer todas las tonteras que hice con ustedes. Vas a tener hijos, Antonio, y casa, y una mujer preciosa que te va a querer a ti y sólo a ti, como mereces que te quieran. Si te hace feliz eso, claro, no estás obligado a nada si no quieres. Nadie está obligando a nadie. Yo lo único que quiero es que seas feliz en la vida, con quien sea, como sea, me da lo mismo, sólo me importa que seas feliz, mi amor.

Pero ¿qué es eso, mamá? ¿Qué significa precisamente ser feliz? ¿Serías feliz, mamá, si anduviera de delincuente común, si me pegara en la cabeza con un martillo todo el día, si me hiciera monje cartujo, si me arrancara los

testículos con los dientes, si me hiciera fascista italiano, si fundara una secta y anduviera persiguiendo naves espaciales? Si te dijera que todo eso me hace feliz, ¿te haría feliz a ti también? Di la verdad, no mientas. ¿Serías feliz, mamá, si yo fuera un pobre pelotudo que cree que puede ser feliz de cualquier manera?

Ser feliz a cualquier precio, ser feliz con cualquier cosa. ¿Y después? ¿Y qué más? Ser feliz, yo no necesito eso, mamá. O más bien necesito una forma especial de ser feliz. Una fórmula clara y precisa de felicidad, no una idea general, no la fe ciega en una felicidad vaga en la que podría perderme entero como un astronauta separado del cordón umbilical que lo une a la nave especial que intenta reparar. Abierto entero, de brazos y piernas, pobre feliz que se desintegra en el universo. Yo necesito saber cómo se hace para ser feliz, mamá. Feliz para ti, no para mí. Feliz para hacerte feliz a ti y la Constanza y la Isabel. Feliz para esta familia, feliz según nuestras reglas del juego. Si me dices cómo, si me dices dónde tengo que inscribirme, si me dices qué tengo que hacer, lo hago.

—Vive, mi amor, eso quiero decir. Vive salvajemente, mi amor. Vive sin pedir permiso, es lo único que te pido.

¿Qué es eso, salvajemente? ¿Qué es eso, sin permiso? Frases, mar de frases que parecen sinceras, pero que no son nada.

—Tú no entiendes —suspira con el peso de su cuerpo—, tener hijos, tener una casa, tener una vida estable son cosas que no se pueden hacer estando sobria. Son cosas que no se pueden hacer con los ojos abiertos, sabiendo lo que estás haciendo. Saber te aplasta, tener demasiadas cosas claras te termina por ahogar. Hay que hacerse la tonta, hay que marearse lo suficiente si no quieres que te aplaste el vacío. Esas cosas no se pueden hacer con la cabeza buena y sana. Esa es la peor locura de todas, querer hacer todo eso con cordura. Yo me hice la tonta de todas las maneras posibles para no ver lo que estaba haciendo. A ti te puede parecer complicado todo lo que hice con tu

papá, tú puedes pensar que te quité el derecho a tener un papá como la gente, pero no podía despertar todos los días con un señor con mal aliento al lado. No podía andar diciéndole que sus tonteras eran inteligentes, que sus gracias eran graciosas. Tú sabes, mi amor, yo no sé mentir, ese es mi problema en la vida, nunca he sabido mentir. La vida es tan larga pero se pasa de un pestañazo, como si nada. Estás riéndote en un balcón de los peces de colores y de repente eres una vieja de mierda que nadie soporta. Pero no eres vieja entera, ese es el problema, sigues siendo más joven de lo que se supone. Te miras al espejo y no te reconoces. Te reconoces después y te da miedo. Vives por partes. No te pones de acuerdo con tu cuerpo, tienes veinte años en un brazo y setenta en la nuca, quince años en las piernas, la espalda toda molida por hacer pilates con puras cabras chicas. Al final es terrible que todo se apague contigo, que cuando cierres los ojos se quede el universo a oscuras, mi amor, eso no es soportable, eso no lo puedes aguantar pero lo aguantas, aguantas todo, es lo peor. Con tal de seguir viviendo aceptas todas las humillaciones de la vida. Sigues sola, porque ¿a quién le explicas todo eso? ¿A quién le dices que eres tú la que mueve el universo? Las otras viejas son tan patéticas como yo. La vida no tiene sentido para nadie pero sin la idea de que tiene sentido nos da demasiado miedo el resto, que es morir. ¿Para quién, para qué morir si puedes seguir viva? Mírame a los ojos, Antonio, no te escapes, mírame a los ojos. No es bueno que un hombre ande solo, dice la Biblia. No es natural, no es bueno, no es sano. Tienes que tener hijos, hijos de verdad, nietos de verdad, cuñados de verdad, tienes que odiar tu vida incluso, tienes que cagarte la vida, pero que no sea sólo tu vida. Tienes que dejar el templo, desperdiciarte, repartirte. Si no hay olvido, no hay perdón que valga, mi amor...

Pero ¿cómo puedo vivir, mamá, sin ese chaperón de mí mismo que es mi propia sombra, esa sombra que inventaste tú para que no me perdiera, sin ese dios personal con el que negocio cada inversión de capital, cada acción

vendida o comprada, cada riesgo, por mínimo que sea? Y quedarme así parado en una plaza sobre la médula de mis piernas, sobre la carne de mi carne, sobre mis huesos que resisten el viento. ¿Cómo admitir que no hay excusa, que no hay salida, que mi vida es mi vida no más, que se acaba cuando se acaba, que mi amor, si existe mi amor, es sólo mi amor y también se acaba cuando se acaba? ¿Cómo se puede vivir, mamá, sabiendo eso, solamente eso, que las cosas se acaban cuando se acaban? Y después está sólo el miedo de preguntar ¿qué más? Nada más y nada menos. Eso mismo, eso. Vivir sin esperanza, pero esperando, eso es lo que me pides, mamá. Como Abraham sacrificando a su hijo o, antes, el mismo Abraham saliendo de su tribu en Irak hacia la nada o viendo a su mujer reír cuando el ángel le anuncia que parirá un pueblo entero, infinito como la arena del mar. Y después sacrificar a su hijo y después salvarlo por culpa de la promesa de una voz, la visita de unos extraños, el estúpido milagro de no tener nada y pensar que por eso mismo mereces todo.

Crear, eso es lo que me pides. ¿En quién? ¿En qué puedo creer? ¿Con quién, dónde? No es tan simple, mamá.

—Pobre Antonio, te quiero, te entiendo tanto, mi niño precioso. ¿No te das cuenta? No estás enfermo, pero lo tuyo es una enfermedad igual. Estás herido, Antonio, ¿cómo no te das cuenta? Esa túnica con la que te disfrazas, esas cartas que inventas de la nada para complicar lo que es demasiado simple. O esta niña, que te atormenta de puro tierno que eres. Yo sé que no es grave pero es una operación igual, una operación de la que tienes que recuperarte. Te entiendo tanto, una parte de ti se fue, no eres el mismo de antes. Debes admitir eso primero que nada, tienes una herida que cicatrizar, una herida que limpiar, tienes que partir de ahí si quieres salvarte. Date ese permiso, licencia médica, mi amor. No tienes que ser perfecto ni fuerte, descansa, mi amor. Pobre amor, pobrecito, tu cosa toda machucada por ese doctor alemán, son muchas heridas juntas. Es una operación, después de todo. ¿Qué te dice el doctor?

—Está bien, compadre. Buena evolución —analiza el doctor Wagner sin entusiasmo mi pene disminuido y tímido bajo lo que queda de su bozal de plástico, pobre roedor que no quiere que nadie lo despierte, que no me había atrevido en todas estas semanas a mirar, como si hubiese logrado realmente el milagro de no tener sexo, de habérmelo borrado como se lo borraban al modelo masculino las estudiantes monjiles del curso de dibujo en que mi mamá me inscribió a los dieciséis años para que conociera gente con sensibilidad artística—. ¿Fiebre? ¿Mareo? ¿Insomnio? ¿Más que de costumbre? ¿Ánimo? ¿El trabajo? ¿La familia? El amor. ¿Qué tal el amor, campeón? ¿Volvió la novia? Qué le puedo decir, compadre. La lucha. El amor, pucha, el amor, qué puedo decir, si se pudiera operar de eso los doctores pasaríamos operando todo el rato. Belinda —mucho más vieja y ajada de lo que recordaba—, ya, al tiro, no tenemos todo el día, vamos sacando los puntos.

Y Belinda, con cierto asco, toma entre sus dedos el filamento que mantiene a mi pene castigado.

—¿Sin anestesia? —exclamo.

—Tenemos un gel para dormir un poco la zona si te duele demasiado, pero no debería doler en todo caso. No duele, se siente no más. Ya compadre, el futuro es de los valientes. Ahí, Belinda, ahí se te escapa un punto. —Y encuentra otro hilo que desteje de a poco, muy de a poco, obligándome a gemir, a suspirar, no exactamente de dolor pero sí de escalofríos, miedo, respiración retenida que une todas las vértebras de mi columna en un solo punto de interrogación y exclamación junto—. El amor, el amor es complicado, compadre. Yo era un romántico viajero también. Qué manera de sufrir. Las mujeres no saben lo que quieren. A los hombres parece que nos pasa al revés. Sabemos lo que queremos, pero parece que no es lo mismo que ellas. No sé, estoy casado, ya todo eso se me olvidó. Tengo puras hijas

mujeres. Maravillosas, pero un infierno... Ya va a volver, ya va a volver. No te preocupes, las mujeres son como los asesinos, vuelven siempre al lugar del crimen. Mira cómo te lo dejé. Mira lo lindo que está quedando, una obra de arte. Ahora ahí, Belinda. Ya pues, no estés exagerando, compadre. Póngale un poco de gel a este campeón. ¿Y qué estaba haciendo su novia en China, si no es mucha indiscreción? Indochina, China, es la misma huevada, son chinos al final, ¿o no? Charly, como dicen en las películas gringas. Malditos Charly, vas a ver. —Y hace la mímica de exterminar con una metralleta a los enemigos hasta que ve que mi palidez no lo sigue en el chiste—. Conocer el mundo, claro, conocer el mundo, todo el mundo quiere conocer el mundo pero nadie quiere conocer su país. Con lo lindo que es Chile. Yo me fui a Palena dos años cuando estaba en la universidad. Chiloé continental, más al sur todavía, Chaitén, ¿te ubicas? Al sur del sur, lejos de toda civilización humana. Sin gasa, sin un parche curita, operando a puro cuchillo de cocina, cauterizando con aguardiente. Una lancha por semana traía las cosas esenciales. Y ahí estaban los travestis de los barcos, los prostíbulos flotantes, las ovejas y el viento. Historias increíbles, compadre. Alguien tendría que escribir sobre todo eso antes de que cambie. Yo un día tendría que escribirlo. Tengo varios cuentos, de hecho. Los he mandado a varios concursos, pero son pura mafia los escritores. Se premian entre ellos. Ganan unos cabros que cuentan cómo su novia los dejó por su gato. Cuentos que no se entienden, que no tienen principio ni final. Como en la tele, pura mafia. A nadie le interesan ya las historias de verdad con gente de verdad. Yo le dije a un paciente que hiciéramos una película juntos. Tengo muchas imágenes exclusivas, se podría hacer un documental precioso con todas las historias de pacientes. Quemadura en tercer grado, todo el cuerpo, recuperaciones totales. No hay casos imposibles. ¡Los casos que me han tocado! Supieras, campeón. Y mezclarlos con otras historias más divertidas, para matizar. Sería un éxito. Tengo la presentadora ideal, no te puedo decir quién porque es paciente mía. Pero la

gente no pesca. Ese es el problema de este país, la gente no sale de su metro cuadrado. ¿Todo bien, Belinda? Otra cosa. Ahora sí que te quedó lindo. Te dejé un vuelito para que se vea más coqueto. Si quieres te muestro fotos de cómo lo tenías antes. No lo vas a reconocer. Vas a matar con esta joyita. No lo van a poder creer. Mira eso, mira, todo limpio, todo clásico, todo alineado.

Y revisa con los dedos lo que queda de mi pene. Pero yo no veo más que la huella blanca de la corona de espinas y el pequeño resto de prepucio gris sobre el borde rosado pálido de mi glande pequeño y gris, ligero y dormido, sin misterio que esconder ni mostrar ya. Le quitaron toda la violencia de adentro, lo liberaron, lo cortaron y diseñaron para que no se pareciera nada a la bestia que fue, para que fuera como la ciudad, un pantano, un lago que se secó bajo el pavimento. ¿Cómo puedo tomarlo entre mis manos sin desgarrarlo? ¿Cómo puedo masturbarme con este lagarto recortado? ¿No era masturbación el diálogo de mi sexo consigo mismo, la fricción del prepucio con la soberbia del glande? ¿No era como esa coquetería decadente de la Viena de fines del siglo XIX? ¿No era el incesto de no saber que me estoy haciendo y deshaciendo en una lluvia secreta? No hay secreto, no hay misterio ya. Quedó como yo, construido, definido, cercenado, decente, tan terriblemente decente. Traicionado y sin escondite, como un pescado gritando sin voz sobre el hielo molido de la pescadería.

—Está limpio. Ya salieron todas las sobras. No tienes ni que pensar en cómo lavarlo. Nuevo, cero kilómetros, úsalo con ganas. Estoy hablando en serio. Es parte de la recuperación. ¿Tu cachái la queratinización? La queratina, una proteína fibrosa, claro, la misma que ponen en el shampoo. Endurece la piel, como cuando le quitas la corteza a un árbol. Hace que la piel nueva se ponga igual de firme que la antigua. Duele un poco al principio, se siente raro, pero hay que darle, darle con todo, sin asco, compadre. Póngale bueno. Si quieres que luego se sienta normal, tienes que usarlo como malo de la cabeza, compadre, con la que pase, grandes, chicas, lindas, feas, ojalá que al principio

sea una que haya parido con parto vaginal, pero después con la que pase, con la que quieras.

3

—Tengo que practicar, eso dijo el doctor Wagner —le explico a Tamara, pensando sin pensar que ella comience la ronda—, me lo recomendó. Lo más que pueda, tengo que hacer eso a lo salvaje. Tengo que practicar eso.

—¿Eso qué? —me dice ella, como preguntándome cómo voy a practicar salvajemente algo que no puedo nombrar.

—Eso, sexo, coito, tirar, culear, aparearse como los monos. No sé, da lo mismo el nombre técnico. Tú sabes de lo que estoy hablando. Sólo se va a recuperar totalmente si practico mucho, eso dijo el doctor. Es como cualquier órgano, si no se usa se atrofia. No puede ser con cualquiera. No al principio. Estoy empezando de cero, es como si fuera virgen de nuevo. Tengo que encontrar una mujer que aguante la recuperación, porque al principio parece que uno se va al tiro. Necesito una mujer con paciencia terapéutica. Necesito una mujer que me perdone el bochorno y que pueda llamar a la ambulancia si se rompe la obra de arte del doctor. Explicar que estoy recién operado me da lata, pero no explicar es una traición, ¿no te parece?

—Por favor, Antonio, no es ninguna tortura china, si las mujeres también lo pasamos bien tirando. A mí me encanta, por ejemplo. Es la huevada que más me gusta hacer. Pierde su gracia si lo haces siempre, pero sigue siendo rico igual. Gordos, flacos, tontos o inteligente, da lo mismo, el sexo es de una. Yo le puedo sacar trote a cualquiera. Eres demasiado regodeón, Toño, ese es tu problema. Tirar es tirar. Qué tanto. El sexo es sexo no más, sexo por el sexo mismo, por el vértigo. Yo me entrego, yo me suelto, no pienso qué va a pasar

después. Eso de que quieren abrazos después del sexo, de que quieren que las quieran, son mentiras de las minas. Todas quieren que se las tire bien tirada un huevón ojalá bien macho. El amor es otra cosa, el amor es toda esa lata que te gusta a ti. El sexo es el sexo. Eso deberías conseguir, un buen revolcón sin explicaciones. Con profesionales, si no encuentras voluntarias. No te compliques, no conozco ninguna mujer más o menos soltera (y más o menos casada tampoco) que no esté dispuesta a un buen revolcón con un recién circuncidado.

—Estás como mi mamá. Se ofreció a pagar con su plata unas putas para que me cicatrizara más rápido. «Son muchachas, mujeres como cualquier otra, mi amor. Hay unas que son encantadoras», me explicó con entusiasmo didáctico. «Eres hombre, aprovecha, Antonio. Hacen un servicio a la humanidad esas niñas, deberían darles una medalla al mérito. Ojalá pudiéramos hacer eso las mujeres. Me habría salvado la vida. Las pobres mujeres estamos jodidas en ese sentido. Si hubiera un servicio de señores más o menos normales, más o menos decentes, yo lo ocuparía feliz. Deberían inventar un servicio para señoras normales con señores normales, señores con los que una se pueda quitar las ganas sin sentirse una loca degenerada. No me mires así, no soy nada cartucha, mi amor. Yo conozco el mundo mucho más de lo que crees. Mi papá pasaba su vida en prostíbulos. Mis hermanos también. Tenían sus putas favoritas cada uno. Supongo que existen todavía los prostíbulos. ¿Sauna? ¿Topless? Había oído hablar de eso. ¿Cómo son, con espectáculos? Show primero y después, ¿dónde van? Se acuestan ahí mismo, seguro.»

—Es patético —dice Tamara—, tu pobre mamá cotizando putas para ti. ¿No tienes otro tema del que hablar con ella? ¿Todo tiene que empezar y terminar en tu pene? Qué cochino eres. Tu mamá es una señora, yo soy una señorita, no tenemos por qué conocer los pormenores de tu pene. Esas cosas tienes que hablarlas con tus amigotes del bar. Para eso están los amigos. ¿No tienes amigos con los que hablar de esas huevadas?

Pienso, recorro caras, nombres, años, oficinas. Tengo amigos, claro. Soy chileno, es imposible no tener amigos en Santiago. Los he tenido por montones. Después de que me arrastraron hacia el camarín, después de que me convirtieron en su trofeo, «pantalón de pelo, pantalón de pelo», fueron uno por uno a pedirme perdón sin pedirlo, a preguntar con quién hablaba cuando hablaba solo, a pedirme jugar juntos a las escondidas. Nunca fueron un grupo, a lo más dos hermanos gemelos, dos primos del mismo curso con los que hablábamos de todo, incluso de política, de libros, del resto del curso.

¿Los perdonaba realmente? Los dejaba entrar a mi promontorio de águila, no los castigaba por sus actos, les dejaba jugar con mis cosas, recorrer mi casa, pero yo no jugaba a necesitarlos, sabía que se irían y que yo me iría también. Lo mismo en la universidad, con uno o dos nos entendíamos, pero nunca en manada, como cazan los lobos. Eso es lo que necesito, una manada de lobos, un grupo de hermanos. Amigos que no me conozcan, que no me perdonen lo raro que soy. Amigos nuevos como mi pene, como mi honor, como mi miedo. Amigos con los que empezar de nuevo todo lo que empecé mal eligiendo danza aeróbica en vez de vóleibol. Machos de la especie que piensan en la pura sobrevivencia de la tribu, como el abogado de derechos de autor que se desespera por caerme bien y al que le gustan los artistas. Su conversación es más bien un monólogo con nombres de cantantes, cineastas y actores y me explica con lujo de detalles las leyes internacionales de copyright y cómo el internet está revolucionando esa área del derecho.

—¿Cuándo dices tú, el viernes? ¿A comer? ¿En el Bistrot, viernes a las nueve? ¿Puedo ir con un amigo? —me pregunta el abogado, Sergio Benavides.

Un tipo normal, pienso. Alguien que estudió una profesión normal y ahora la ejerce, permitiéndose conciliarla con cierto gusto por el arte. Sí, anda con alguien, le digo, quiero conocer gente nueva.

—Cómo es la huevada, no entiendo, ¿Ella te pidió que te operaras?

—No, ella no me pidió nada. Ese es el problema, ese es justamente el problema, ella no pidió nada. No le conté siquiera, supo tarde, por mi mamá. Por eso me dejó, porque no se lo conté yo. No fue exactamente por eso, pero eso inició la conversación que se fue complicado hasta que no entendimos nada de nada.

—¿Te dejó porque te operaste? —me interroga el abogado con genuino interés. Ese genuino interés, Tamara, por el que generalmente no hablo con los hombres. Los hombres que, cuando te escuchan, lo hacen como quien escucha un cuento, como quien quiere saber el final. Los hombres que te escuchan como si repartieran cartas y fueran juntando barajas con ases y reinas y reyes y jokers.

No, no es eso, repito, no es así, es otra cosa, eso que ya habrías censurado, mi valentía.

—¿Por qué te dejó, no le gustó el resultado? —interviene desde la distancia Rojas, el diminuto amigo que trajo Benavides de refuerzo.

—No lo vio. No estaba en Chile. Ese es el problema, lo hice mientras ella estaba de viaje en el sudeste asiático con unas amigas. Ahora está en Chile, pero no la he visto.

—¿No la has visto? ¿La llamaste? ¿Supiste algo de ella?

—No es ella, soy yo —insisto—. No tiene nada que ver con ella. El problema es anterior a ella, tiene que ver conmigo. Es un enredo mental mío. Todo es mental al final, el cuerpo como un enemigo, el sexo como esa cosa que cuelga, como la cuerda de un ahorcado, como la raíz de un árbol sin tierra. El peso que uno carga y que se supone te levanta y te salva. No sé qué haría si la viera. Hablaríamos como dos personas adultas, supongo. Ella es ella, yo soy yo. Todo pasó hace cien mil años. No sé si la reconocería. Son peores que las minas ustedes dos, reducen todo a una historia sentimental. Estoy tratando

de hablar del tema de fondo y ustedes todo lo reducen a un pololeo que no resultó.

—Pero ¿por qué te operaste si no es por la mina? —argumenta el abogado, parando con una mano abierta mi posible respuesta—. Ella te dejó, tú tenías que llamar su atención de alguna forma. Esa huevada se entiende. La mina se fue, tú te cortaste el pico para que volviera.

—No, si me da lo mismo que vuelva o no. Yo no haría ese tipo de cosas por amor. Lo hice porque me dijeron que tenía que cortármelo. Después supe que no era tan urgente. Le hice caso al doctor, que es lo que nunca hay que hacer. Fue una pura tontera médica. No era mi decisión, no era mi cuerpo tampoco. Pero me lo corté igual. Le regalé mi cuerpo a la ciencia, sin pensar. Me convertí por pura salud en un inválido. O quizás ya era un inválido pero no se notaba. No estaba escrito en mi carne y ahora es irreversible. Uno no tiene derecho a hacer cosas irreversibles. Ese es el tema de fondo. La frustración sexual es el centro de todo lo que está pasando ahora en el mundo. Los tipos matan en los colegios de Estados Unidos por eso. Los árabes se vuelan con cinturones de explosivos por eso. Todos jóvenes, todos sin hijos o con un hijo que no ven, que no importa porque sólo les confirma que son poco hombres, que son la ridícula máscara de la nada. Pobres árabes, cubren a las mujeres, pero las mujeres también se dejan cubrir, porque descubierto todo es descampado y siempre tienes que definirte, explicarte, decidir si eres homosexual, bisexual o trisexual, si eres sexual, esa sorpresa, ese accidente. Antes del sexo, los hijos del portero pueden ser amigos de los hijos del millonario. Antes del sexo, los niños son niños simplemente y nadie sospecha de ningún crimen. Después empieza la desconfianza porque todo deja huellas, porque comienzas a ser culpable de todo, porque los padres, los amigos, los abuelos, las iglesias y el Estado tienen derecho a saber cómo se reproduce la tribu. Después del sexo debes tener una razón, y no la tienes, para que te corten o no los testículos, para que te consigan o no una esposa, para que te

apedreen o no por ser infiel. ¿Cuántos hijos vas a tener? ¿Cuántos puedes alimentar, cuántos soldados necesitas para mandarlos a matar en la nieve? Antes estabas a cargo de la patria, de Dios, de la muerte, pero no de tu sexo. Eso ha sido la revolución más terrible, tener que hacerte cargo de tu sexo como de un huérfano que se come todo, tener que preguntarle a él qué hacer, tener que mostrarlo incluso cuando lo escondes, andar con los bluyines apretados hasta quedar estéril, andar desnudo hasta cuando andas vestido. Y si antes sentir algo era un lujo, ahora el lujo es no sentir nada. Yo no quiero sentir nada, pero siento todo. No quiero ser el sexo que no tengo, pero estoy abrazado al mundo a través de eso. Y me hablan ustedes de una novia que yo quería por obligación, con la que no pensé nada más que casarme, que en el fondo era mi esposa y no era mi mujer, que aceptaba que no tuviera cuerpo para ella, que se fue por eso, que hizo lo que tenía que hacer, dar la vuelta al mundo a ver si estaba yo allá.

5

—Tu no cachái a las mujeres, eso es lo que pasa, huevón —diagnostica con súbita seriedad el pelado Rojas—. Las mujeres, si hablan de libros, están hablando de sexo, si hablan de política, están hablando de sexo, si hablan de comidas, están hablando de sexo, si hablan de animales, están hablando de sexo. Sólo cuando hablan de sexo no están hablando de sexo.

—Es una trampa la huevada —agrega el abogado—. Yo conocí a un huevón en Londres que esperaba a que su mujer tuviera su orgasmo para tener el suyo. El huevón se sentía orgulloso de su hazaña. Le contaba la técnica a todo el mundo. Su mamá era sicóloga. Este huevón no va a durar ni un año, decía. Dicho y hecho. A los ocho meses exactamente la mina lo dejó. El huevón pasó

desesperado por todas las casas de chilenos en Londres. Pero ¿qué iba a hacer la mina con el huevón desesperado contando los segundos antes de irse? Las minas no saben lo que quieren.

—Saben, justamente. Un huevón que piensa en ellas todo el tiempo no es un huevón enamorado, sino un huevón desesperado. Una mina no puede darse el lujo de andar con un huevón desesperado. Puede pololear con él, puede enamorarse incluso de él, pero no puede tener hijos con él. Le queda la cagada genética. Es una huevada darwiniana, una huevada cavernaria. El huevón desesperado es un huevón al que su mamá no quiso mucho o el huevón al que su mamá quiso demasiado, ninguno de los dos sirve para semental.

—Estamos bien cagados, huevón —remata el pelado Benavides—. ¿Por qué tenemos que hablar de esto?

—¿De qué?

—Orgasmos, eyaculaciones, menstruaciones —alego—. De esas huevadas no hablaban nuestros abuelos. Vivían perfectamente felices sin saber nada de eso.

—Ellos tenían guerras, por eso no hablaban de esto. Cada vez que empezaban a preocuparse mucho de lo que hacían en la cama, se tenían que ir a la guerra a matarse —contesta Rojas—. Dejaban a sus mujeres solas por años, violaban lo que encontraban en el camino y volvían para ver crecer a los hijos. Pregunta en cualquier país en guerra. Anda a Beirut, a Bagdad, a Medellín cuando estaban las FARC. Todo el mundo goza como chino en esos lugares. Todos son felices en la cama. No se preguntan huevadas. Van, embarazan a todo lo que pueden, las minas se tiran a lo que va pasando. Sufren, se acuestan, se meten entre ellos por todos los agujeros que encuentran, son bisexuales, trisexuales, pansexuales al chancho. Nosotros no tenemos ni una miserable guerra civil. Un golpe de Estado, apenas. Nosotros no peleamos por nadie, nosotros somos la escoria del planeta. Mira estos huevones, mira. ¿Qué se creen? ¿Qué mierda se creen? —Nos muestra al voleo a un grupo de

jóvenes y no tan jóvenes que hablan en alguna lengua que se parece al castellano pero que no lo es del todo.

—Vamos a otra parte, es muy tarde, hay mucho ruido —propone Benavides.

—No puedo ir, no puedo dejar solos a todo esos culeados —alega Rojas mostrando a los jóvenes.

—Pero si los odias, huevón.

—Pero no son chilenos. Tenemos que tener más conciencia de eso. Tenemos que dar el ejemplo, huevón. Tenemos deberes, somos adultos, estos huevones son niños. Somos chilenos también, chilenos de verdad.

—Perdonen. ¿Ustedes son chilenos? —Se da vuelta una mujer angulosa y achinada, con un vago acento que se me ocurre puede ser francés, aunque es más raro que eso.

—Sí. ¿Tú de dónde eres? —Le sonrío Sergio Bustamante.

—Italiana. Bueno, de Paraguay, pero he vivido toda mi vida en Italia. Toda mi vida, menos ahora que vivimos en Chile con mi marido, Bruno. —Y muestra una vaga figura rubia—. Más bien mi exmarido, porque me estoy separando ahora mismo. Llevamos seis meses separándonos, pero todo muy amistoso, todo muy civilizado. Llevo veintitrés años casada. Demasiado, demasiado tiempo. Mi exmarido es encantador, lo adoro, lo voy a querer toda la vida, pero no aguanto ni diez minutos más con él. Miren, es ese de ahí, el que sale al medio, ese es. Hola, Bruno. *Bello*, Bruno, *bacio*. ¿Puedo conversar con ustedes? ¿Les molesta que me sienta con ustedes? —Sin esperar respuesta se da vuelta hacia nosotros, sus ángulos, su mandíbula tensa, su sonrisa de puta vieja y su piel de debutante—. Me tienen loca estos tipejos. No soporto más a estos italianos. Creen que inventaron el mundo. ¿De dónde sacan esas patas? Estoy a punto de matarlos con mis propias manos. Es tan maravilloso hablar en español de nuevo. Odio Milán, pero no se puede vivir en el sur porque los napolitanos te roban todo. A mí no me importa, porque no creo en las cosas materiales, pero Bruno se muere. Los del norte hablan todo el tiempo mal de

los del sur, los del sur hablan mal de los de más al sur. ¿Han visto algo más tonto? Ustedes tienen suerte aquí, son puro sur, no hay nada más al sur que aquí. Están como cayéndose del planeta. ¿Es verdad que es tu cumpleaños? — Su pierna, desnuda bajo unos shorts, roza mi pierna—. Eso me acaban de decir tus amigos, que es tu cumpleaños. Qué mala gente, ustedes. Para qué lo molestan, para qué lo engañan al pobre. Es tan lindo él. Mira la cara de tristeza que tiene. ¿Antonio te llamas? Lindo nombre. Si hubiera tenido un hijo le habría puesto así, pero todo el mundo se llama Antonio allá. Antonio, Antonio, Antonio, no vale la pena... No me necesitan los italianos, no te preocupes, se entretienen entre ellos. Qué divertido que te preocupes. Eres lindo tú. ¿Te lo han dicho? Tienes las manos calientes. Qué suave tu piel, mi amor. No se rían ustedes dos. Su amigo es bello, ustedes saben eso, si no, no se juntarían con él. Díganselo antes de morir. Después es *troppo* tarde. Los hombres no dicen nunca lo que importa. Después pierden los dientes, terminan en un hospital en silla de ruedas y no saben explicar por qué llegaron ahí. ¿No es cierto, *bello*? ¿No es cierto, mi amor? Tus ojos, tus ojos son un veneno. No te preocupes, yo digo todo, no me guardo nada. Tuve cáncer por no decir las cosas. En el pecho. Tengo uno menos. —Y lo toma con su mano para que no dudemos de cuál de los dos se trata—. Quedé mejor. No te equivoques. Pastos Altos, se llama mi pueblo. ¿Sabes qué es eso? No importa, da lo mismo. No es un pueblo, son puras haciendas. Mi papá tenía un campo ahí. Muchos caballos, muchos perros. Los mataron los inquilinos. A mis papás, no a los perros. Bueno, a los perros también los mataron. Quemaron la casa con ellos adentro. Los amarraron a una columna y quemaron todo. Terrible, terrible, pero ya pasó, ya no tengo rencor, todo se olvida. Las cosas allá son así. No importa eso ahora. Puto universo de mierda, todo se paga en esta vida, ya vas a ver. Estoy loca, tú sabes. Te lo digo desde el comienzo —me habla a mí y sólo a mí, ahora—, soy una loca, pero una loca feliz. Mi español, estoy perdiendo el español, que es tan bonita lengua. Soy un desastre. La vida es corta, es tan

corta, precioso. Puto cáncer. Maldito bicharraco asqueroso. La vida es un regalo, mi príncipe. Hay que tomar la copa hasta la última gota. No hay que dejar que se derrame ni un poco. Todo es un regalo, mi amor. La vida es corta, tan corta.

—La vida no es corta, es más larga que la chucha —se indigna Rojas.

—Nadie sabe si es corta o larga, está por verse —zanja el abogado Benavides.

—Yo sé —insiste Rojas—. A mí no me vienen con huevadas.

—Es subjetivo —insiste tímidamente Benavides.

—Subjetiva será tu hermana, huevón maricón. La vida no es corta. Yo voy a vivir hasta los ciento diez años y te digo que la vida es más larga que la chucha. ¿Hace cuántos años tenías veinte? No me digas que veinte, no seas maricón.

—Él sabe, no lo molestes, él sabe todo, él nació sabiendo —explica Encarnación, que aprovecha de presentarse—. Encarnación es mi nombre, encantada. Es raro el nombre, ya sé. Allá también es raro, no te preocupes. Asunción es la capital, pero yo soy Encarnación. Somos muy religiosos en Paraguay. No creemos en nada, pero los curas tienen la culpa de todo allá. Las monjas me educaron. Yo soy el Espíritu Santo hecho carne. —Y con sus manos moldea su estrecho y largo cuerpo de mantis religiosa—. Cómo me miras, esos ojos, Antonio. ¿Eres salvaje? Dime la verdad. ¿Qué es culear? Eso que dicen tus amigos. Huevada, eso lo entiendo. Huevada para arriba, huevada para abajo. Todo es huevada aquí. ¿Y tú? Ya sé, me tienen miedo. Pero tú, ¿me tienes miedo también? ¿Eres un salvaje? Sí, eres salvaje. Yo ya no tengo miedo de nada. Después del bicho, después del fuego, ya no tengo derecho a tenerle miedo a nadie. Vámonos de aquí, hace frío, te estás muriendo de frío. Te tienes que cuidar, no puedes andar así desnudo en la calle. Vamos a otra parte. Vamos a tu casa. ¿Tienes casa, no es cierto? ¿Esposa? ¿Hijos?

—Voy al baño. —No puedo evitar distraer la tensión, arrancar al fondo del

restorán, a una cabina donde quedo solo por fin.

6

El baño. El cartel de un destornillador industrial de finales del siglo XIX. El grabado feliz de un hombre que asegura un tornillo en el último piso de la torre Eiffel. ¿Puedo acostarme con una mujer de la que no sé ni el nombre? Se llama Encarnación. Encarnación, de Paraguay. ¿Quién decente se llama así? Pero ¿qué me importa su nombre? ¿Por qué estoy tan seguro de que se quiere acostar conmigo? Su mano bajo la mesa, claro. Sus ojos que tratan de atravesar mis huesos. He visto posibilidades más seguras escaparse. He sido capaz de lograr que no pase lo que tiene que pasar con mujeres más inevitables que esta. Ese orgullo, ese placer, esa ceguera, lograr que las cosas que pueden pasar no pasen.

No estoy borracho pero me gustaría convencerme de que sí lo estoy. Nada me hace perder la conciencia. No me disuelvo, me miro a la distancia, en vez de juzgarme me sonrío como un anciano que perdona a sus nietos. No estoy sobrio pero me conviene volver al ruedo como si lo estuviera. Es de mala educación besar a nadie sobrio. Me miro sin verme en el espejo. Sigo su silueta detrás de los vidrios empañados. Linda pero vieja. Demasiado flaca, la mandíbula apretada, los brazos infinitos, el cuello interminable. Linda. Cualquier hombre estaría feliz de acostarse con ella. Es lo que me molesta, es lo que me gusta también, no es mi gusto pero es gusto de hombres. Es una mujer. Nada de niña, por ninguna parte, aunque sonrío como una, aunque sus ojos también brillan como los de una. Pasaron cosas terribles en su vida, pero nada dejó manchas, quedó limpia. Quizás sea simplemente alguien a quien le

gusta vivir. ¿A quién le gusta eso? ¿A quién no le gusta? Qué importa, por lo demás. Es sólo una extraña, la puerta, el frío.

—Vamos. Ya pagué. Vámonos luego.

La vereda mojada por los camiones municipales, las luces de la torre del Panorámico.

—Esos ojos tuyos, realmente, esos ojos terribles. Yo tenía un perro con esos ojos. El Bogart, era lindo el Bogart. Ese pelo tuyo de niño chico me gusta. No me gustan los hombres muy perfectos. Me gusta que sean distintos, los ojos distintos, la boca. Me voy a congelar, no me sueltes, por favor no me sueltes. ¿Es verdad lo que dicen tus amigos? ¿Es verdad que una bruja malvada te tiene hechizado? Una enanita, dicen. ¿No es enana? ¿De qué porte es? ¿Así de chica? —se agacha cada vez más—. ¿Más bajita? Pobrecita, tan chiquita, vamos a tener cuidado para no pisotearla a la pobrecita. Tú la quieres a tu enanita, ¿no es cierto? Estás enamorado de ella, dime la verdad. No me mires así. No seas malvado. Mira a tus amigos, se están despidiendo. ¿Cómo se llaman tus amigos? —Una micro con todas sus luces prendidas ahoga las palabras que no necesitamos decir y que se convierten en un abrazo—. Mira cómo estoy, mira cómo me tienes. Mira lo que hiciste. Empapada me tienes —susurra en mi oído, guiando mi mano para que sienta el resultado—. Lindo, lindo. ¿Es tu casa? ¿Quién duerme ahí? Tienes razón, soy muy preguntona. Eso me decía siempre mi papá. —Me cubro los labios con mi índice para pedirle silencio mientras subimos la escalera—. ¿Quién duerme aquí? Ya sé, demasiadas preguntas. Qué linda tu pieza. Es todo chiquitito. A ver, a ver, no, no, espera, espérate. Esta ropa es carísima, yo lo hago mejor. ¿Dónde está el baño? Espera unos segundos. Tus dientes, ¿es eso lo que suena? Tranquilo, príncipe. Tranquilo, no te voy a hacer nada malo. Eres muy nervioso, parece que fuera tu primera vez. ¿Es tu primera vez? No, por suerte, me preocupaste. Lindo, déjame a mí. ¿Tienes frío? Deja que te quite el frío. Ven.

Sus manos largas acarician mis hombros. A la luz de la luna se ve como una loba hambrienta, de esas que ladran en la cara de la luna. En el mismo rayo de luz brillan sus ojos, sus dientes deliciosamente descalcificados, sus encías más rosadas y sanas que ella misma. Y sus hombros, la piel de sus clavículas que desnudo en el baño, esos segundos eternos, cómo pude aguantar. Siglos y siglos de paraguayas perdidas al fondo de un campo de hierbas altas, y mosquitos como arañas, y pirañas devorando el carnero que se cayó al río. Y el cubrecama azul, la claraboya en que tuve diecisiete años, y dieciocho y diecinueve, los ronquidos de mi madre en el piso de abajo.

—Rico, rico. Delicioso. Delicioso. —Lame mi pene, pero siento que el sopor de su cuerpo no sólo habla de mi pene, limpio de todo lo que lo hacía reconocible para mí, una sola herida cauterizada, carne neutral—. Tienes pastillas de todos los colores en el baño. Vi tu botiquín. Es como de ancianito. ¿Qué es ravotril? Me gusta cómo suena, ravotril, tiene algo de rabo. Me tomé un par, hay que probar todo en la vida. Si no lo pruebas no puedes decir que es malo. Esas pastillas tuyas son fuertísimas. No siento las manos. Es rico, me encanta... Ravo... Dame tu rabo... Dame más rabo... Esas pastillas... Esas pasti... Déjame dormir un ratico, chico, déjame dormir un ratiquico, déjame unos minutos... —Y con una sonrisa completamente feliz se abandona completamente al sueño sobre la manta plateada de mi cama de estudiante.

—¿Estás dormida? ¿Estás durmiendo? Ya pues, no puedes. —La empujo, la acaricio, la pellizco. Sólo logro que transforme mi hombro en un cojín para acomodarse. Ronca feliz, al mismo ritmo que mi madre en el otro piso. Esta es una verdadera casa de reposo, el castillo de la Bella Durmiente. No puede ser que todo el mundo duerma con tanta calma conmigo al lado.

El doctor me dijo. El doctor me ordenó. Me acuesto a su lado, me acurruco, toco su vulva y la intento entibiar. La acostumbro a mi calor, a mi olor, a mi presencia, acerco mi pene a sus caderas cerradas. Tengo que pensar por dónde

empezar. Tengo que saber qué hacer con el cadáver. Dejo caer mi cara por su espina dorsal.

—¿Qué pasa? —Se asusta.

—Nada, nada, no pasa nada... Está bien... Está todo bien... —Suspiro con el borde de la voz más ahogada que encuentro. Pego mi calor a su espalda, mi pene nuevo contra los alambres de púa que la protegen. La acaricio de nuevo, el delfín entre la red, su frente afiebrada, su respiración que espero vuelva a la velocidad de crucero, la carne, la piel que huelo, más suave mientras me ajusto a ella como quien se ajusta como a una isla de la que sólo tengo en la mano una mata de hierba loca, un manojo de algas, la corona de espinas, algo que no raspa ni rasguña. Puta, condón, me tengo que poner condón. Puta la huevada, puta la huevada. Busco la tira de plástico en el velador, mientras Encarnación aprovecha de reacomodarse sin mi presencia en la cama.

Abro el resbaloso sachet con la mano y trato de acordarme. Vuelvo a ella, ahora duerme con la cara contra la almohada, sus senos orgullosos contra el colchón. Me estiro a su lado sin atreverme a besarla, no quiero que despierte. Sin ver, sin sentir nada, sin conocer el agujero del que casi todas las películas y las pinturas y las novelas hablan. Entro, más bien empujo la puerta mojada del paraíso, del infierno, del purgatorio. ¿Adentro? ¿Afuera? No sé. No importa.

—Perdón, perdona —imploro y, calmado de no sé qué ansía, la dejo en paz por fin y me quedo desnudo en mi lado de la cama.

—Silencio —me advierte Encarnación al otro día, tapándose los labios con el índice como las enfermeras en los carteles de los hospitales—. No hagas

nada, muñeco, déjame a mí —me advierte ante el primer intento mío por estar a la altura del momento. ¿Qué hora es? Pienso. El frío de las montañas empañando la claraboya de mi pieza a los diecisiete. Ella desnuda, sobre mí, como si siguiera una melodía de campanillas y timbales milenarios, cavernas e inciensos, sacerdotes castrados, el humo verde de una religión muy antigua, muy cruel y un poco tonta. Da lo mismo. No pensar en nada, no pensar en mí, no pensar en ella, me ordeno. Por primera vez no pensar en nada ni en nadie. Por primera vez en siglos.

—Todo, dame todo, dame todo... —Y la espuma que crece, y el pasto y la tierra que los caballos levantan, el ritmo en que la olvido y en que todos me olvidan.

Duele, raspa, se siente raro. No debo quejarme, no debo dejar de ver mi carácter terapéutico. Debo resistir, eso es todo. No pensar en nada. Nada de nada. Guiado como un astronauta en esas extrañas máquinas donde los entrenan para caminar sin gravedad. Estrellado en la oscuridad total, tan feliz, tan asustado. Estiro mis piernas para asegurarme de que nadie las cortó, respiro para no olvidarme de hacerlo, un nuevo espacio surge en ella, paredes, canales y túneles. Adentro de ella y adentro mío, los vecinos, los amigos, los enemigos también, todos mojados en el mismo bautizo, todos nacidos y renacidos adentro de Encarnación.

Y de pronto vuelve a ser una menor de edad, desnutrida en un hogar de acogida, seduciendo al cura que la recogió en la calle. No pienses, no decidas, no digas nada, me rindo, me olvido, la luz, el aire. Me acerco tanto al sol que me disuelvo. Bajo a toda velocidad, me enfrío, me reintegro y me disuelvo de nuevo, suspiros y resoplidos.

—Ahora, ahora todo, mi amor, todo. —¿Qué es todo? ¿Dónde está todo? Busco, imploro, me paro dentro de mí mismo, me arrodillo a su costado—. Esoooo, esooo, malo, malo, demonio, ven, ahora veeeen... —Y esos colores que no son colores, y esos vitrales que no son de iglesia, y mis dedos

volviendo a ser cinco, y mi miedo y la pausa y el silencio que no dice nada. Y mis órganos que empujan lo que no tienen hasta que al lado otro cuerpo redescubre sus límites.

—¿Estuvo bien? —pregunto, aunque todas las mujeres repitan que es lo único que no se debe preguntar.

Sus ojos achinados se revuelcan en sus propias ojeras. Sonríe.

—¿No vio lo que me hizo? Usted me hizo sentir como una yegua en celo. Estaba gritando como una loca. ¿No me oyó? Delicioso caramelo el suyo. — Y acomoda mi pene recién descargado, mojado y diminuto, que cumplió su función sin tironeo.

—Lindo príncipe, mi lindo, mi precioso príncipe, usted sí que sabe de su asunto —me agradece con acento subtropical—. Tengo hambre. Me comería un buey entero aquí mismo. —Sigue sonriendo.

El desayuno, pienso. Mi mamá que se despereza, oigo. ¿Cómo le explico lo que pasa? No tengo que explicar nada. Tiene que escuchar lo que tiene que escuchar. Así son las cosas, mamá, soy un adulto, ella también, y hacemos cosas que hacen los adultos. ¿Paraguaya, vietnamita o panameña, da lo mismo? Tiramos como salvajes, la cosa más civilizada que he hecho jamás, mamá. Un perfecto acuerdo, su cuerpo sacó de mí todo lo que sobraba, arrancó de mis huesos un miedo de cien mil años, mamá, eso que por coquetería llamo cansancio y es todo lo contrario del cansancio, una forma de esperar parado en una sola pierna, como un guerrero masái.

—¿Estás seguro de que no tienes ducha?

—Tengo, pero está en el piso de mi mamá.

—Voy a llegar a la casa oliendo a ti. Bruno no es celoso, pero me gustaría llegar más refrescadita. Ya, date vuelta, no seas indecente. No se mira cuando una señorita se viste. No es lo mismo, claro que no es lo mismo. Una cosa es una mujer desnuda y otra cosa una mujer vistiéndose. Deberías saberlo, a estas alturas. Me mordiste entera, mi precioso maldito, ¿viste lo que hiciste?, estoy

llena de moretones. Eres un salvaje. ¿Viste?, tenía razón, eres un salvaje. No tienes respeto por nadie. No pongas esa cara. ¿No te gustó?

No, perfecto. Está bien, más que bien, es lo que necesitaba, lo que desesperadamente buscaba sin saber cómo llamarlo, me esfuerzo en explicar cuando suena el teléfono móvil. ¿Quién puede ser a esta hora? Al otro lado, una voz disminuida, mínima, pregunta con toda la humildad de que es capaz.

—¿Antonio...? Soy yo, la Vale. —Como si estos meses me hubiesen permitido olvidar el timbre de su voz irritantemente cristalino, completamente chileno, chileno de Valentina Lira. Esa voz que tenía la virtud de calmarme y dejarme siempre nervioso—. Antonio... Hola... ¿Me escuchas? ¿Me estás escuchando? ¿Estás con alguien? Responde, dime algo. No me importa, me parece perfecto, pero dime no más. Si estás con alguien te llamo después. Si no puedes hablar ahora, hablamos luego.

—No, estoy solo. —Encarnación levanta las cejas y los hombros, sonriendo casi indignada. Salgo de la pieza y Encarnación no deja de imitar mis gestos compungidos.

8

—Mi papá —dice Valentina—. Encontraron muerto a mi papá. Sí, aquí en Santiago. En el centro, en la calle Copiapó, como por San Diego. ¿Tú conoces? Imprentas, bodegas, bares de mala muerte. Seguro que arrendaba algo por nada. Una pieza con todos los vidrios taponeados. Siniestro, terrible. Todo ese tiempo en que lo imaginábamos lejos, en México, en Nigeria, en Lima, en Antofagasta incluso, estuvo aquí mismo en Santiago. Aquí todo el tiempo sin llamarnos, sin pedirme nada. Yo pude salvarlo, Antonio, ¿te das cuenta de eso?, pude salvarlo tantas veces y no lo salvé. Sé que es una tontera,

sé que no tengo que pensar así, pero lo hago igual. Sabía, en el fondo sabía que iba a acabar de esta manera; sabía, pero no deja de ser una sorpresa igual, es tan raro, tan raro todo lo que pasa por mi cabeza. No sé, estoy como dormida y despierta al mismo tiempo, es como si no fuera yo la que hace las cosas. Por eso quería hablar contigo. Perdona si te molesto. Sé que no tengo derecho, pero es lo que necesitaba. Eres el único que entiende, el único que está donde tiene que estar. Lo entierran hoy. Pero eso no importa. Mi tío Sergio y mi tía Raquel insistieron con la tontera de la misa. Mi papá no creía en nada, pero no me parece mal que le hagan una misa. Nada hace mal después de todo. No tienes por qué ir, no te preocupes. Sólo quería que supieras. En Vitacura con Alonso de Córdova. Esa iglesia blanca, en toda la esquina. No vayas, por favor no vayas. Sólo necesitaba hablar contigo, es egoísta de mi parte, no debería haberlo hecho. Perdona. Soy mala, no debería ser así. No me hagas caso, no me escuches...

La iglesia de Vitacura está casi vacía. El ataúd de madera barata contrasta con el blanco impecable de las paredes. Debí ir con Encarnación. De la mano o del brazo, los dos en el centro de la nave. Me habrían mirado todos, espantado y feliz con mi falta de respeto. Encarnación, tanto más alta que yo, tanto más real que todas las rubias o semirrubias que bajan la cabeza en la iglesia. Parejas de ancianos, parientes muy cercanos. Me siento cuatro filas más atrás que Valentina, donde no hay nadie más que yo. El cura no conoció al muerto. Sólo conoce a su hermana Raquel, que le pidió dar la misa. En su sermón supone a ciegas las cualidades del difunto. Padre de familia, aventurero, le dijeron que dijera, alguien que buscó la verdad, que vivió distinto.

—Oremos —se cansa el cura de inventarle cualidades al desconocido. Unas palabras más y luego salpica con agua bendita como si quisiera fusilar el ataúd. Sigo la figura de Valentina en la primera fila. Pobre niña, tan sola en su reclinatorio, dirigiendo con el mentón a los empleados del Hogar de Cristo

que desplazan las coronas de flores y toman las manillas del ataúd junto con Alfonso, el hermano. Tan orgullosa en la fragilidad de sus hombros debajo del abrigo blanco, manchado, que no quiere sacarse ni desabotonarse siquiera.

Me ve. Me sonrío como una niña con peste. La mano victoriosa aleja una brizna de pelo que cae sobre su cara. Me mira y quiere que la mire.

9

—Poderosa la enana, te debe amar mucho —decretó la paraguaya al despedirse en la entrada de mi casa, más bien la casa de mi madre, a la que escucho ya levantarse. Primera luz de la mañana sobre el pelo de Encarnación, que huele a mí; su cara que ahora me resulta querible y cercana, como esa primera luz—. Te tiene comiendo en su mano la pobrecita, hace lo que quiere contigo. ¿Qué signo es? ¿Sagitario? Tiene fuerza, fuerzas oscuras, fuerzas especiales, te lo digo yo, que sé de esas cosas. Pero seguro que tú también la haces sufrir. ¿Cómo no vas a ir? No serías tú si no fueras. No te conozco pero te conozco. Eso es lo lindo que tienes, eres un misterio pero no un secreto. Eres transparente, todo se ve desde lejos. ¿Y tu taxi? ¿Dónde está tu taxi famoso? Eres un malvado, ¿sabías? ¿Cómo me dejas así, muerta de frío en la calle? Eso no se hace, eso no se hace. Eres cruel, pobrecito, pobre niño mío. ¿Me vas a olvidar? Olvídame. Un beso a la enana. Saludos.

Hace una hora, o dos. No importa. Valentina me ve, y es como si todos estos seis meses, como si todo este año no existiera. Como si sólo existiera la miseria de mis rodillas. Y ese espacio que queda cuando se va, cuando me deja, cuando yo recupero el aliento y la fuerza, cuando vuelvo a ser yo, y los parientes que la siguen saludando, los amigos de los amigos, viejos y viejas.

—Viniste. No pensé que vendrías. No tenías por qué venir. Te dije que no

vinieras. Gracias por venir de todas formas. Estas flaco, te ves bien.

De nada, digo con un movimiento de cabeza que quiere ser elegante. Fue un gusto verte, trato de mentir. Y sonrisa y espanto y brillo en los ojos.

—Ya pues, súbete. No seas huevón, Toño. Eres como de la familia, tienes que venir al cementerio. Vamos todos, no tenemos todo el día. —Alfonso, el hermano de Valentina, me arrastra hacia uno de los autos. Quedo sin esfuerzo hombro con hombro, pierna con pierna, rodilla con rodilla entre Leila, la mujer de Alfonso, y Valentina—. Ven. Ya, no seas maricón, hazlo por mí, huevón. Ya, huevón. ¿Qué tienes que hacer? Huevón, pensé en ti, todo el tiempo. Estas huevadas uno sólo las puede hablar contigo. Tú eres un huevón que entiende las torturas del alma humana por dentro como nadie. La gente en este país es tan insensible. La caga, compadre. Tú eres como un hermano para mí. Lo vamos a cremar. El viejo no creía en nada, parece. No sabemos en qué creía, la verdad. Yo no tengo ningún recuerdo de él. Es como un desconocido que se supone tendría que conocer de memoria. Es tan raro, despedirse de alguien que no conoces y es a la vez lo más cercano que puedes tener. Puta, la vida es tan rara, justo ahora, justo ahora. Entren, entren no más, cabemos todos —le ordena Alfonso a su mujer y a su hermana, que queda sentada justo a mi lado, en el asiento beige del Mercedes Benz. Manchas de sol, pasos bajo nivel, espinos, cerros, bocinazos, gente sin brazos haciendo señas. El ronroneo del motor, los baches en el asfalto, el viento en la ventanilla, los comentarios de los hermanos y la cuñada y el cura. Y mis manos que no saben si tocar las de Valentina, respirando al mismo tiempo los dos el mismo aire, casi.

—Parece que mi papá tenía muchos amigos —sigue Alfonso—. Nunca lo habría pensado, hace como quince años que no veía a ninguno de sus amigos de antes. Parece que había gente que sabía de su paradero. No pensaba en estar perdido, sólo estaba perdido para nosotros, sus hijos. Nadie nos contó nada, para no molestar. Qué estupidez más grande, como si fuera mejor no saber. Qué estúpida es la vida a veces. ¿Qué te pareció el cura, Antonio, tú

que tienes más experiencia en estas cosas? Estuvo bien el sermón, ¿no? ¿Te fijaste en la tía Bernardita? Está hecha una anciana. Por suerte, la tía Cristina no alcanzó a ver esto. Está todo cambiado este barrio. Antes no había nada. Qué cantidad de supermercados, ¿cacharon? ¿Quién vivirá acá? ¿Es aquí? Qué horror este lugar, qué cosa más horrible.

Valentina se peina con la misma mano con que reacomoda el maquillaje para salir nuevamente al escenario justo cuando el auto para y desde afuera abren todas sus puertas.

10

Vamos, digo, no sé muy bien a quién. Sigo al grupo familiar tratando de guardar una distancia decente. No lo logro. Aunque trato de caminar a otro ritmo que ella, nos instalamos juntos en una especie de plazoleta delante del crematorio. Bajamos la cabeza avergonzados. El cura vuelve a ofrecer la palabra para que los conocidos del muerto se puedan despedir. Un avión, un silbido, la brisa. Silencio total y mortal por cinco, seis, siete, diez segundos enteros.

—Era libre el Mario. —Se apiada el hermano mayor del difunto—. Era el huevón más libre que yo conocí. No siempre estuvimos de acuerdo. Tuvimos muchas diferencias, de hecho yo creo que nunca estuvimos de acuerdo en nada, pero yo le reconozco eso, siempre fue libre, consecuente hasta el final con sus ideas. Vivió como quiso vivir. Era él mismo, eso se lo reconozco.

Asquerosa libertad, terrible libertad que es siempre un privilegio, una continua expropiación que otro paga. Yo no soy libre, me felicito a mí mismo. Se podrán decir muchas cosas terribles de mí, pero nadie va a poder decir que

soy libre. Todo me ata, todo me obliga, ese es mi horror, ese es mi fuerza, ese es mi abrigo al menos.

—Siempre buscando panoramas el Mario. —Se atreve a hablar un colega—. Salidas, picnics, fiestas de fin de año. Siempre con un cuento mejor que el otro, el Mario. Aunque es cierto que después se quedaba callado mucho tiempo. Era raro, pero eso es bueno, significa que era distinto. Uno no se encuentra todos los días con gente como Mario. Lo vamos a echar de menos.

—Y la vez que iban a reducir personal —levanta la voz una mujer pequeña y redonda— y Mario ofreció que lo echaran a él en vez de a un compañero que tenía una hija recién nacida. Al final no pasó nada. Nos echaron igual como un mes después, pero esa es otra historia —baja la cabeza y nadie quiere atreverse a interrumpir el silencio.

—¿Alguien más? —pregunta el cura. La familia, los hijos. Con un solo movimiento de cejas Valentina le ordena a su hermano hablar por ella. La esposa rubia aprieta la mano de su marido huérfano para darle todo el valor que necesita, pero está demolido, completamente incapaz de dejar de llorar.

—Tú, tú, por favor —le ruega el hermano a Valentina, que se adelanta, ensaya una tos ritual, respira hondo y levanta la vista, como para enfrentar de una vez y para siempre el pelotón de fusilamiento.

—Mi papá... nuestro papá, el papá era un hombre... era un hombre mi papá... —se entrapa la voz en su garganta. Ahí debería acabar el discurso, siento, porque es lo que sabe, es lo que le importa saber—. Por lo que dicen me doy cuenta de que era alguien importante para muchos de ustedes mi papá... Para mí fue muy importante también, demasiado importante, pero de otra manera que para ustedes... Yo lo conocí poco, la última vez que lo vi tenía diez años, pero no hay día en que no piense en él. No estuvo en muchos momentos importantes, pero no siento que me haya fallado nunca. Yo sabía que estaba ahí de algún modo. Ahí estaba, más cerca de todo lo que habíamos imaginado. No quería hacer las cosas a medias... mi papá... A mi mamá la

quiso desesperadamente, a sus amigos también... Nosotros somos sus hijos. Nos guste o no, somos sus hijos. Estaría feliz de ver esto, que no somos gente a medias... Bueno, no tengo mucho más que decir. Quiero agradecer en mi nombre y el de mi hermano que hayan venido hasta acá. Yo sé que es difícil, yo sé lo que cuesta... Gracias a todos.

Y toma la mano de su hermano, la aprieta para que él aparente algo de firmeza, para que camine hacia el crematorio, para que no siga dando ese espectáculo un poco patético de lágrimas y gemidos. Sus ojos brillan, su cuerpo se alza contra las olas, sola, absolutamente sola. Qué sola es, me impresiona saber lo que siempre supe. No importa cuánta gente haya su alrededor, siempre está sola, recortada contra el paisaje, aguantando la espuma de las olas. Es lo que me gustó de ella. Es lo que no pude soportar de ella, su triste heroísmo que no sirve para nada más que para respirar, para seguir viva.

—Un gran aplauso para Mario —se entusiasma un compañero de colegio o de universidad. La escasa concurrencia aplaude aliviada. Los empleados del Hogar de Cristo guían el ataúd hasta donde sólo los hijos pueden entrar.

11

¿Por qué no me fui? ¿Por qué no me voy? ¿Por qué miro como si tuviera que anotar, como si nada del ritual tuviera que escapárseme? La chimenea del crematorio, las felicitaciones, las sonrisas nerviosas. No soy su novio, no soy su amigo, no soy su enemigo tampoco. ¿Qué hago aquí, si no conozco al viejo? Si lo que sé de él me tendría que hacer arrancar, ¿por qué me quedo?, ¿por qué me sigo quedando como el más fiel de los más fieles amigos del difunto?

—Perdona la lata. Qué raro, qué rico que hayas venido. —Se acerca a mí

Valentina cuando ya se ha despedido del resto de los asistentes—. Pobrecito, una lata. Yo pensé que iba a ser mucho más rápido todo. Por suerte, son muy profesionales estos señores de la funeraria, pero no sabes el papeleo. Mi hermano es un inútil total en todo lo práctico. Trata, pero es más lo que complica las cosas, tiene déficit atencional, dislexia o algo peor. Miles de papeles. Miles de permisos. No sabes lo complicado que es morir, Antonio. Qué bueno que estés aquí. Perdona si no estoy muy coherente, llevo muchas noches sin dormir. Perdona, estoy como atontada, como que no coordino bien las ideas. No me escuches, estoy mareada. Caminemos, si quieres. Murió como quería morir, yo no puedo cambiar eso, fue su vida, la vida que eligió, lo respeto. No tengo otra que respetarlo. Siento que lo entiendo, que recién ahora me puedo hacer una idea de la persona que era. Es como si por primera vez viviera para mí. Te habría gustado a ti mi papá, habrían sido amigos ustedes dos si se hubieran conocido. Está muerto. Es tan raro eso. No lo veía nunca, era como si estuviera muerto hace años, pero estaba vivo. Eso no cambia nada pero cambia todo en el fondo, no sé cómo explicarlo, no sé a quién explicárselo tampoco. Yo creo que tú eres el único que lo entiende. Yo tenía la idea de que estuviera en alguna parte esperándome. Una idea tonta, pero una idea al fin... Tengo que vivir sin eso ahora. Es una cosa más sin la que tengo que vivir... Pero morir de frío. Morir de frío en su pieza, solo, como murió él. Pobrecito. Pienso en eso todo el tiempo. ¿Cómo se hace para morir de frío? Eso no puede ser bueno. No me digas nada, estoy hecha un desastre, ya sé, soy un espantapájaros, me pinté de memoria, me vestí con lo primero que encontré. Soy como un zombi, apenas estoy viva, no sé por qué. ¿Cómo está tu mamá? La quiero mucho, ¿tú sabes eso? Adoro a tu mamá. Y tus hermanas son un plato. Se ríen de sí mismas, eso es bueno. Una puede reírse de ellos y no se enojan. Mi familia es tan definitiva, la gente se muere para siempre de frío en la calle Copiapó, sin avisar. Tu casa no es así. Pasan cosas pero no son serias. No son graves, quiero decir. Yo sé que son serios, no quiero ofenderte. No te

ofendes con nada, ya sé, es terrible eso tuyo y es adorable. No entiendo nada, no sé muy bien de qué estoy hablando. Tú estás aquí y es como si no hubiera pasado nada, es como si todo siguiera igual. ¿Al final por qué terminamos, te acuerdas? No me respondas, no quiero volver, no te preocupes, sólo que es tan divertido haber terminado sin saber por qué. No debería haberte llamado. No debería haberte molestado pero me hace tanto bien escucharte, me relaja tu voz, me tranquiliza que estés aquí, no sé por qué. Todos preguntan por ti, no sé qué decirles. No sé nada. No tengo nada que hablar con nadie. Tú eras lo que me ataba al mundo, ahora estoy sin lazo, sin frontera, como que podría irme a cualquier parte de nuevo, hacerme monja, quemarme a lo bonzo, todo da lo mismo ahora. Cambié allá en Vietnam, no sabes cómo cambié. El sudeste asiático... Como que ahora no puedo juntarme con la gente de antes. Ni siquiera con la Lourdes y la Fernanda. Para ellas fue un viaje, una aventura, para mí fue como si me pudiera mirar de lejos, como si me mirara y no me reconociera a mí misma, como si fuera una extraña. Es tan raro, tan raro todo, Toño, veía a esa niña con el pelo liso bajo la lluvia que era yo y tenía ganas de protegerla, de salvarla. Yo creía que la odiaba. Pero no la odiaba. Era como mi hermana. Soy como la hermana chica de mí misma. Toda agachada, toda jorobada. Pobre huérfana, tan tonta, tan débil. Qué atroz. Te juro que entendía lo que te podía gustar de mí. Te gustaba lo que abandonaste de ti mismo. Te gustaba la idea de que me pudieras salvar como a esos niños bajo los puentes que salvaba el padre Hurtado con la camioneta verde. Yo me tenía así, abandonada, esperando que alguien como tú me salvara. Soy todavía la misma. Ahora no espero, eso es lo único que cambió. No sé cómo recoger los pedazos, no sé cómo abrazarme, pero ya me vi y eso como que cambia todo o no cambia nada, es raro, es tan raro, Antonio. Es mejor así, es mucho más sano no esperar nada. Siento que tengo que estar sola para comprender. Quiero reírme, quiero reírme mucho, quiero reírme todo el rato ahora, Anthony. Di algo, ya pues, cuéntame algo. No, mejor no digas nada. Tengo unos amigos

nuevos. Una pareja gay, los dos están completamente locos y no se toman en serio nada. Tomo mucho, eso es malo. Gin, bourbon, cosas fuertes que te vuelven ciega. Lo paso bien. Soy una solterona patética, paso los domingos curada dándole pedazos de bistec a mi perro mientras entra y sale gente que no conozco de mi casa. Pero somos felices, jugamos a ser felices por lo menos y no puedo pedir más. No me mires así. No es tan raro. ¿Ya pues? ¿Qué te pasa?

—Podríamos casarnos...

—Ya pues, Antonio, soy una huérfana ahora, trátame con más respeto.

12

—Casémonos. Ahora, casémonos tú y yo —corrijo al segundo la frase que no sé de dónde me salió hace un minuto, completamente seguro de que quería decir cualquier cosa menos eso.

—Estás loco, no digas tonteras, Antonio —baja la cabeza como si mis palabras pesaran de alguna forma sobre su nuca.

—Nos casamos, así rápido, cualquier día, sin ceremonia. Sin obligación. Así como para hacer algo, casarnos por casarnos. Estoy hablando en serio. Si tú no puedes hacer tu vida, si yo no puedo hacer la mía, puede ser mejor que hagamos la vida juntos. Tú estás aquí, yo estoy aquí, eso es lo que sé, nada va a cambiar. Quizás no va a mejorar nada, pero no va a empeorar. Sabemos el final, Valentina, quizás ahora tenemos que saber el principio también. Ya escribimos todas las cartas de amor, ya nos quisimos y nos odiamos todo lo que había que quererse y odiarse, Valentina, podemos vivir tranquilos, protegidos de los intrusos. Podemos regar las plantas, leer un libro cada uno en su piedra. Si quieres más, más, si no quieres cada uno hace lo que puede donde pueda. Lo digo por puro realismo, nosotros nos llevamos bien, que es

más de lo que puede decir la mitad de la humanidad que se casa. Nos entendemos, eso es raro, muy raro.

—Eso no es estar casado, Antonio, eso es jubilar juntos.

—¿Qué es estar casado si no es eso, Valentina? ¿Tú sabes qué es el matrimonio? ¿De entre todas las personas del mundo tú estás segura de saber? Yo no sé. Yo ya no supe. Mi papá no estaba para enseñarme, el tuyo tampoco. Están muertos los dos, ninguno de los dos existió lo suficiente para interrumpirnos cuando los inventamos. Podemos hacer eso, inventarnos. Tu mamá y mi mamá se casaron con nosotros. No sé nada más que eso, estar casado con mi madre en la salud y en la enfermedad, en la vida y en la muerte y en todo lo que se dice en esos casos. Me operaron. Te lo conté, tarde pero te lo conté al final. No fue largo ni corto. La recuperación, una lata, pero da lo mismo. No es muy distinto lo que quedó, pero me separaron del cordón umbilical. Se me acabó esa coquetería de ser tal cual como salí del vientre de mi madre, Valentina. Todo se puede corregir, todo se puede cambiar. Lo que sobra no tiene por qué seguir ahí. Ahora soy un hombre simple, ahora soy un hombre cualquiera modificado por la ciencia. Me simplificaron, me quitaron el telón del teatro, la camisa de dormir de duque donde mi sexo dormía la siesta de los justos. Lo tuve que despertar. Ya no soy chileno, ya no soy católico, soy moderno. Ya no hay misterio. Eso es terrible y es mejor. No hay tiempo ni espacio para especular. Hay que vivir no más. Soy alguien que va a ser viejo y no tiene hijos y no tiene casa y que sabe ganar plata y hablar con la gente y opinar cosas pero que se va a morir sin dejar nada ni nadie si no se apura lo suficiente. No quiero ser una luz que se apaga porque tenía miedo y ya no tiene ni eso, porque simplemente no supo cómo ni cuándo había que saber, porque fue fiel a puras huevadas en las que apenas sabe si creía, porque esperó a alguien, a algo, porque era más fácil esperar que desesperarse. Te lo digo sin tragedia, te lo digo sin pena ni gloria. Esa fue mi vida. No espero más, no quiero, no puedo, no me interesa nada seguir esperando: casémonos, Valentina.

No sé si te voy a hacer feliz. Sé que no te voy a hacer infeliz, que no te voy a hacer infeliz adrede, por lo menos. Sé que voy a tratar como todo el mundo trata, sé que no es mucho pero es más de lo que tenemos ahora, sé que al final es casi todo. Equivoquémonos, perdamos todo para saber dónde seguir buscando, para saber qué hay que seguir haciendo. Salgamos de esta tierra media, de esta paz horriblemente pacífica donde nos estamos bombardeando sin merced. Perdonémonos nuestras ofensas como nos perdonan los que ofendemos. Salgamos de este cementerio a la calle.

—No digas tonteras, Antonio, tú no eras feliz conmigo, eras tan desgraciado que no te dabas cuenta, eso es todo. Te operaste de eso también cuando te operaste la cosa. ¿Cómo no te das cuenta? Me cortaste de raíz. Me apartaste de tu aparato. De eso te separaste, de esos ruegos, de todo ese chuponeo infernal en que vivíamos, acuérdate. Mírate, estás joven, estás guapo, te sacaste mil años de encima. Siempre fuiste lindo, siempre me gustaste, ese nunca fue el problema, Antonio. Me habría encantado tener un niño tuyo corriendo por ahí. Ya lo veo, un mini-tú en el jardín. Habríamos sido felices, tan felices, no sabes cuánto. Diez años, veinte, toda la vida. ¿Podríamos? —dices—. ¿Cuál es el problema? No hay problema, ese fue el problema, Antonio. Eres perfecto para mí, yo soy perfecta para ti, pero serías perfecto también para cualquier mujer a la que se le ocurriera enamorarse de ti. No soy yo, ese es el problema. Es tan evidente. ¿Cómo no te das cuenta? Haga lo que haga siempre eres tú en todas las posiciones, tú en medio de las brumas más raras. Tú jugando a mirarme desesperado, a ver si desaparezco y te dejo suicidarte de felicidad. Tú y tu sufrimiento multicolor, tú y tu sonrisa de gato cebado. Tú y el centro de Santiago, tú y la asquerosa belleza de París, tú en Roma cuando te odiaba, tú y las razones para ir o no ir a Londres. Quizás por eso no te llamo, porque hablo todos los días contigo, porque no dejo ni por un segundo de dar vueltas en órbita como un asqueroso planeta muerto. Te quiero, claro que te quiero, Antonio. Pero no sirve quererte. Te quiero, ¿me quieres?

Mucho, poco, locamente, todo eso es de niño. Somos grandes para seguir jugando.

—Casémonos —digo casi sin voz, casi sin fuerza, y lo repito, casémonos, casémonos, porque es lo único que sé decir, lo único que quiero escuchar, mi voz temblorosa, mis rodillas sin fuerzas repitiendo casémonos, casémonos, casémonos.

13

—¿Viste, Antonio, viste? Eso eres tú. Vienes a este terrible cementerio de mierda en que nadie tiene menos de sesenta mil años. Llegas como si nada al entierro de un señor que no conociste ni en pelea de perros. Te quedas parado ahí entre pura gente que conoces apenas para pedirme justo lo que no puedo darte. Me pides lo imposible justo donde y cuando no te puedo decir que no. Te aprovechas de que estoy sola en el mundo para comprarme como una vasija rota. Pero ¿a eso quieres dedicar el resto de tu vida, a arreglar una vasija rota? No sabes, claro, no sabes nada, sólo repites como un robot, casémonos, casémonos, casémonos. Con eso estás feliz. Con eso cumpliste con tu tarea, traer a una mujer como un cavernícola para que tu mamá te la civilice un poco. ¿Sabes quién soy yo? ¿Sabes algo de mí? No sabes nada. Nada de nada, Antonio. ¿Sabes qué hice esos seis meses por toda Asia? Tirar, eso hice. Tirar como una desesperada, como la última puta de toda Tailandia, agarrarme a cualquier gallo que tuviera la delicadeza de emborracharse conmigo hasta el final de la noche. No importaba quién, no importaba cuándo con tal que terminara la noche conmigo, con tal que me escuchara llorar o reír en sus brazos. Como una puta, peor que eso porque era yo la que pagaba o invitaba. Por puro saber cómo era su piel, por puro saber cómo eran mis gritos debajo

de ellos. ¿Cuántos? ¿Cómo? ¿Quieres saber los detalles? ¿Realmente quieres saber los nombres? No me acuerdo ni de la mitad. Un inglés, dos australianos, un israelí, un holandés de Aruba, negro, completamente negro, el primero de mi vida, nada tan espectacular, pero rico. Normal, simpático. También un gringo de Tennessee, pero me dio lata al final, y un francés en Vietnam, un viejo borracho que ya no sé de qué país era. Si querían quedarse pegados yo les aclaraba que estaba comprometida en Santiago, que esta era mi primera escapada, que me sentía terriblemente culpable. Los europeos respetan eso. Nadie quiere meterse en líos en el sudeste asiático. Todos estábamos en lo mismo, pero yo estaba más en lo mismo que ellos porque no me calmaba, porque no me divertía, porque simplemente había en mí un hueco gigante donde iba a parar su semen, porque era una cosa rota que no quería funcionar más, porque era la única manera de que no pensara en ti, porque era la única manera en que podía seguir pensando en ti impunemente. Eso hacía todo el tiempo allá en Vietnam. ¿Quieres saberlo? Pensar en ti.

—Casémonos —repito de memoria, sin saber si es rabia, si es llanto, si es desesperación pura y dura, si es fuego simplemente lo que me sube por los cuatro costados, lo que quema mi piel, obligado no sé por qué a tomar la manga de su vestido, algo de ella para que no se escape del todo.

—No quiero que me perdones, no quiero que me entiendas porque no entiendes nada. Quieres casarte conmigo. Quieres que sea buena, y soy buena con todos menos contigo, el que más amo en el mundo. Tengo que herirte para que seas libre por fin. ¿No entiendes? ¿Cómo no entiendes? Tengo que matarte para que después no te mate ninguna perra más débil que yo. Se acabó. Estás alargando algo que no tiene sentido, ningún sentido. No te sirvo para nada. Lo hago por tu bien, lo hago para salvarte a ti. Si me quieres un poco, si te quieres a ti mismo un poco, si quieres hacer algo con tu vida, por favor corre, por favor arranca a perderte, por favor sálvate. ¿Me estás escuchando, Antonio? ¿Me escuchas? No digas de nuevo eso, no vuelvas a repetirlo. Ya pues,

Antonio. Antonio, se acabó, ándate. ¡Ándate, por favor, ándate! Que se vaya, díganle que se vaya, por favor —le ruega a los funcionarios del cementerio, que se han ido acercando de a poco a la escena que se ha ido condimentando con llanto y desesperados manotazos en el aire que empiezan a inquietar al resto de la concurrencia del campo santo.

14

—Señor, le voy a tener que pedir que haga abandono inmediatamente del recinto —se acerca un guardia de azul.

—No es nada —le explico—. Nada grave, no se preocupe.

Pero no es lo que dice la cara de Valentina.

—No me toques, no sigas molestándome nunca más —chilla Valentina cuando trato de apelar a su concurso para que resolvamos esto entre adultos.

—Señor, por favor, váyase.

—Perdone, señor guardia, nos conocemos hace mucho tiempo, somos amigos ella y yo, fuimos novios, le estoy pidiendo matrimonio, le juro, señor... —retrocedo, me disculpo con la mirada.

—Sáquelo de aquí, no lo conozco —ordena Valentina, que abraza al funcionario que la defendió de mí. Sus quejas no hacen más que aumentar. Vienen parientes rezagados, conductores de carrozas fúnebres, sepultureros y jardineros para saber qué pasa.

—Perdóname, perdón, perdonen, no quiero molestar, me estaba yendo, perdonen —sigo diciendo a quien quiera escucharme. Doblo en el primer montón de espinos. Aprovecho que no me están viendo para dar media vuelta y echarme a correr, rengueando quién sabe por qué. Sin recuperar del todo mis dos piernas atravieso gravillas, flores, carpas verdes donde bajan ataúdes,

otros grupos familiares, diminutos remolinos de plástico, manchas blancas en el pasto verde.

Feliz con mi velocidad, corro más y más fuerte, con todos los huesos, todos los músculos alineados, las nubes suaves en el cielo suave, hasta que en pleno vuelo mis pies se enredan con la última lápida. Y caigo miserablemente, sin proteger mi cara, todo yo contra la piedra blanca de una tumba ajena.

CINCO

—Sacarte la cresta en la tumba de otro huevón, pucha que eres simbólico tú —se ríe Tamara, tomando con calma una copa de vino—. ¿De quién era la tumba?

—No sé, no miré. Se juntó mucha gente. Gente de otros entierros. Parece que la caída fue espectacular. Hice el loco, todos me miraban como a un enfermo mental. Pedí disculpas como pude. Me deshice en disculpas como el jorobado de Notre Dame. Me miraban espantados. Me arrastré en marcha atrás hasta el paradero de la micro. Tomé el primer taxi que pude y vine para acá. Perdona si no te avisé que venía. Eres la única persona que sabe la historia completa, la única que puede entender de qué se trata. Me puso los cuernos con toda Indochina. No dejó mochilero, guía, capitán de avión, homosexual arrepentido que llevarse a la cama. No me duele, eso es lo raro. No lo creo, no siento que sea posible. Es demasiado baja, tiene demasiado poco cuerpo para ser tan puta. Yo sé que tiré con ella infinitas veces pero sólo recuerdo partes, flashazos de las pecas en su espalda. Pero no sé si me gustó o no, no sé qué sentí, no sé qué tengo que sentir ahora. Sólo sé que tengo que contártelo a ti, sólo sé que es el único deber que me queda, contarte a ti toda la historia para que la disfrutes, para que yo la disfrute. No sé, yo creo... ¿Qué crees? ¿Qué piensas?

—¿Le contaste algo de mí? ¿Le dijiste que hablábamos? Me llamó —interrumpe Tamara en seco—. Sabía que venías para acá, parece. No hablaba con ella desde que volvió de Vietnam. Parece que ya no somos amigas. No sé cómo supo que vendrías directo, pero supo. Me dijo que te cuidara. Es la cosa

más humillante que pueden decirte. Me pasó la posta. Cuídalo tú ahora. Pero ¿por qué tendría que cuidarte? ¿Por qué las mujeres te tratan como si fueras una flor delicada que hay que mantener en el invernadero para siempre? ¿Por qué tendríamos todo un equipo médico y humano que cuidarte a ti y sólo a ti como si fueras el primer trasplantado de corazón de la historia? Te mueres en la tumba de otra persona, es cierto. Haces esas cosas, corres por el cementerio como un loco, vas al entierro del papá de la exnovia que odias, le pides matrimonio sabiendo que no quieres casarte con ella por nada en el mundo, la obligas a inventar que se tiró a toda Indochina para que dejes de molestarla.

—¿No es verdad? ¿Tú crees que es mentira?

—No es verdad y no es mentira. Son cosas de niñas.

—Pero las niñas no se tiran a la mitad del sudeste asiático.

—Eso es justamente lo que hacen las niñas. Mírate, escucha lo que estás diciendo. Para ti no tiene cuerpo, para ti es un saco de pecas con un par de heridas en las muñecas que no recuerdas cómo pudiste tirarte alguna vez. Para ti es una niña, es tu hija, a la que estás cuidando de los lobos. Pero ella te quiere decir que es una mujer. ¿Por qué te vas a casar con un saco de pecas que no tiene cuerpo? Viajó a eso, se acostó o creyó que se había acostado con la mitad de los turistas del sudeste asiático sólo para probarse a sí misma que no era una niña, que tenía un cuerpo, que existía de verdad. Da lo mismo, tú no entiendes. No te bastan las cartas, no te bastan los gestos, no te bastan las evidencias más evidentes del mundo. Te lo tiene que decir en voz alta y dejarte cagado en mitad del cementerio. Imagínate la humillación, imagínate la vergüenza de decirle al papá que ya no es virgen. Aclararte a ti, sobre todo a ti, que eres lo más difícil del mundo, que es una mujer real. No entiendes nada, Antonio, nada de nada. Es tan simple, ella se acostó con todo el mundo allá para serte más fiel. Tú no te acostaste con nadie pero hiciste lo posible por operarte de ella. La separaste quirúrgicamente de tu vida. La extirpaste como

una sobra de piel. ¿Cómo no le va a doler? ¿Cómo no se va a sentir violada? ¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así? Ya pues, dime algo.

—Necesito como un mes sin hacer nada más como para comprender todo eso.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, eso, necesito pensar, nada más. Un lugar para pensar un tiempo, para comprender todo esto —sonríó hasta que me duele la comisura de los labios para que ella entienda lo que ni yo entiendo del todo.

—¿Quieres quedarte sentado ahí pensando en lo que hiciste mal con Valentina durante un mes? ¿Eso pretendes, quedarte sentado en el living de mi casa pensando en el asqueroso fracaso de tu vida sexual?

—Ella sabía que yo estaría aquí, tú sabías que iba a terminar aquí, yo sabía en el fondo que iba a terminar aquí. Por eso te llamé, por eso llegué como un perro siguiendo su huella. En el fondo toda esta huevada que hice era para contártela a ti. En el fondo estos seis meses son para contártelos a ti. En el fondo pude hacer lo que hice porque estabas tú al otro lado para contártelo. En el fondo yo vivo para ti, Tamara. En el fondo. No sé y no me importa si tú también vives para mí un poco o mucho o nada. No me importa y me gusta que no me importe. Pero para mí eres real y el resto no. Eso significa algo, yo creo. Eso significa todo, quizás.

—Ya pues, Antonio, déjate de ofrecerle matrimonio a todas las mujeres con las que te cruzas por la calle.

—No estoy ofreciendo nada. No puedo volver a la casa de mi mamá, eso es todo. Necesito un lugar donde pensar. Necesito un lugar donde pueda no ser nada de lo que fui, eso todo.

—¿O sea, yo soy tu solución habitacional? Tienes plata de más para arrendar un departamento. Es lo que hace la gente de tu edad, generalmente. Sólo viven con su mamá si son pobres, que no es tu caso. Asume tu realidad,

arrienda un departamento más o menos modesto y vive tu vida como una persona normal.

—No puedo estar solo. No quiero estar solo, es lo único que sé. No tengo nada claro, es lo único que tengo claro, que no quiero estar solo y que quiero estar aquí. Estoy muerto, como tú dices. Me caí sobre una tumba esta mañana, fui el hazmerreír de un cementerio entero. Soy un muerto viviente acostado sobre esa tumba, como tú dices, muerto en cuerpo y alma. Soy mi propia alma en pena que encontró por fin el lugar donde morir en paz. Sólo tengo las ganas enormes de unas vacaciones. Tengo ganas de eso, de ochenta años seguidos de vacaciones. No es cómodo estar acá, pero es el único lugar del mundo donde descanso, Tamara. Es el único lugar más o menos razonable que me queda. Aquí puedo hablar sin sentir que todo se va al vacío. Aquí siento que el tiempo vuelve a existir. Tengo la necesidad de esta ventana, de estos muros blancos, de tu casa tan despojada, tan limpia en que no existo, en que no mancho, en que no explico nada, en que podría morir, Tamara. Morir de viejo, morir de verdad en este departamento tan blanco que no me da miedo, que no me da ganas de nada. Podemos ver lo del arriendo, puedo pagar todo lo que hay que pagar, no te preocupes. Podemos ponernos de acuerdo en una forma de convivencia más o menos razonable entre personas civilizadas. Puedo irme cuando estés y estar cuando te vas al trabajo, podemos tener turnos, puedo quedarme en la pieza de empleada el tiempo que digas. Perdona, no quiero molestarte. Puedes hacer tu vida como siempre. No quiero interrumpir, sólo déjame un lugar sin molestar, sólo deja que descanse en paz.

2

—Ya, perfecto, te entiendo, lindo tu discurso, perfecto, está bien, está bien.

Pero te vas a ir, ¿no es cierto? Te estás yendo ahora mismo, ¿no es cierto? — Sus ojos encendidos hasta el último rincón de las pupilas no pueden ser más enfáticos. Da miedo, me daría miedo si al menos no me dominara otra fuerza más poderosa, otro peso milenario que me mantiene en mi lugar sin poder hacer ni un gesto más.

—Perdona, sé que debería irme, pero no puedo. Es una cosa muscular, es como un imán que me mantiene aquí, te juro. Si llegara la policía o los guardias municipales o los vecinos en masa, si llegara tu papá de Punta Arenas o tu hermano de Valparaíso no me quedaría otra que irme a la fuerza, pero no sé de dónde puedo sacar ahora los músculos suficientes para levantarme y caminar hasta la puerta. La sola idea de que hay una puerta hacia donde ir me marea hasta la locura. Tendrían que empujarme de a varios, patearme todos para que pudiera salir por la puerta hacia la calle. Yo estoy dispuesto a dar la vida con tal de no salir nunca más de este sillón tan cómodo en que me hundo con lo que me queda de vida, porque es lo único que tengo, Tamara, porque es lo único que me queda. Lo otro es una ilusión, Tamara. Aquí no tengo que mentir, no tengo que explicar. Estoy enamorado de tu casa, donde quepo sin ocupar ni un centímetro de más. Ese lugar en que tengo lugar. Estoy enamorado de la idea de no estar enamorado de nadie, porque el amor no tiene que ser el final ni el comienzo de nada, sino vivir con alguien con quien se puede vivir. Estoy enamorado de la idea de vivir en este lugar. Estoy enamorado de un lugar. ¿No es un milagro? ¿No es mágico quedarnos simplemente así como estamos, así como somos? No necesito más promesas, Tamara, no necesito más certezas que saber que esto no va a cambiar, que esto es así para siempre. Tú diciéndome todo lo que hago mal, yo haciéndolo para contártelo al final, los dos comprendiendo que eso va a seguir así por toda la eternidad. Una hora, dos, lo que dura una película, menos que eso, déjame creer, Tamara, o intentar creer que puedo quedarme en una casa que no sea mi casa, que puedo vivir una vida que no sea mi vida. Estoy enfermo, Tamara, no estoy bien. Tú eres

doctora, no puedes echar a un enfermo así como así de tu casa. Yo no puedo llegar a mi casa sin nada, Tamara, dile a mi mamá que te vas a casar conmigo, da lo mismo si después lo hacemos o no, pero dile para que se calme. Defiéndeme no más, sálvame, eso es todo lo que te pido, Tamara. No tengo rodillas para arrodillarme, no tengo codos para implorar, soy como esos cavernícolas que se congelan en la nieve. Soy un resto arqueológico al que hay que inventarle una fecha. Soy una pura reliquia que pide una vitrina donde exponerla. Mientras tanto, mientras puedas, mientras encontramos una solución mejor, por favor, por favor, Tamara, déjame, qué te cuesta.

—No sigas, por favor, no sigas. Yo no soy el premio de consuelo de nadie, Antonio, no soy una planta que uno olvida en un rincón. No soy la cuenta de la luz o del gas que debes pagar para que no te corten. Yo no soy Valentina, yo sé que sabes eso, pero el solo hecho de que no lo sepas de memoria basta para que te eche a patadas de aquí. ¿Me entiendes? ¿Me estás entendiendo, Antonio? ¿Qué sabes tú de mí, Antonio? El único tema que tenemos en común eres tú. De lo único que llevamos meses hablando es de ti, tú y ella, ella y tú, tú y ella. No sabes lo que quieres, Antonio. Nunca supiste, si supieras mínimamente qué quieres te irías corriendo de aquí a perderte a mil kilómetros. Ya, tienes que irte, ya, chao, no tenemos toda la tarde. Muévete, ya... No respetas a nadie, no respetas nada, Antonio. Destruyes todo a tu paso, quemas todo lo que tocas. Juegas con nosotras, nos manchas con tu aliento para salvarte tú solo, sólo a ti. Nos usas, nos exprimes y nos botas en el primer basurero de la historia que encuentras. Nos matas y después nos resucitas porque sí, porque te da la gana. Es tu forma de vivir, no sabes hacer otra cosa que matar a los demás para sobrevivir mejor.

—Pero ¿me quieres, Tamara? Si me dices que me quieres, me voy. —Hago el gesto de levantarme del sillón.

—Te quiero, claro que te quiero, pero te odio también. ¿Cómo no te voy a querer? Pero no funciona así, Antonio. No es yo te quiero, tú me quieres, nos

casamos. Hay momentos, hay historia, no sé, la seducción, el misterio. No tuvimos eso, por suerte o por desgracia, ya no sé. Sé demasiado de ti, sabes demasiado poco de mí para que funcione. Pudo ser, estuvo a punto de ser, si quieres que te diga la verdad, pero no fue posible. No pasó lo que tenía que pasar. El amor tiene que pillarte desprevenido, tiene que ser una aventura de alguna manera, tiene que haber algo que descubrir para pasar de te quiero mucho, me caes muy bien, eres muy simpático a no puedo vivir sin ti, eres el amor de mi vida... Yo soy dura, ya sé, soy fría pero necesito pasión también. Justamente porque soy dura, justamente porque soy fría necesito que me mientan a veces y contigo ya no se puede mentir. Hablamos demasiado. Desperdiciamos nuestra suerte, fuimos demasiado lejos sin ir a ninguna parte, Antonio. La Valentina, tu obsesión con ella, tu operación, te convertiste en eso que quieres ser, un caso. Soy doctora, como tú dices, no me puedo acostar con un caso clínico. El juramento de Hipócrates, el colegio médico y toda la porquería. Me entiendes, ¿no es cierto? Somos dos personas civilizadas, somos dos adultos que no están para jugar como niños. Tienes que irte. Es mejor para todos. ¿Qué estás haciendo? Ya, chao. Te estás instalando en vez de irte, te estás enterrando vivo en ese sillón sin escuchar nada de lo que te digo, ya, ya. —Se preocupa porque ve cómo mi cuerpo se va ajustando nuevamente al centro tibio del sillón.

—¿Cómo me voy a ir si me quieres, si yo te quiero? —razono—. Acabas de decir eso, que me quieres. No puedo hacer otra cosa que quedarme después de eso. Es mi deber, es mi responsabilidad, si lo piensas.

—No te quiero, si es lo que necesitas oír para irte. Te odio, te odio con toda el alma. Ahora ándate. Dime, ¿qué cosa podría convencerte de que estás haciendo de nuevo el loco, de que es ridículo todo esto? Ya, a ver. Dime. ¿Qué más quieres? ¿Con cuántas heridas en el cuerpo quieres volver a tu casa? ¿Qué vas a ganar con eso, por favor?

—No somos como los demás, Tamara. No tenemos que enamorarnos como

los demás, no tenemos que odiarnos como los demás. Somos distintos, nos conocimos como pudimos, hablamos el mismo idioma con distintas palabras. ¿Qué más quieres? ¿Qué más esperas de la vida? ¿La pasión, el vértigo, la seducción? Yo odio eso, tú odias eso. No fuimos hechos para ganar esa guerra. Somos niños, somos viejos, entendemos con palabras y no con muecas, no con suspiros, no con desprecio. Con desprecio sí, también, pero no mucho. Yo no puedo desaparecer si ya aparecí, no puedo hacer como si no supiera que eres tú, que no eres más que tú.

—Cállate, por favor cállate, Antonio. —Se cubre la cara con las dos manos—. Deja de hablar, por favor. Si no te vas, me voy yo. Uno de los dos se tiene que ir de aquí. Esto no puede seguir. Quédate con toda la casa si quieres.

Y sin perder el tiempo busca su chaqueta y sus llaves, alcanza la puerta y la cierra detrás suyo lo más fuerte que puede.

3

—¡Tamara! —alcanzó a gritar recién cuando escucho la llave cerrando la puerta.

—Hay de todo, no te preocupes —me avisa antes de que sus pasos bajen por la escalera, la vereda, la calle y luego otra y otra calle hasta donde mis ojos ya no pueden alcanzarla. Levanto la mirada, miro a mi alrededor. La llamo por enésima vez, le escribo, le ruego en todos los tonos. No responde. Esto se va a resolver de algún modo, esto debe tener solución pero no sé cuál, no tengo ni la menor idea de cómo salir de este departamento. No manejo mi destino. Veo la luz transparente de las tres de la tarde, el librero impecable, la lámpara de pie con el enorme globo de vidrio, el parqué vitrificado, los libros de autores japoneses separados por colores, la funda noruega de los cojines,

delicados cotonitos en el baño, cremas, hilo dental, támpax, toallas y cepillos de todos los tamaños, pastillas, brillo de pinzas, tijeras. Hasta los objetos más neutrales, hasta los más masculinos tienen esa delicadeza con que sus manos nunca toman del todo los objetos, con que los recorren primero, con que los desvían de su uso, rozándolos, convenciéndolos de ser lo que son.

«Querías un lugar donde pensar, ahí lo tienes. Es mejor para ti que yo no esté», me escribió en un mensaje de texto a los pocos segundos de irse. Todo da vueltas a mi alrededor, todo gira, puro miedo a manchar con mis dedos la pared y el metal inoxidable de las sillas de autor. No tengo nada que hacer aquí, pienso, sin atreverme a imponerle todo mi peso al parqué del salón, pero sigo ahí, segundo tras segundo. No me muevo, como si me hubiese convertido en el hombre invisible. Mi boca llena de electricidad, mis músculos pesados de espera, mis articulaciones. En vigilia, como una larga nota de violín que nada ni nadie puede borrar hasta perderse en su propio chillido.

¿Qué quiere que haga? ¿Que la espere? ¿Que me escape? Busco en la pared, entre los libros, sobre los muebles. ¿Por qué no me preocupa lo que quiero hacer? Por eso me odia, por eso me odian todas las mujeres, esa manía de interpretarlas en vez de escucharlas. Tiene que volver en algún momento, Tamara, no se puede quedar toda la vida en la calle. Es su casa, están todas sus cosas aquí. Pero es perfectamente capaz de no volver nunca más, pienso. Puede escapar para siempre, dejarme el departamento a cambio de que no la moleste nunca más con mi presencia. Matar para sobrevivir, Tamara, como un león viejo, como un tigre enfermo. No he matado a nadie nunca y ese es el problema. Soy perfectamente inocente y carnívoro también, un cazador aunque no tenga nada que cazar, aunque nunca haya cazado nada, aunque haya vivido toda su vida al lado de su instinto, imaginando cómo sería hundir las garras en la piel de la gacela, morder el cuello de las cebras, mezclar la sangre con el río, apretar las mandíbulas hasta dejar sin vida a la presa que se resiste.

Soy el rayo que no sabe, Tamara, un mueble a medio armar esperando a que

vengan los maestros a terminarlo, soy nadie y nadie me ve. Sobro. Mancho. Sin ella no sé cómo moverme en este espacio. Es la perfecta trampa que construyó para mí, lo sé ahora. Estoy preso. Me castigaste de la manera más directa y visible, dejándome encerrado en tu casa. Estoy preso y la angustia sube por las paredes de mis tripas y se asienta en mi estómago y va hacia mi esófago. De las mujeres recibí todo tipo de castigos, menos el más simple, caer preso, en capilla, castigado en residencia. Da lo mismo por cuánto tiempo, el tiempo ya no es mío. Da lo mismo si muelo piedras o si estoy siendo violado por los jefes de la penitenciaría, estoy preso, como si pudieras verme, como si hubiese cámaras por todas partes para vigilar mi buen comportamiento.

Poso para ti, las manos atadas delante de las rodillas, la cerviz caída, el peso de mis responsabilidades. Trato de ser convincente en mi arrepentimiento para que te apiades de mí y me dejes salir. Pasan los minutos y sigo preso, sin salida, en el centro de tu departamento.

Media hora, una hora, dos, tres. ¿Cuatro? La desesperación entera, la angustia total. Calma, huevón, calma.

4

—O sea, ¿tú le pediste a la mina que te encerrara? —se esfuerza en no entender nada el abogado Benavides, al que llamé para evitar la tentación de llamar a mi mamá. No, le explico todo de nuevo, tratando de pasar por alto la sonrisa irónica que intuyo a través del teléfono. ¿Qué se puede hacer legalmente?, le pregunto. Por eso lo llamé a él, por eso y quizás también porque él me metió en el lío de la paraguaya, a la que habría llamado sin falta de haber tenido su número.

—Vieja la mina. Rica pero vieja la paraguaya. ¿Te la culeaste? ¿Qué tal es para la huevada? Se veía salvaje la mina, pero uno nunca sabe, las que más parecen putas a veces son las más cartuchas. Profesional, te apuesto. Eso del italiano era raro. ¿Qué quieres que haga, huevón? Estas ahí por voluntad propia. Puedo mandar a los pacos si te desesperas demasiado. La figura legal sería secuestro. Ahora, tendríamos que ir hasta el final. Tendríamos que poner una orden de restricción, no podrían estar a menos de cien metros el uno del otro. No tendrías derecho a comunicarte con ella ni por mail. Si quieres que lo hagamos, lo hacemos. Pero ¿es lo que quieres realmente?

No sé qué quiero, llevo aquí cuatro horas y no llama y no aparece. No da señales de vida. Odio su ducha de hotel de lujo. Odio las tres cremas carísimas que usa para aparentar que no usa ninguna. Odio el cepillo donde no ha dejado que se enrede ningún pelo jamás. Odio el espejo donde no ha salpicado ni una gota en toda su existencia. Odio el plumón gris que hace juego con las paredes. Odio sobre todo esa sensación de hospital caro, ese aire de apart-hotel que tiene este departamento perfecto que apenas habita, que casi no conoce, más preocupada de limpiarlo que de vivir en él. Odio los cuadros de sus amigas jipis que se fueron a vivir a Zapallar para criar a los niños y vivir en libertad. Odio todo lo que entienden por libertad esas cuicas de mierda. Odio la ventana que da a la única calle torcida del barrio. Odio que tenga todo eso tan planeado, odio que sea tan triste todo y que en realidad no tenga nada de tristeza. Odio la gama de color de su ropa, que nunca llega más allá del gris. Odio la soberbia con que su casa dice que puede vivir sola, que no necesita a nadie.

Si no me necesitas, ¿para qué me encierras a media tarde? ¿Por qué pones llave y no me dejas ir, Tamara?

—Si no presentas quejas, entonces sería allanamiento de morada y puede demandarte ella —sigue razonando el abogado—. No te van a creer que una

mina que no es tu esposa o tu novia te dejó encerrado en la casa. Yo que tú espero tranquilo. Veo televisión, películas.

Me encantaría pero el televisor tiene unos códigos raros que no me permiten ver nada. Todo es así en esta casa. Parece amable pero es una fortaleza inexpugnable en que tú y sólo tú puedes habitar. En el fondo todo es contra mí o contra cualquier hombre que intente traspasar tus infinitas barreras, Tamara. En todo eso hay violencia. Es lo primero que supe de ti. Por eso no me gustabas, aunque me esforcé en que me gustaras. Eres una puritana terrible que juega a que no le importa nada o casi nada, pero en el fondo sólo puede aguantar que las cosas se hagan a su modo. No hay ternura, no hay piedad en ti. No tenemos nada que ver. Somos lo contrario, totalmente incompatibles. Tú eres croata, bárbara como le decían los griegos a la gente que venía desde sus bosques de lobos mitológicos y de gigantes que cortan cabezas con sus propias manos. Yo soy mediterráneo, eso es lo que pasa, soy un hijo del Imperio romano. No tengo nada que hacer con una salvaje que se baña todos los días, que no conoce la culpa pero que se mortifica igual porque cree que la muerte es interesante, porque cree que eso la hace más civilizada. Te llamas Tamara, ¿qué más prueba necesito? Eso eres tú, una cosaca en su caballo. Perdona, Tamara, no puedo tener hijos con un cosaco. Mi religión me lo prohíbe. No se sabe qué puede salir de esa mezcla, nada bueno, nada sano.

Ella es eso, una mujer que no perdona, y yo necesito justamente que me perdonen, que todos los días un poco, que todas las mañanas, por lo menos, alguien como ella me perdone.

Y colgando de una cortina gris, eso hago. Me perdono llorando todos mis pecados, todos los tuyos. Me derramo de a poco en lágrimas, me doblo pecho adentro, para manchar con mis lágrimas, con mis gemidos, con la huella de mis dedos, con el rencor de mi caspa tus impecables sábanas.

—Mi amor, mi amor —llama apurada mi mamá—, ¿dormiste en la casa, mi amor? Te escuché pero no te vi. Fui a tu pieza, la Lucy dijo que estaba la cama deshecha pero como no me llamaste, como no has dado señales de vida me preocupé. Yo sé que eres grande, yo sé que no debería meterme en tu vida, pero estoy vieja y me preocupo por todo. ¿Estás bien, mi amor? Se te oye la voz rara. ¿Dónde estás?

En la casa de una amiga, le miento y le digo la verdad al mismo tiempo. En la casa de una enemiga, podría haber dicho también, pero la habría alarmado. ¿Qué me costaba gritarle estoy preso, mamá, ven y libérame, suéltame de las garras de este dragón rencoroso, de este malvado vengador medieval? ¿Qué me costaba de una vez romper el encantamiento y salvarme de su odio?

Sálvame, sálvame, mamá, por favor, sácame de aquí, llama a cualquiera de tus cerrajeros, cualquiera de tus cuñados y nueros y sácame de este castillo sin piedad. ¿Qué extraña dignidad me impide denunciarte, Tamara? ¿Qué fuerza me mantiene parado contra mí mismo? Tu burla, Tamara: «Sabía. Sabía. Tu mamita al final». Todopoderosa reina de la noche gobernando las mareas y la tundra recién despellejada y la bruma y los lobos, todo lo que es oscuro en el mundo, todo lo que conoces mejor que nadie. Con la sola fuerza de tu sarcasmo.

No eres el diablo porque el diablo odiaría y perdonaría al final. Eres la reina de la noche, el viento maricón, la brisa maricona, la muerte.

Eso es, mamá. La muerte en persona que tengo que atravesar como una prueba de la que voy a salir invulnerable o hecho polvo.

—Es la guerra, mamá. Esto es la guerra, es lo único que te puedo decir, esto es la guerra pero voy a ganar, vamos a ganar, no te preocupes.

—¿Qué estás diciendo, mi amor? ¿Te estás volviendo loco, mi amor?

Responde. Ya pues, no me puedes dejar así. Dime algo, ¿necesitas que mande a alguien que te ayude? Ya pues, no me dejes así.

—No hay nada que hacer, mamá, ya está todo jugado, hay que aguantar. El que no se desespera, gana. Ese es el juego. No es nada peligroso, no te preocupes. No voy a romperme ni un hueso, no voy a sangrar ni nada de esas cosas. Es sólo resistencia. En algún momento me tenía que tocar. En el fondo te alegras de que me toque la prueba final, de que me toque también a mí la batalla. Si no te alegra, debería alegrarte. Todo el mundo tiene su minuto de western, todos tienen que ser valientes alguna vez. Este es mi momento. Pero no es una calle del oeste, no es un duelo, es más bien la paciencia de un soldado en un submarino. Mucho peor que cualquier batalla a campo abierto, peor aún que lanzarse desde mil metros de altura sin paracaídas.

—Pobre, mi amor, pobrecito, estás delirando —se preocupa mi mamá—. Bueno, todo el mundo tiene derecho a volverse loco una vez en la vida. Llámame de nuevo. Si quieres no me cuentes detalles, pero mantenme informada.

6

Corto. Es tarde, ya nadie me va a llamar. Las cartas están jugadas. Una gran calma desciende de repente sobre mí. Estoy salvado y hundido y feliz, pienso. Es eso lo que siento. Mi cabeza sobre la espuma, el resto de mi cuerpo controlando como un jefe de orquesta las corrientes submarinas. Hablando contigo de todas las formas posibles, menos, claro, con las palabras. No soy tuyo aunque me entregue del todo, aunque no deje nada a la imaginación. Pase lo que pase, nadie me va a quitar mis manos, mi olor, mi cuerpo. Pase lo que

pase, nadie me va a quitar esa calma, esa calma que soy yo, mis huesos y el interior de mis huesos. Y sé que es eso también lo que ella quiere.

La desprecio y me sorprendo tratando de saber lo que quiere de mí. Como si de eso se tratara todo, qué quiere saber, diosa del abismo, todo es una prueba, Tamara. Me quieres a tu merced. Quieres que pague con mi cuerpo el precio de mi rescate. Me presento de cuerpo entero en tu ventana, para que sepan que soy el dueño de ese lugar que nunca será del todo mío. Abro las piernas, me hago fuerte para ti, como un hombre, como el viudo que es dueño de un castillo y espera de vuelta a su ejército polvoriento y derrotado.

Fuerte e infranqueable para que sepan que no hay derrota posible, que el caballero del castillo no cree en la derrota. Me gusta esa imagen, me gusta esa idea, la de ser fuerte para ti, la de ser alguien sin nombre entre las ventanas encendidas de los departamentos. No es mi casa todavía, es sólo un escenario en que actúo de tu vencedor, de tu rehén. Después de juzgarte, te perdono. Las paredes blancas y grises, la ausencia de fotos, los cuadros de las amigas proclaman que aquí cabe cualquiera, que aquí nadie tiene que pelear con el recuerdo de otros. Es cómodo todo, es tranquilo. Hay lugar para instalar mis cosas, hay orden para que no me hunda en el desastre. No tengo tiempo, dice tu casa, pero ya lo tendré. No tengo recuerdos porque tengo futuro. No tengo decoración porque no tengo miedo a lo sola que estoy. No tengo miedo quizás también porque sé que no voy a estar sola siempre. No es que no me duela estar sola, sigue diciéndome la casa, pero es verdad que no tengo derecho a ese dolor. Soy una privilegiada, lo tengo todo o casi todo, pero no alardeo. No es que no llore, es que no gimo. Hago mi trabajo, soy alta y linda, si tú quieres. Si no va a haber, no pido, y si va a haber, no saco nada con pedir.

Puro orgullo, te contesto. Pura hambre, pura sed, hay que rendirse, Tamara. Todo el placer, toda la fuerza, todo el poder consiste en rendirse. Pero ¿qué saco con decirle eso a unas paredes vacías? ¿En qué avanzo con saber eso que tampoco es cierto para mí? Porque no me rindo yo tampoco, porque me resisto

yo también. Porque esa es nuestra guerra tierna, Tamara, tierna y sin piedad, saber quién va a aguantar más, quién va a ser el primero en rendirse.

Pero yo ya me rendí y me arrodillo en el pasillo como si hubiera alguien parado al otro lado. Esa es mi gracia, mi única victoria, rendirme cuando el otro todavía no ha preparado las armas. En el secreto de tu casa, tu pasillo más olvidado que espera desde tiempo inmemorial que me arrodille en el centro de él. Rindo a tus pies mis armas, espero la espada que me dará un nombre nuevo con que levantarme con los primeros rayos del alba. Espero tu bendición, tu maldición, espero una marca, una señal de tu presencia, Tamara. Sonrío por mi estupidez. Me felicito a escondidas. Sé que nadie me ve, sé que a nadie le importa. Me gusta ser el payaso del curso. El payaso de Dios, como leí alguna vez, no me acuerdo a propósito de quién o de qué. Soy eso, el payaso de Dios que se ríe de sus propias bromas.

7

Escucho tu voz diciéndome: Levántate, no seas ridículo, ya, ya, levántate. Escucho con toda claridad tu voz que no existe. La escucho mejor que cuando hablas. Veo tus ojos siguiéndome por el pasillo hasta el baño. Del baño a la cocina, de la cocina al refrigerador. ¿Qué es eso? Una especie de molido sofisticado, una botella de vino blanco.

Busco una copa mientras caliento el agua para unos tallarines con restos de pavo. Todo lo hago con esa falsa naturalidad del cine. Cocino solo, para los dos. Tomo una copa y otra más brindando solo. Trato de ensuciar lo más posible y lo menos posible. Trato de que se note que estuve aquí. Trato al mismo tiempo de ser decente para que no me retes cuando vuelvas.

Perdona, soy una gorda solterona, Tamara. Si yo fuera mujer, jamás me

acostaría conmigo mismo. Traslado conmigo piel y grasa de sexo indefinido. La gente tiene que casarse cuando joven, es absurdo que trate de venderte mi cuerpo, Tamara, es absurdo que trate de mantenerlo joven. Soy un viejo de mierda. O peor aún, soy un joven envejecido. Un joven que quiso tanto ser viejo que lo logró en todo lo que no esperaba ni quería serlo. Soy los restos de mi especie y me gusta todo eso que debería darme pena. Explico y justifico mi decadencia. Tomo otra copa instalado a la orilla de tu cama mientras intento entender los controles remotos. ¿Por qué tienes que hacer todo tan complicado? Pruebo todos los códigos, todos los passwords, nudos y más nudos, pruebas y más pruebas de ingenio que deshago para que quedes desnuda ante mí. Desnuda en lo más profundo e invisible, como si de algún modo fuéramos vírgenes, separados por un muro, vestidos cada uno por los parientes de su tribu, elegidos de niños, casados sin saber aún cómo es el cuerpo o la cara del otro, esperando sin saber nada el gran momento. Me estiro en tu cama y logro que el televisor limpie mi silencio.

8

—Hablé con ella. Fui a su casa y hablé con ella —me despierta Tamara. ¿Cuándo y cómo me dormí? No importa. Está ahí, su seriedad, esa preciosa cara cortada en el hielo que creía recordar y no recordaba para nada—. Tenía que hablar frente a frente con ella. Por teléfono no es lo mismo. Es mi amiga más vieja, la conozco de niña. La quiero, aunque sea odiosa, la quiero al final. No sé por qué sintió allá en Vietnam que yo, que tú, puro instinto animal. Traté de decirle que no hay nada y no me escuchó. Te entregó, básicamente, con esa voz de tragedia que le gusta poner a veces, te entregó en bandeja. Dijo de nuevo que yo me preocupara por ti ahora. Pero no estoy preocupada por ti, eso

es lo peor. Ya sé, debería preocuparme. Haces todo al revés y no entiendes nada de nada, pero estás aquí, justo donde esperaba que estuvieras. Nada de eso me parece preocupante, no sé por qué. Eres así. No eres feliz y eres terriblemente feliz a veces. Eres una tempestad en un vaso de agua, pero eres una tempestad al fin y al cabo. Eso es lo que me gusta y no me gusta de ti. Aunque hagas lo posible para asustarme, no me das susto. Sé que no me necesitas, aunque me necesitas profundamente. Hiciste tu camino hacia mi casa, buscaste por dónde ir y llegaste. Estás en mi cama como un pachá, como si estuvieras aquí hace siglos. Yo nunca he dormido tan desparramada como tú. Yo duermo como esos reyes de piedra en las abadías, con mi espada entre las manos, sin ocupar ni un centímetro de más. Tu mamá estaba muy preocupada, no sabía dónde llamar. La Valentina debió darle mi número. Hablé con tu mamá como una hora. Es encantadora. La palabra no es esa exactamente, pero entiendes qué quiero decir. En el fondo siento que esto que está pasando lleva pasando mucho tiempo. Entonces no me queda otra que aceptarlo o rechazarlo, recibirte en esta casa que no es tu casa sino la mía. Eso es lo que me toca a mí, recibirte y preguntarte si tienes frío, si tienes hambre. Somos dos que se conocen demasiado y nadie más sabe lo que sabemos del otro. Me resisto, peleo contra esa verdad tan pequeña: que eres parte de mi vida, Antonio, y yo parte de la tuya, que no tengo que conquistarte ni tú tienes que conquistarme a mí, porque todo lo hicimos al revés, porque todo lo hicimos escondidos detrás de ella, porque en el fondo tu voz en el teléfono es mi país y esperarte aquí es mi país y no hay nada más que eso, el amor, la muerte, el dolor, la pasión, nada se compara a esa especie de tranquilidad de saber que te tengo encerrado en mi casa esperando, de no saber qué voy a decirte, pero sí saber que tengo que cerrar los ojos y hablar sin mirarte, y esperar a que las palabras lleguen. ¿Estás cansado? ¿Tienes frío? ¿Tienes hambre? ¿Quieres algo más? —me pregunta, y yo le digo triunfante que no, que

no tengo nada, ni frío ni hambre ni nada. Sólo unas ganas infinitas de abrazarla como se abraza a una hermana perdida después de la tempestad.

—Hay que hacerlo, hay que hacerlo no más —exijo yo, sin precisar con exactitud qué hay que hacer.

—¿Cómo? —se pregunta y me pregunta—. Estás acostado en mi cama, tan cómodo, tan tranquilo, yo estoy sentada aquí como una monja. ¿Cómo pasamos a lo otro? ¿Cómo sucede todo después? ¿Sabes tú, tienes alguna repuesta?

—No sé. Acuéstate aquí. Quizás eso, para empezar.

—Pero ¿tengo que sacarme la ropa? ¿Me tengo que empelotar primero?

—No si no quieres. No sé. Sácate los zapatos no más. Yo creo que con eso basta al principio.

Obediente, se saca los zapatos y se acuesta a mi lado, vestida y fría, incómoda.

—Ya, ya. No me toques mucho. No seas degenerado, estamos empezando no más.

—Te quiero —adivino que quiere oír, es lo que quisiera oír yo al menos si la tuviera tan acuartelada en mi propia cama.

—No me digas eso. Por favor, no me digas eso. No hay nada que me caliente menos que un huevón que dice todo el rato te quiero.

—No te quiero, entonces.

—Eso me calienta menos todavía. Eso es malo para mí. ¿A estas alturas del partido cómo me voy a acostar con alguien que no me quiere nada?

—No te estás acostando con nadie, estás durmiendo con alguien no más. Como en las tribus de antes, estás compartiendo la cama para sentir menos frío, eso es todo. Estás simplemente cansada y no hay otra cama en el universo que esta donde hay un señor que no sabes cómo echar.

—Pucha que hablas bien tú, deberías dedicarte a la política.

—No te rías de mí. Estoy asustado también. Tan asustado como tú, pero no conozco otra manera de hacerlo que intentándolo. —Y mi tamaño no encaja en

su tamaño, y nuestros huesos permanecen incómodos y desconocidos en el fondo de una cama que parece yacer a mil kilómetros bajo el nivel del mar. Pero no importa, decido. Nada importa aparte de sobrevivir los próximos diez segundos. Y otros diez segundos más sin apurarnos ni frenarnos, de a poco cada vez, respiración tras respiración, minuto tras minuto hasta el final.

—¿Puedo dormir? —me pregunta cuando su cara toca mi cara.

—¿Quieres dormir? —le pregunto de vuelta.

—Sí... Deja tratar... No... No sé. —Y acomodándose en mi hombro cierra los ojos suavemente.

Edición en formato digital: mayo de 2017

© 2017, Rafael Gumucio

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-956-9766-40-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl

RAFAEL GUMUCIO

El galán imperfecto



LITERATURA RANDOM HOUSE